



CUENTOS DEL FIR

CUENTOS DEL FIR



© de la presente edición: farmaFIR
© de los textos: sus autores
© ilustración de portada: Jorge Cervera Martínez

Edita:



www.pasionporloslibros.es

I.S.B.N.: 978-84-15649-74-8

Depósito Legal: V-190-2013

Impreso en España

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación ni de su contenido puede ser reproducida, almacenada o transmitida en modo alguno sin permiso previo y por escrito de los autores.

*A quienes han sido,
son o van a ser FIR*

Décima que el poeta sevillano Carlos Alberto de Cepeda y Guzmán dedicó, en la segunda mitad del siglo XVII, a una comedia que hizo un boticario y no valió nada:

*«De bote en bote el corral
estuvo ayer a las dos.
¿Bote y en corral?, por Dios
que es fuerza que huelga mal.
Verso bueno, tal y cual;
traza, ni grande ni chica;
gala, ni pobre ni rica;
silbos, dos horas y media;
con que tuvo la comedia
de todo, como en botica».*

Índice

| | |
|---|----|
| Cooperador necesario..... | 9 |
| Viejos maestros, jóvenes esperanzas..... | 13 |
| Quebrantos, llagas y heridas..... | 21 |
| La importancia de saber idiomas | 25 |
| Todo un éxito | 29 |
| Un mal día | 33 |
| Veintidós | 35 |
| Ol-tu-gue-der (Todos juntos)..... | 41 |
| El paciente de la 376 | 45 |
| Nochevieja | 47 |
| Hipertrofia del esfínter distal del tubo digestivo..... | 51 |
| Dra. Holmes | 55 |
| La Chata | 61 |
| Decisiva indecisión (Visión de una madre) | 65 |
| Epílogo (Visión de una hija) | 67 |
| Superhéroe | 69 |
| ¡Kikiriki!..... | 73 |
| Sin noticias de Furb..... | 77 |
| Fiebre del sábado noche | 83 |
| Cualquiera puede ser concejal..... | 87 |
| Feria de abril | 91 |
| El mejor regalo | 95 |
| Encontrar tu sitio en la vida..... | 99 |

| | |
|---|-----|
| Disfunción..... | 101 |
| Deseandito empezar | 105 |
| Equipo multidisciplinar..... | 109 |
| Corazones | 113 |
| Rally en el quirófano | 119 |
| De papá..... | 123 |
| Como los chorros del oro | 125 |
| De vacaciones..... | 129 |
| Ponle imaginación..... | 133 |
| Zampabollos..... | 141 |
| La última rotación | 145 |
| Tienes un e-mail..... | 149 |
| ¿Cómo que no nos queda omeprazol? | 155 |
| Apoyo familiar..... | 161 |
| Coronas para una reina..... | 165 |
| A seis manos..... | 169 |
| Comunicación oral..... | 177 |

COOPERADOR NECESARIO

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

Guille estaba aterrorizado. En cuanto se bebiese el último sorbo de café, iba a comenzar su primera guardia, ni más ni menos que en Urgencias, ¡y no tenía ni idea! Sí, había aprobado el MIR ¡pero eso era muy fácil! y, además, todo lo que sabía era pura teoría; sus conocimientos prácticos eran nulos. Lo del diagnóstico le preocupaba, aunque menos, pues solicitando muchas pruebas y con tiempo suficiente, creía poder llegar a establecerlo, pero el tratamiento... ¡Caray con el tratamiento! tantos fármacos, tantas dosis, indicaciones y contraindicaciones, interacciones, reacciones adversas... ¡Buf, eso era harina de otro costal! ni tan siquiera conocía bien los medicamentos que estaban disponibles en el hospital. Había estudiado los que se usaban habitualmente en su especialidad, pero... ¿cómo tratar la diversidad patológica que diariamente podía verse en Urgencias? ¡imposible!

Mientras se tomaba el postre en el comedor de facultativos del hospital, había pedido a Rafa, R4 de farmacia, que le ayudase. A cambio, Guille le prestaría su pase de socio del Real Betis Balompié para el primer partido de liga, contra el Barça. Rafa, un culé recalcitrante, no pudo negarse a una oferta tan tentadora; eso sí, siempre con la buena intención de ayudar «desinteresadamente» a su colega ¡faltaría más! Y así lo acordaron finalmente.

Al llegar a Urgencias, Guille se presentó al jefe de la guardia, y éste le asignó una de las consultas. Disimuladamente y sin que nadie le viera, Rafa, el farmacéutico, entró también. Guille se sentó y esperó nervioso a que entrase su primer paciente. Le sudaban las manos y le temblaban las piernas, como bien podía apreciar Rafa, que se había

escondido debajo de la mesa, sentado en el suelo. Desde allí, iría indicando al médico el tratamiento para cada caso, una vez que aquél hubiese dado con el diagnóstico.

Se abrió la puerta y entró el primer paciente. Era un niño acompañado de su madre. Tras preguntar a la madre y explorar detenidamente al pequeño, Guille estableció el diagnóstico: otitis media aguda. Informó a la madre en voz alta, para que su cómplice lo escuchase claramente bajo la mesa. Entonces, el farmacéutico escribió el tratamiento en una hoja de la libreta que llevaba en su bolsillo, y lo dejó sobre las rodillas de Guille: Augmentine® 3 ml/8h durante 10 días y Dalsy® 7 ml/8h mientras dolor o fiebre. El médico lo copió tal cual en la Hoja de Asistencia de Urgencias, y le dio el alta al paciente.

–Bien Rafa, vamos bien, muchas gracias –susurró el médico, mientras le hacía una seña a su colega, bajo el escritorio, con el pulgar hacia arriba. Por su parte, el farmacéutico ya se imaginaba a sí mismo en la grada del campo de fútbol, con su bufanda blaugrana, celebrando los goles de Messi. Fue entonces cuando sintió el primer retortijón ¡maldito potaje! –se dijo– tendría que haber comido albóndigas. Y no tuvo más remedio que expulsar unos gases, que consiguió controlar milagrosamente de manera silenciosa: tsssssssssit... Pero inevitablemente, aquellos efluvios anales alcanzaron la nariz del médico ¡Joer, Rafa, no te pases! –le recriminó.

Al poco, entró un segundo paciente: un varón joven con náuseas y vómitos. El proceso se repitió como en el primer caso: anamnesis, exploración, diagnóstico y rápido chivatazo farmacoterapéutico. La cosa funcionaba razonablemente bien: el médico diagnosticaba y el farmacéutico le indicaba rápida y eficazmente lo que tenía que prescribir. Guille pensó que aquel tándem perfecto bien podía servir como modelo, y aplicarse de manera generalizada en todo el hospital, o mejor en todo el país, y ¿por qué no?, en todo el mundo mundial. A buen seguro que resultaría muy beneficioso para todos, y particularmente para los pacientes.

El médico residente se sentía cada vez más seguro y confiado. Vamos a por el tercer paciente –se dijo a sí mismo.– Resultó ser una mujer de mediana edad, que refería molestias al orinar, malestar general y fiebre alta. Guille le pidió que se tumbara en la camilla, y comenzó a explorarla.

Entonces, a Rafa, que seguía agazapado bajo la mesa, se le escapó un pedo estruendoso. Guille intentó disimular, arrastrando la silla con el pie para camuflar la flatulencia emitida por el farmacéutico.

–¿Qué ha sido eso, doctor? –preguntó la paciente.

–¿El qué? –fingió el médico.

–Ese ruido, doctor, era como una ventosidad.

–Pues yo no he oído nada, debe ser cosa de la fiebre, hace que se escuchen y vean cosas raras.

–¡Ah!, pues eso será doctor. Debo de estar muy grave, porque yo hubiese jurado que era un pedo.

–¿Cómo iba a ser eso, mujer? ¡imposible! aquí tan sólo estamos usted y yo, no hay nadie más. Tranquila, ahora le pondremos el tratamiento, le bajará la fiebre y dejará de oír ruidos extraños.

Pero las tripas de Rafa eran un volcán en plena erupción, aguantó lo insufrible, hasta que ya no pudo más, se tiró un pedo escandalosamente largo y ruidoso, apartó la silla, surgió de debajo de la mesa y dijo:

–Lo siento, Guille ¡me cagoooo! –y salió disparado de la consulta en dirección al cuarto de baño.

El médico estaba atónito. De inmediato, se dio cuenta de que se había quedado profesionalmente solo. Se sintió desvalido y arrancó a correr tras el farmacéutico, gritando:

–¡Por Dios, Rafa! ¡no me dejes, que entonces el que se va a cagar voy a ser yo!

La paciente, desconcertada, levantó la cabeza, intentó girarse sobre sí misma para ver qué estaba ocurriendo y se cayó de la camilla. Ya en el suelo, se le oyó decir:

«Esta fiebre se me lleva al otro mundo... San Judas Tadeo, patrón de las causas desesperadas ¡sálvame!».

VIEJOS MAESTROS, JÓVENES ESPERANZAS

JOSÉ M^a ALONSO HERREROS

Era mi primer trabajo, en una ciudad nueva y no había podido visitar antes el servicio que había elegido... ¡Estaba histórica! No podía dormir en aquel minúsculo apartamento que había alquilado. Me levanté y me dirigí hacia el que iba ser mi lugar de trabajo durante los siguientes cuatro años. Sin duda, sería la primera en llegar, pero pensé que estaría bien hacerlo con puntualidad.

Todavía oigo mis pasos por el oscuro corredor que conducía a la farmacia, en el sótano del hospital, con camas viejas y camillas vacías junto a las paredes desconchadas. Al fondo se veía una luz. «Parece que hay alguien», pensé aliviada, y casi corrí hacia allí. Al acercarme, percibí un entrañable aroma a tabaco de pipa. Me recordó a mi abuelo, cuando llevaba a cabo el ritual de preparar el tabaco, prensarlo ligeramente en la cazoleta y encenderlo con una brasa. Me asomé a la habitación iluminada.

–Tú debes ser la nueva residente –me dijo un anciano con bata blanca.

–Hola, sí, efectivamente, acabo de llegar –dije mientras estrechaba la mano que me extendía amigablemente. Aproveché la ocasión para observarle: camisa discreta, corbata oscura y el emblema de farmacia bordado en el bolsillo superior de la bata. Algo me decía que estaba delante del que iba a ser mi jefe en los próximos cuatro años.

–Sírvene un café –me dijo señalando una gran cafetera humeante–, y espero que no te moleste el tabaco –añadió con una sonrisa mientras se recostaba en un viejo sillón–, sé que está prohibido fumar en el hospital, pero aquí abajo me permito saltarme esa norma.

–No, no me molesta en absoluto –respondí mientras nerviosa echaba varias pastillas de sacarina en una taza. Me sentía extrañamente a gusto, aún más ahora que el aroma del café se mezclaba con el del tabaco.

–¿Y cómo es que has acabado en farmacia hospitalaria? –preguntó tras exhalar una enorme voluta de humo.

–Era lo que más me gustaba –dije convencida–, me encantaría trabajar directamente con el paciente, y ser parte del equipo de salud que lo atiende y...

–Te preparaste con el tal Cristóbal, ¿verdad? –me interrumpió.

–Pues sí, como casi todos –respondí con vehemencia.

–Debe ser un buen tipo –añadió con la pipa entre los dientes– no lo conozco personalmente, pero he de reconocer que lo hace bien.

–Sí, que te hagan reír a carcajadas en una clase de farmacología, mientras preparas una oposición, tiene su mérito –afirmé.

Me senté en una pequeña mesa que estaba en el centro del cuarto, medio cocina medio habitación de estar. Había carteles en las paredes y un enorme corcho con varias notas sujetas con agujas de insulina en lugar de chinchetas. El calor de la taza de café en mis manos, el dulzor metálico de la media docena de sacarinas, y el aroma dulzón de la pipa hacían que me encontrase en el lugar más confortable del mundo. Nunca pensé que mi residencia fuese a comenzar así.

El anciano habló de nuevo:

–Yo monté el servicio de farmacia en este hospital –dijo incorporándose del sillón–, hace ya más de treinta años. Por aquél entonces, los viejos maestros de la profesión ya comenzaron a decir que habría que saltar el mostrador de la farmacia para salir a planta.

–Y lo hemos logrado –afirmé– considerándome ya parte del gremio.

–No te creas –respondió retirándose la pipa de la boca– en esta profesión son muchos los que venden humo –añadió señalando la

última voluta de su pipa— queda mucho por hacer. Desde luego, hemos avanzado sustancialmente, pero las nuevas generaciones no parecen darse cuenta de lo que eso ha costado.

Calló un momento. Volvió a morder la pipa y a inhalar con fruición. Cuando subas por planta, y mira que ya subimos por nutrición, por onco, por cinética... aún te encontrarás algún médico o enfermera que te preguntará qué haces por ahí arriba, y a qué nos dedicamos aquí abajo.

Sonreí mientras bebía otro sorbo de café, pues esas historias ya las había oído durante la preparación del FIR.

—Así que imagínate la que se montó la primera vez que un boticario salió a planta a discutir un tratamiento, a explicar cómo se debía administrar una medicación, o a intentar convencer a un gerente para montar un sistema nuevo, que realmente era muy bueno, porque lo habían inventado los americanos, que se llamaba unidosis.

—Debieron ser tiempos duros —dije como conclusión.

—Tuvimos nuestros retos, y los afrontamos como profesionales, como colectivo. Igual tendréis que hacer vosotros —afirmó señalándome con la pipa y mirándome fijamente a los ojos—. No me hace gracia oír a la gente joven quejarse de lo difícil que están las cosas ahora.

—Me recuerda a mi padre —respondí en un alarde de confianza.

—Tengo edad para ser tu abuelo —añadió sonriendo y encogiéndose de hombros. Dio una nueva bocanada y se levantó ágilmente del sillón—, ¿te has terminado el café? si te parece, te enseño el servicio antes de que llegue todo el mundo.

Bebí el último sorbo, me levanté y fui tras él. Me llevó hasta el fondo del servicio, donde estaba el despacho de residentes, «o al menos un cuarto que hace tales funciones», matizó sonriendo al ver la cara que puse ante lo que sería mi lugar de trabajo durante cuatro años. Luego me enseñó los laboratorios y el área estéril, «salas blancas, certificadas», afirmó con satisfacción. Pasó luego a la unidosis. «Fíjate,

empezamos con cajas de cartón, bolsitas rotuladas a mano y copias en papel carbón, y ya ves, dos armarios rotativos normales y uno refrigerado», me explicó, «claro que integrarlo con el sistema informático también tuvo lo suyo». A continuación fue la sala de validación, el almacén general, la consulta de pacientes externos... «Como verás, es una consulta, donde atender y entrevistar a los pacientes como Dios manda».

Hablaba con orgullo y con cariño; orgullo por lo que se había logrado, cariño por lo que todavía había que mejorar. Me recordaba a esos amigos recién casados que te enseñan el piso que acaban de comprar lleno de ilusiones, pero vacío de todo lo demás. Te dicen «y ésta será la habitación de los niños y aquella otra el estudio», pero no hay más que una bombilla colgada del techo y un montón de cajas por desembalar.

Lo último que me enseñó fue el laboratorio de farmacocinética.

—Algunos compañeros están empezando a hacer genómica —dijo—. Ése es un tema de futuro que no debemos perder —añadió señalándome de nuevo con la pipa.

—Parece como si, con el tiempo, hubiésemos perdido algunas cosas —le inquirí curiosa.

—La verdad es que sí —dijo en tono lastimero—, como los radiofármacos o los productos sanitarios. Y te digo más, el hospital se nos está quedando pequeño, la mayoría de los pacientes complicados y con más problemas de medicación están en su casa, en los sociosanitarios y en primaria. Hay que trabajar y ganarse ese campo; de lo contrario, vendrán otros que se ocuparán de él y también lo perderemos.

Volvimos caminando poco a poco hasta el cuarto de estar. Allí, mientras se acomodaba de nuevo en el sillón, me ofreció tomar otra taza de café. No me apetecía, pero me pareció que debía aceptarla para corresponder a su amabilidad. Me senté a la mesa, en el mismo lugar, y tomé el primer sorbo, mientras que el anciano boticario empezaba a vaciar su pipa.

–Así que me queda mucho por hacer estos cuatro años –dije para retomar la conversación– ¿algún consejo?

Me sonrió amablemente, acabó de vaciar su pipa y se la guardó en una bolsita de piel que tenía en uno de los bolsillos de su bata.

– Pues sí, tres. El primero: respeta a quienes trabajen contigo. El segundo: lo que hagas, hazlo bien. Y el tercero y más importante: no tengas miedo, afronta los retos que se te presenten. Lo demás vendrá solo.

Se levantó tan ágilmente como antes y se asomó a la puerta.

–Ya llega el personal y debo volver a mi despacho –dijo casi desde fuera del cuarto–. Yo me sentía orgulloso de mi trabajo y de mi profesión, y me gustaría seguir sintiéndome orgulloso del trabajo de las nuevas generaciones.

Asentí con la cabeza y le sonreí. Era una forma de agradecerle la confianza y la atención prestada al último mono que acababa de llegar al servicio. Era también una forma de comprometerme con mi formación y mi trabajo en la farmacia del hospital, como si en ese momento lo estuviese firmando con mi propia sangre. Él me devolvió la sonrisa, se dio media vuelta y se fue hacia lo que supuse que era el despacho del jefe de servicio.

En el instante en que cerró la puerta tras de sí, se escucharon voces a la entrada del servicio. Y en el momento de tomar otro sorbo de café, aparecieron varias auxiliares en la sala de estar.

–Tú debes ser la nueva residente, –me dijo la primera justo antes de darme un par de besos, sin ni tan siquiera preguntarme mi nombre.

–Y mira qué «apañá». Si ha hecho café y «tó» –me alabó otra mientras se servía una taza.

–Venga, te vamos a presentar a la jefa de servicio –añadió la tercera cogiéndome del brazo.

«¿A la jefa de servicio? ¿y entonces con quién he estado hablando yo?», pensé. Pero no me dieron tiempo a más. Me condujeron por el

pasillo justo en dirección contraria a la que había tomado mi anfitrión, hacia una sala con varias administrativas que en ese momento estaban encendiendo los ordenadores, y tras ella, al despacho de la jefa de servicio. Aunque tenía la bata a medio abrochar, me recibió con un par de besos y una enorme sonrisa. Me gustó mucho desde el primer momento. Era de esas señoras elegantes, alegres, que no intentan ir disfrazadas de las que podíamos ser sus hijas. Como diría mi madre: «¡Orgullosas de sus patas de gallo! Al fin y a cabo, son parte del currículum».

Llamó a la tutora de residentes, y juntas comenzaron el interrogatorio. «...Que de dónde era, si había hecho prácticas en hospital, si quería hacer la tesis, qué tal se me daban los ordenadores, la estadística, los idiomas...» Lo que era de esperar el primer día de trabajo.

Casi se me había olvidado la detallada visita al servicio que había hecho con mi anfitrión, cuando me fijé en un portarretratos de plata que tenía mi nueva jefa sobre la mesa. En ella estaban los dos. Mi anfitrión, tal y como lo acababa de conocer, con la misma camisa, la misma corbata oscura y la bata blanca con las que me había recibido. Y ella, también de bata blanca, pero mucho más joven; se diría que no llegaba a los treinta cuando se hizo la foto.

–Perdonad –interrumpí el interrogatorio con cierto descaro– ¿esa foto...?

Mi jefa cogió el marco y pasó un dedo por el cristal. Mi nueva tutora también la miró con cariño.

–Es el antiguo jefe de servicio –dijo–. Yo fui su primera residente –añadió con orgullo.

–Yo aún conservo el «The Annals» que estaba subrayando con su lápiz rojo y azul –dijo la tutora.

–No le gustaban los rotuladores fosforescentes –respondió mi jefa sin apartar la vista de la foto.

–¿Cuánto ha pasado? ¿diez años? –preguntó la tutora.

–Doce –aclaró la jefa dejando la foto sobre la mesa.

–Perdonad –dije–, no entiendo nada.

–Si estuviese aquí, te habría recibido en el cuarto de estar, con una cafetera recién hecha y fumándose una pipa –me respondió la tutora–. Era una gran persona y amaba nuestra profesión.

–Un día, hace doce años –explicó mi nueva jefa con la mirada aún fija en el marco– se quedó a trabajar hasta tarde en su despacho, justo a la entrada de la farmacia. Ahora es una especie de archivo o trastero, pues nadie lo ha querido usar desde entonces.

–Pero, ¿qué pasó? –pregunté sin comprender aún lo que me estaban contando.

–Le encontramos a la mañana siguiente –respondió la tutora con los ojos húmedos–, con su taza de café, su pipa y su lapicero de dos colores.

–¿A qué os referís con lo de que os lo encontrasteis a la mañana siguiente? –pregunté con el corazón latíendome como si se me fuese a salir del pecho.

–A que falleció aquella noche –respondió mi nueva jefa mientras las lágrimas asomaban en sus ojos–. Creemos que ni se enteró. A veces, todavía me parece oler a tabaco de pipa por toda la farmacia.

QUEBRANTOS, LLAGAS Y FERIDAS

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

«... pero esto poco importa a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad».

Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saaavedra

De puro molido, no podía tenerse sobre su rocín. Al descabalgár, dio malamente con su armadura en el pavimento. Raudo, Sancho acudió a auxiliar a su señor. No sin gran esfuerzo, lo arrastró hasta una camilla, donde lo acostó con delicadeza. Después, ató a Rocinante a la U, y a su asno a la R. Se acercó al mostrador de admisión, donde facilitó los datos de su amo: varón, de cerca de cincuenta años, natural de La Mancha, que tiene por oficio el de caballero andante. Es de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro. Del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Tras batallar con veinticuatro gigantes, ha sufrido graves quebrantos, llagas y feridas.

Tras el papeleo, Sancho volvió junto a su señor; se le acercó y le susurró al oído:

–Mi señor, mire que ya le advertí yo que no eran gigantes, sino molinos. Y lo que a vuesa merced se le antojaron sus brazos en movimiento, no eran otra cosa que sus aspás empujadas por el viento.

–Como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles –replicó el hidalgo.

–Imposibles me parecen estas cuitas, pero mi alma sufre y hasta mis huesos duelen al verle así postrado y malferido, mi buen señor –reconoció Sancho.

–Quiero decirte –dijo Don Quijote–, que, cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón, el mal que a mí me toca, o tocare, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo. Y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de ferida alguna, aunque se salgan las tripas por ella.

Al poco, la megafonía de Urgencias anunció:

–Alonso Quijano, consulta 5. Alonso Quijano, consulta 5.

Al oír el nombre de su amo, Sancho empujó la camilla hasta la consulta, y llamó a la puerta.

–Pase, pase –dijo una voz al otro lado–. Era el doctor Virgilio Faubel.

–Buenas tardes os dé Dios, maese barbero –saludó Sancho–. Aquí, os traigo a mi señor, Don Quijote de la Mancha.

–Vaya, otro par de pirados –murmuró para sí el médico–. Venga, menos coña, se acabó el baile de disfraces ¿qué ha sucedido?

–Verá, maese rapador, quizás confundido por el malvado Fristón, un sabio encantador, mi amo ha creído luchar con ciclópeos gigantes, que no eran tales sino molinos, y ha dado con sus huesos en el solado, sufriendo molimiento y graves magulladuras.

–Ya, claro, y yo soy caperucita roja vestida de blanco.

Al escuchar tan bárbara ocurrencia de boca del médico, Don Quijote, aún con el yelmo puesto en su cabeza, se incorporó, puso pie a tierra, blandió su lanza y exclamó:

–Maldito desgraciado, si fueras caballero, como no lo eres, yo ya hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

El médico, asustado, pulsó el botón del pánico. A los pocos segundos apareció en la consulta un guardia de seguridad. Don Quijote, al ver al uniformado, creyéndolo el gigante Golías, le retó amenazadoramente:

—Aparejaos a recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.

Arrojando la lanza al suelo, sacó su espada, embrazó su rodela y arremetió al guardia con determinación de quitarle la vida. Alzó la espada a dos manos y soltó con ella un golpe colosal sobre la cabeza del segurata, quien trató de pararlo con su walkie-talkie. El aparato saltó por los aires partido en dos, y el hombre cayó al suelo aturdido. A continuación, Don Quijote se lanzó contra el médico, y atravesó su bata con la espada, de modo tal que quedó ensartado en el armario del material de cura.

Nacho se había acercado a Urgencias para entregar el informe de una intoxicación por antidepresivos y valorar el caso con el Dr. Faubel. Entrebrió la puerta de la consulta y se encontró con «el baile de disfraces». Desde allí, observó durante varios minutos todo lo que fue aconteciendo. Pero al ver al médico, o barbero, según se mire, clavado en el armario, decidió actuar de inmediato. Entró en la consulta, cogió de la estantería un frasco de jarabe analgésico y lo vertió en una cuña de las que se usan para orinar. A continuación, levantó la voz diciendo:

—Valeroso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, entuertos y sinrazones, calmad vuestra cólera. Soy el boticario Meléndez. Para remediar vuestros males y quebrantos, he preparado esta mágica poción, a la que llaman de «firbras», es de tal virtud que, en gustando una sola gota de ella, al punto quedará sano de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiese tenido.

Don Quijote se acercó al galeno, tomó la cuña que le ofrecía y bebió un largo trago de su contenido. Tenía un dulce sabor cítrico. Tras relamerse, exclamó:

—¡Pardiez que es milagrosa! pues ya me hallo con fuerzas para, de un solo revés, partir dos fieros y descomunales gigantes como dos torres.

—El mérito no es de este humilde servidor —explicó el boticario—, sino de los sabios libros de caballerías, de los que aprendí la formulación de esta prodigiosa pócima, que ha sanado las heridas de Amadís de Gaula, Palmerín de Oliva, Reinaldos de Montalbán, Tirante el Blanco y tantos

otros gentiles hombres como vuesa merced, quienes poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolas, cobraron eterno nombre y fama.

–A quien se humilla, Dios le ensalza –sentenció Don Quijote–. Y aún más te diré, joven licenciado: al bien hacer, jamás le falta premio. Así, te nombro aquí y ahora gobernador de la ínsula de Barataria, que cierto es como el cielo que he de ganar en un próximo y venturoso lance.

Sancho, al escuchar tal ofrecimiento, protestó:

–Pero mi señor, vos prometisteis hacerme a mí gobernador de tan preciado territorio.

–Calla Sancho y no te inquietes, que serán muchas las posesiones y glorias que pronto alcanzarás por mi valor y generosidad. Bien pudiera ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adyacentes, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno de ellos. Y no lo tengas por mucho, que cosas y casos acontecen a los caballeros por modos nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

Recobrado de sus dolores, Don Quijote abandonó el servicio de urgencias y, ayudado por su fiel escudero, montó en su flaco rocín. Desde su cabalgadura, urgió a Sancho a hacer lo propio en su jumento para, sin más dilación, proseguir sus andanzas. Habiendo ya iniciado su camino, se dirigió a él y le dijo:

–Sábetete, Sancho, que todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible que ni el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. A poco trecho –prosiguió Don Quijote–, diviso una cueva iluminada por fastuosas antorchas que, a buen seguro, ha de guardar preciosos tesoros, entre los que he de hallar la gran perla «Persimón», única merecedora de iluminar el rostro de la sin par Dulcinea del Toboso, señora de mis pensamientos y de mi corazón.

Don Quijote arreó a Rocinante y lo embocó en la entrada del metro, escaleras abajo.

LA IMPORTANCIA DE SABER IDIOMAS

DAVID CABEZA DOMÍNGUEZ
CRISANTO L. RONCHERA-OMS

*«El genio más íntimo de cada pueblo,
su alma profunda, está en su lengua».*

Jules Michelet

Como tantos otros días, hacía frío y llovía. Manuel se asomó al portal y maldijo:

—¿Cómo cohone se me ocurrió elehí un plasa FÍ en Santiago Compohtela...? Cómo esho de meno Cáí, con er calorsito, la servesita, loh boqueroneh... Aquí ehtoy yo, to ashushurrío, y... ¡jarto purpo!

Abrió el paraguas y comenzó a caminar en dirección al hospital. Al llegar a la plaza Roja, entró en la cafetería Krystal. Allí desayunaba todas las mañanas, excepto cuando salía de una guardia, que lo hacía en la cafetería del hospital, claro.

—¡Hefe! hoy que sea un cafelito con leshe y una tohtá con una peshá de mantequilla.

—«Manué», como no he entendido nada de lo que me has pedido, te he puesto lo de siempre, un zumo de naranja y un cruasán a la plancha —dijo el camarero.

En el ascensor del hospital se encontró con el Dr. Pedreira, adjunto de Medicina Interna:

—Bos días ¡qué tempo máis malo! ¡menuda choiva!

—¿Cómo dise uhté?

–Que chove ¡carallo!. Por certo, rapaz, ti debes ser Manuel, o novo residente de análise, ¿verdade? xa tiña eu ganas de atoparme contigo...

–Sí señó, pa servirle. Dígame usté, ¿qué se le ofrese?

–¿Coñeces a Iria?

–¿Iria? pueh no sé.

–Sí, unha enfermeira da quinta pranta, ben feita, morena, de ollos claros.

–¡Ah, sí!... La de lo sójoh bonito, sí, a ésa ya la tengo yo fishá...

–Pois avisado estás de que é a miña sobriña... ¡Nin mirala!

–Posi yo sólo la dao er número de teléfono mío y la invitao a una mihita rebuhito, na má.

–¡Escoita! coidadiño... ¿Enténdesme? ¡E a ver se aprendes a falar castelán!

–¡Será malahe y saborío er nota ehte!

Entró en el Servicio de Análisis Clínicos. Se puso la bata, y se dirigió a la Sección de Hormonas. Allí estaba Serxio, el técnico de laboratorio.

–Manoliño, te estaba esperando. A ver si puedes ayudarme, que no me apaño con la calibración del TDx.

–Tah empanao ¡Pisha! trae pacá er teclao que ya sigo yo... ¡Ojú! me parece quel casharro ehte sa corgao como antié, ehto eh un mohón pinshao en un palo, habrá que reinisiarlo.

–Las instrucciones del aparato están en la carpeta azul de ahí arriba –dijo Serxio.

Manuel se acercó a la estantería y cogió el manual de funcionamiento del aparato: «TDxFLx System Operation Manual». Lo abrió por la sección de «Troubleshooting», e intentó descifrar aquella lengua «ehtraña». Se quedó «ashancao», arqueó las cejas, y dirigiéndose a su compañero R2, Carlos, que acababa de entrar en la sección, dijo:

—¡Ira! he pensao yo pa mí mihmo que lo residente podríamoh apuntarnoh a clase d'inglé, que ma coscao que eh una hartá dimportante, ca mí dehde chiquetito siempre se man dao bien loh idioma...

—¿A clases de inglés? —dijo Carlos—, tú Manuel, apúntate a inglés si quieres, pero lo primero que tendremos que hacer nosotros es apuntarnos a clases de «andalú».

TODO UN ÉXITO

JESÚS COTRINA LUQUE

Tras terminar una carrera universitaria nada fácil como la de Farmacia, el aventurarse a preparar el examen FIR te convierte en todo un valiente, y conseguir una plaza FIR es como alcanzar la cumbre, el súmmun, el clímax... todo un éxito. Después, esos cuatro años de formación y de trabajo constituyen una experiencia inigualable, que te hace mejor, más completo, tanto en lo profesional como en lo personal.

Cuando llegas como R1, lo haces pisando fuerte, con una ilusión desbordante y contagiosa; vamos, que te quieres comer el mundo. Belén era un claro ejemplo de ello: ávida de conocimientos, trabajadora, optimista, guapa por dentro y por fuera. Una persona exitosa en todas sus facetas. Recién incorporada al servicio, estaba haciendo una corta rotación por la sección de dosis unitarias. Yo, como residente mayor, le enseñaba, le ayudaba y supervisaba su trabajo. Cada mañana, a primera hora, realizábamos intervenciones farmacéuticas rutinarias en pacientes candidatos, previamente seleccionados por un filtro informático. Una de esas intervenciones, con un alto grado de aceptación por parte de los facultativos, era la de vigilar los niveles séricos de potasio en los pacientes en tratamiento concomitante con digoxina y furosemida, ya que el diurético puede producir una depleción de potasio y, con ello, aumentar el riesgo de toxicidad digitálica.

Aquella mañana me encontraba con Belén haciendo el seguimiento de esos pacientes, cuando detectamos un caso en la Unidad de Cuidados Intensivos. El paciente estaba en tratamiento con digoxina y furosemida por vía intravenosa, y la analítica del día en curso mostraba una hipopotasemia severa. Al no estar especificadas las dosis de los dos medicamentos, recomendé a mi compañera que llamara a la UCI

para contactar con la enfermera, quien a buen seguro nos proporcionaría la información necesaria. Así lo hizo:

–Buenos días, le llamo de Farmacia, soy Belén ¿es usted la enfermera que lleva el paciente de la cama 10?, es en relación con la digoxina-que se le administra, por favor, ¿podría especificarme qué dosis diaria tiene prescrita?

Transcurridos unos segundos, mi compañera exclamó alegremente:

–¡Pues qué bien, estupendo! me alegro mucho, muchas gracias, y por favor, dé mi enhorabuena a todo el equipo.

Aquella frase de Belén, tan cortés, me dejó desconcertado. Poco después, le oí decir:

–¡Ah!, pues... mmm... disculpe... buenos días.

Colgó el teléfono y se volvió hacia mí, su semblante había cambiado por completo: estaba pálida y su expresión era una mezcla de sorpresa y estupor, se quitó las gafas y mirándome fijamente, comenzó a meditar en voz alta:

–No lo entiendo, hay algo que se me escapa, no le ha sentado nada bien mi comentario, ¡pero si me ha dicho que ese paciente es un éxitus, que ya no estaba allí! ¡eso es buena señal! ¿no?, digo yo que le habrán subido a planta ¡menudo carácter que tenía la tipa; estaba cabreadísima! y eso que he sido correcta y educada, y hasta les he felicitado por el éxitus.

Entonces, estallé en una carcajada. Ella se quedó perpleja, sin entender el motivo de mi reacción.

–Belén, ¿sabes lo que acabas de decir? –le pregunté.

–Pues, no estoy muy segura, es que algo no me encaja.

–Imagina que alguien te comenta que otra persona ha fallecido, y vas tú y le sueltas lo que acabas de decirle a la enfermera –le expuse–, ¿cómo reaccionaría? Aquello la envolvió de nuevo en un manto de confusión. Así que decidí ir directamente al grano:

–Belén, ¿sabes lo que es un éxitus? –le interpelé. Ella movió la cabeza en signo de negación.

–Es un término que se utiliza en el ámbito hospitalario, verás, un éxitus es una defunción, una muerte, un fallecimiento –le expliqué.

Belén, turbada, hizo una mueca de preocupación.

–¡Dios mío, qué metedura de pata! La enfermera habrá pensado que soy una cínica, y vaya imagen de la farmacia que acabo de dar.

–No te preocupes, no eres la primera ni serás la última en no haber escuchado antes esa palabra –le dije para tranquilizarla– seguro que a partir de hoy no se te va a olvidar en la vida.

–Desde luego que no, ¡qué vergüenza!, es que eso se debería enseñar en... ¡Buf!

Cuando todos los compañeros residentes y adjuntos del servicio se enteraron de lo ocurrido, no pudimos más que reírnos de aquella anécdota en la que Belén era la protagonista. Ella, una chica con éxito que había comenzado a formarse y trabajar para evitar muchos éxitus.

Desde aquel día, la expresión «ha sido todo un éxitus» se convirtió en un clásico en mi servicio.

UN MAL DÍA

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

Había borrado el fichero de pacientes, y no tenía copia de seguridad ¡menuda catástrofe! Mi adjunto se había dado cuenta y, el muy mamón, había corrido a chivárselo al jefe de servicio. De pronto sonó el teléfono:

–Miguel, ¡ven inmediatamente a mi despacho!

–Sí, era el jefe. Me entró un sudor frío y comencé a temblar. Mientras caminaba por el pasillo, pasaron por mi mente todos los errores que había cometido durante la residencia: un descuido en el stock de estupefacientes, un lapsus en una sesión clínica con los cirujanos, una confusión al dispensar un medicamento a un paciente externo, un fallo en el cálculo de una dosis pediátrica, la rotura de cinco viales de doxorrubicina, un gazapo en un informe para la comisión de tumores, haber llamado «energúmeno» a uno de los oftalmólogos en su misma cara y, lo que probablemente más le fastidió a mi jefe, que flirtease con su hija (¡qué buena estaba!) en la última cena de Navidad.

Llamé a la puerta de su despacho y la abrí lentamente, aterrorizado. La fiera se abalanzó sobre mí. Sus ojos vomitaban sangre. Sí, quería mi cabeza.

–¿Qué, Miguelito, otra cagada? ¿cuántas van ya? ¡estoy hasta los mismísimos!... –bramó el jefe.

–Pero es que yo... –intenté justificarme.

–Pero es que tú nada, nada de nada ¡eres un irresponsable! sin duda, ¡el peor residente que ha pasado por este servicio en muchos años!

–De verdad que lo siento, jefe.

–¿Lo sientes? ¿y eso qué arregla, eh?

–Nada, es cierto –asentí con ojos de borrego degollado.

–Pues que lo sepas: voy a emitir un informe negativo de tu residencia, y haré todo lo posible para que no te concedan el título de farmacéutico especialista.

–Pero jefe, no puedes hacerme eso ¿acaso no ves que estamos sobrepasados de trabajo? somos más residentes que adjuntos, no libramos las guardias, trabajamos a destajo, en condiciones límite, y por ello, es probable que cometamos errores.

–Mira Miguelín, tus compañeros residentes sufren las mismas circunstancias, están en tu misma situación ¡y no meten la pata! tus argumentos son meras estratagemas para esconder tu ineptitud. Lo siento, ya no puedes hacer nada.

–Sí que puedo hacer una cosa –le contesté.

–¿Cuál? –me preguntó.

–Despertarme.

Y eso hice.

VEINTIDÓS

JAIME E. POQUET JORNET

No recuerdo la última vez que prometí solemnemente que no volvería a beber una sola gota de alcohol. Tampoco estoy seguro de que, por muy arrepentido que esté ahora, ésta vaya a ser mi última borrachera. Nadie sabe tan bien como yo que no tengo remedio; soy un caso perdido.

¿La gente no puede ducharse por la mañana sin armar tanto escándalo? ¿resulta imprescindible canturrear como la mismísima Caballé? intento recordar lo que ha sucedido esta noche, ¡tarea imposible!, una nebulosa blanca y espesa invade las neuronas de mi cerebro, aún anegadas por la ginebra y el vodka ¿pero el alcohol no es bueno para conservar los tejidos?

Por la mañana, al llegar al hospital, mi R4 me había recordado que esa noche era la fiesta de bienvenida a los nuevos residentes, y tenía la obligación de asistir: «Oye novatillo, no puedes faltar a la fiesta de esta noche para los R1, además, te presentaré a las dermatólogas, que están buenísimas y les va la marcha cantidad ¡ni se te ocurra no pasarte por allí!».

Empiezo a recordar: una rubia espectacular (el rubio era teñido pero, al fin y al cabo, eso a mí nunca me ha importado), con un impresionante traje rojo que se ceñía a un cuerpo escultural; su nombre era ¿Elena, Marta, María, Ana?... no lo sé, tampoco tiene mayor importancia acordarme de su nombre, para mí ya no es más que una chorba de infarto con la que debo haber pasado una noche extraordinaria.

¿Quién me trajo a casa? ¿quién me desnudó? ¿quién me metió en mi cama?, posiblemente fuese la dama misteriosa de nombre desconocido ¿o acaso fui yo quien la desnudó a ella a mordiscos?

Menos mal que la vecina del piso de arriba ya ha dejado de cantar y ha empezado a vestirse (esto último es una suposición mía, o tal vez un profundo deseo, no confesado, de espiarla entre las cortinas de su habitación). Me resulta difícil comprender cómo puede tener un cuerpo tan voluptuoso y, a la vez, ser tan idiota. Por cierto, en este momento debería matizar que realmente nunca me ha importado la inteligencia de una mujer; al fin y al cabo, uno las quiere para lo que las quiere. Frente a las hormonas y a miles de años de evolución no se puede luchar. El hombre es un cazador nato y, por ello, su objetivo es cobrarse el mayor número de piezas, bueno, aparte de cobrarlas, luego hay que poderlo contar a los amigos junto a una cerveza bien fría ¿qué sentido tiene salir a cazar si luego no puedes exhibir el trofeo?

Volviendo a lo de esta pasada noche, comienzo a recordar algunos detalles: largos tacones de aguja, un escote insinuante, una larga cabellera ondulada, una sonrisa preciosa y unos ojos azules como el cielo en un día de primavera. Tan sólo me falta su nombre.

Hoy debe ser sábado; tengo un par de días por delante para recuperarme. Me levanto o no me levanto ¡coño, son las diez de la mañana! y hoy tenía que hacer unos hoyos con mi jefe de servicio en el campo de golf ¿o habíamos quedado el sábado que viene?

Entro en el cuarto de baño torpemente, apoyándome en las paredes para mantener el equilibrio. Me meto en la ducha y poco a poco el agua tibia cae sobre mi cuerpo, noto un placer indescriptible que asocio inmediatamente con Patricia ¿por qué me ha venido este nombre a la mente? ¿se llamaba así realmente?

Abro el armario, únicamente me queda una camisa limpia, tendré que pedir a Lola que venga con más frecuencia a hacerme la colada; o tal vez necesite salir a renovar el vestuario y comprarme unas cuantas camisas nuevas. Hace más de tres años, justo cuando rompí mi relación con Carmen, que no me he comprado ni una sola prenda de ropa. Cojo la camisa blanca de manga corta (de Yves Saint Laurent, como todas las que tengo) y unos pantalones Burberry azul marino; y como ya está empezando a hacer calor, decido calzarme unas náuticas azules

sin calcetines. Mientras me visto, descubro sobre la mesita de noche una caja de cerillas, con un número escrito en ella. Es un curioso número de teléfono, el 666 666 666, que no consigo relacionar con nadie ni con nada.

Me voy a preparar un café bien cargadito. Al dirigirme hacia la cocina, veo mi camisa en el suelo, junto a la cama y al recogerla para echarla al cesto de la ropa sucia, observo con estupor que está manchada de sangre, y que una inmensa rasgadura atraviesa la parte delantera derecha de arriba a abajo. De pronto, recuerdo el nombre de la hermosa rubia de anoche: Patricia Veintidós, eso es, ése era su nombre, sí, Patricia Veintidós. La conocí en la fiesta de bienvenida; me la presentó mi residente mayor: «Te voy a presentar a Patricia, la R3 de Anatomía Patológica, que es la tía más cachonda del hospital, y encima le va la marcha ¡me estarás eternamente agradecido!

Una preciosa rubia sentada en la barra se giró hacia mí y me lanzó una cálida sonrisa. Junto a ella se encontraba un hombrecillo, canijo, calvo y con gafas; era el Dr. Miguel Álvarez, jefe de sección de Cirugía Digestiva. Le había conocido el sábado anterior, mientras hacía unos hoyos matinales. Aquel día, con un grácil movimiento de cadera y un swing casi perfecto, golpeé la bola, que fue a caer dentro del «green», a un metro escaso del hoyo número cuatro, entonces, una voz aflautada sonó a mis espaldas: «¿Y éste es el famoso residente que acaba de llegar a la farmacia del hospital? en su puñetera vida, caballero, volverá usted a repetir un golpe así».

El Dr. Álvarez, a través de un contacto que tenía con el Dr. Harold Klein, director médico del Hospital General de Boston, fue admitido como «fellow» en el departamento de cirugía de ese hospital. Tal como contaba las cosas, daba la impresión de que los americanos estaban muy apenados por su vuelta a España, y suspiraban por su pronto regreso a EEUU ¡menudo fantasma! este doctorcillo, y lo digo sin acritud, era el ser más pedante que haya puesto Dios sobre la Tierra ¡cómo diablos se había ligado el cargante del Dr. Álvarez a ese bomboncito que tenía a su lado?

Me acerqué con un par de gintonics en la mano y pedí al cirujano, con toda la cortesía de la que fui capaz, si tenía la gentileza de presentarme a la señorita que le acompañaba esa noche. Sin embargo, él me miró con sorna y me dijo:

–No está hecha la miel para la boca del asno.

–Entonces, no comprendo qué hace esta princesa a su lado –le repliqué con mordacidad.

Mis ojos se fijaban en las dos montañas de lujuria que la rubia exhibía ante mí. La miré con descaro, para que ella interpretase claramente mis intenciones. Fue ella misma quien, sin necesidad de que el engolado cirujano hiciese de cicerone, extendió su mano y mirándome fijamente a los ojos, me dijo dulcemente:

–Soy Patricia Veintidós, un placer conocerte.

El doctorcillo, al ver que peligraba su conquista, dijo de malas maneras:

–No te preocupes Pat, éste es el inútil del residente que acaba de llegar a la farmacia del hospital, vamos, nada que ver con un prestigioso cirujano como yo, y además, es malísimo jugando al golf, no merece que le dediques ni una pizca de tu atención.

–Señorita Veintidós, soy el Dr. Ramón Cotino, farmacéutico, recién incorporado al hospital, en el que, desafortunadamente, trabajan impresentables como el que le acompaña, además, juego al golf mucho mejor que él. También soy doctor, aunque este espantapájaros piense que dicha condición vaya siempre y exclusivamente asociada al manejo del bisturí.

–¡Bah, menudo tontolaba! –exclamó el Dr. Álvarez–. No te fíes de este tipo. Voy a por un par de canapés Pat, no te muevas de aquí, vuelvo enseguida.

El muy infeliz dejó a Pat a merced de mis garras de felino, sin embargo, fue ella quien tomó la iniciativa:

—Vaya, nos han dejado solos —me dijo Patricia mirándome a los ojos lascivamente. Tras realizar un exhaustivo examen visual, me pegó un pellizco en el trasero, esbozó una sonrisa libidinosa y me susurró al oído: «No te voy a negar que me encantaría estar contigo, a solas, en un lugar más íntimo ¿qué me dices?».

Sin pensármelo dos veces, cogí a Pat por la cintura y juntos abandonamos la sala, antes de que volviese el impresentable del Dr. Álvarez con los canapés. Aparte de que Pat estaba como un queso, la posibilidad de ventilarle una conquista al repelente del cirujano me excitó sobremanera.

En cuanto salimos del pub «La Leona Despierta», sin mediar palabra, me dio un impresionante beso de tornillo que me dejó sin respiración. Pedimos un taxi para que nos llevase a casa con la mayor rapidez posible. Durante el trayecto, el taxista miraba, descuidando en exceso su obligación, a una pareja que se estaba enrollando salvajemente en el asiento de atrás. Nunca pensé que una mujer pudiese llegar a ser más ardiente que un semental como yo.

Al llegar a casa, Pat me pidió que apaciguara mi ímpetu, pues a ella le gustaba ir poco a poco, disfrutando de cada momento; no estaba dispuesta a permitir que acabásemos en diez minutos. Pusimos música tranquila, nos servimos unas copas y empezamos a bailar, muy juntos; mi aliento acariciaba su piel. Un poco más tarde, me insinuó con sus manos que había llegado el momento, me arrastró hasta la habitación, me tumbó en la cama y me dijo que la contemplase mientras se desnudaba lentamente ante mí. A continuación, se acercó hasta mí y me desnudó de cintura para abajo, pero me pidió que no me quitase la camisa, pues le excitaba su tacto sedoso, entonces nos besamos apasionadamente y comenzamos a disfrutar de un largo rato de lujuria y sexo desenfrenado. Al terminar, exhaustos, nos quedamos tumbados sobre la cama; ella desnuda y yo, todavía, con mi blanca camisa de seda.

Me encuentro mejor; creo que estoy superando la resaca. Voy a salir a pasear un rato, compraré la prensa del día, y luego llamaré a alguna amiga por si me quiere acompañar al cine esta noche.

Llego al recibidor y enciendo la luz para coger las llaves de la entrada, retrocedo asustado al observar que junto a la puerta está el cuerpo de un hombre desnudo en el suelo, sobre un charco de sangre.

Ahora lo recuerdo: cuando estábamos tumbados sobre la cama fumando un cigarrillo, le pregunté a Pat si le había gustado la noche que acabábamos de pasar. Su respuesta, lejos de contentarme, me dejó un poco confuso: «Ni bien ni mal, sino todo lo contrario, los he conocido mejores, pero no te desanimes, pues también los ha habido peores». Aquello supuso un duro golpe para mi ego, pues yo creía que había bordado la mejor faena de mi vida.

Intentando desviar la conversación, le pregunté sobre su apellido, Veintidós, ¿qué curioso, verdad? Ella me contestó: «Te lo voy a explicar». Se levantó de la cama, rebuscó en su bolso y se giró hacia mí empuñando un bisturí de los que se emplean en Anatomía Patológica. Con la lanceta en lo alto, me amenazó: «No eres más que un engreído narcisista que se cree el amante ideal. Soy una enviada de Belcebú, un ángel caído cuya misión es eliminar la estupidez de este mundo». De pronto, se abalanzó sobre mí y me atravesó el corazón; herido de muerte, traté de incorporarme, me quité la camisa y la lancé a una esquina, me arrastré por el suelo hacia la puerta de casa para pedir ayuda, pero mis fuerzas se escaparon como la sangre entre mis dedos.

Hay algo que no entiendo, si el cuerpo que está en el recibidor es el mío, ¿quién ha escrito esta historia? ¿quizás haya sido mi alma, en un intento fugaz de explicar mi desaparición? Durante los últimos instantes de mi vida, escuché como Patricia decía: «Sobre la mesita he dejado una caja de cerillas con un número de teléfono. Cuando mañana despiertes y hayas recordado toda esta historia, me haces una llamada perdida, y enviaré una hueste de demonios a buscarte, ¿y no me has preguntado, hace un momento, acerca de mi apellido? pues bien, eres el idiota número veintitrés –quince MIR y ocho FIR– que liquido de este mundo; a partir de ahora, me llamo Patricia Veintitrés.

OL-TU-GUE-DER (TODOS JUNTOS)

VÍCTOR JIMÉNEZ-ARENAS

El servicio de farmacia gozaba de una excelente reputación en el hospital. Su contribución al cuidado de los pacientes era reconocida por todos los profesionales sanitarios de la institución. Pero recientemente, se había producido un incidente desafortunado: en la sección de dosis unitarias se había cometido un error, al confundir dos medicamentos de nombre similar. La administración del medicamento equivocado al paciente durante varios días le había causado una arritmia grave, que a punto estuvo de tener un desenlace fatal. Aquello había corrido como la pólvora por los pasillos del hospital, y minado la confianza en el servicio de farmacia.

Unos días después del suceso, los jefes de los servicios de cirugía y de medicina interna quisieron mostrar su apoyo al servicio de farmacia, para lo que acudieron juntos al despacho del jefe de servicio. Tras reafirmar su confianza en la labor del servicio de farmacia, le propusieron organizar una breve reunión con los farmacéuticos, a quienes hablarían los dos grandes «capos» del hospital, con el fin de reconocer su trabajo y transmitirles su aliento.

Al jefe de farmacia le pareció una excelente idea, y aceptó encantado. Así pues, los tres se dirigieron a la sección de dosis unitarias. Cuando entraron, los allí presentes se quedaron asombrados... ¿A qué se debía aquella representación estelar? ¿cómo era posible tanto poder concentrado en unos pocos metros cuadrados? ¿qué hacían aquellos tres jefes de servicio allí? entonces, el jefe de cirugía dijo:

—Hola, buenos días a todos, por favor, que se acerquen los farmacéuticos, los demás, sigan trabajando.

Los farmacéuticos obedecieron inmediatamente, dejaron sus puestos y se reunieron con el triunvirato. Las enfermeras y las auxiliares se quedaron calladas y continuaron trabajando, aunque algo incómodas y sintiéndose claramente excluidas. El jefe de farmacia se percató de ello, y reaccionó enseguida:

–No, todos, por favor, acérquense todos, las enfermeras y las auxiliares también, el servicio de farmacia somos todos, y todos somos igual de importantes, así pues, vengan todos, por favor.

Los otros dos jefes se hicieron una mueca de desaprobación, pero no se opusieron a la petición del jefe de farmacia. En unos instantes se formó un gran corro que permaneció en silencio. El jefe de farmacia procedió a presentar a los otros dos jefes, agradeció su presencia, y explicó el motivo de la reunión. Mientras hablaba, se oyó la cisterna del baño, después el grifo, y finalmente el secador de manos. A continuación, unos pasos que se acercaban por el pasillo a la sección de dosis unitarias. Alguien apareció en la puerta. Era Diego, residente de primer año, recién llegado al servicio. Al ver al grupo reunido, se acercó y se incorporó al mismo. Miró a su alrededor, vio a sus compañeros del servicio de farmacia, y también a dos desconocidos. Sorprendido, exclamó:

–¡Ostras! ¿y estos dos quiénes son?

–Estos dos, como tú les llamas, son los... –intentó explicar el jefe de farmacia, pero el jefe de cirugía no le dejó continuar y, mientras le hacía un guiño, dijo:

–Mira chaval, nosotros dos somos los nuevos celadores, en estos momentos, el jefe de servicio nos estaba presentando a tus compañeros, al terminar, si os apetece, os traeremos un bocadillo a cada uno para almorzar ¿tú de qué lo quieres, hijo?

Se oyeron algunas risitas. El residente estaba desconcertado, pero se atrevió a decir:

–¡Vaya, qué majetes! pues a mí, traedme uno de longanizas.

El jefe de farmacia continuó con la broma:

—¿Y lo quieres con mayonesa o con tomate?

El residente puso los ojos como platos. La carcajada fue general.

Recuerda: en un equipo, como lo es un servicio hospitalario, todos aportamos nuestro trabajo por un objetivo común: el paciente. Todas y cada una de las personas que allí trabajan han tenido que prepararse para ello. Por tanto, todas ellas merecen un respeto y una consideración. Sí, Ol-tu-gue-der.

EL PACIENTE DE LA 376

ANXO FERNÁNDEZ FERREIRO

*«La mayor enfermedad hoy día no es la lepra
ni la tuberculosis, sino más bien el sentirse no querido,
no cuidado y abandonado por todos».*

Madre Teresa de Calcuta

Hacía varias semanas que no llovía, lo cual era raro en Galicia. Quizás por ello, el incendio que se había declarado unos días antes en el término de Caldas de Reis aún no había podido ser extinguido. Y se aproximaban las elecciones, ¡en qué mal momento! Apremiada por la Consellería de Sanidade, la dirección médica del hospital había transmitido al personal la orden de atender con diligencia y esmero a todo el mundo.

Claudia, que era residente de cuarto año de microbiología estaba, por supuesto, enterada de tales directrices.

(Ring, ring, ring)

–Hospital, buenos días, dígame –contestó la operadora.

–Sí, buenos días, mire... quisiera hablar con alguien que me dé información sobre un paciente que está ingresado.

–¿De qué paciente se trata?

–Se llama Cibrán Fungueiriño, y está en la habitación 376.

–Un momento, le paso con planta, a ver si pueden decirle algo al respecto.

(Pip-pip, pip-pip, pip-pip)

–Cardiología, buenos días, habla la enfermera Xiana Colmeiro, dígame.

–Buenos días señorita, por favor, quisiera saber las condiciones clínicas del paciente Cibrán Fungueiriño, de la habitación 376.

–Un momento, no cuelgue, que voy a localizar al médico que le lleva, a ver si él le puede decir algo.

Pasan varios minutos. Mientras, se oyen voces y ruidos diversos al otro lado de la línea. Finalmente, alguien coge el auricular y dice:

–Buenos días, habla el doctor Otero-Castro, dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

–Buenos días, doctor, y perdone que le moleste. Verá..., estoy un poco preocupado. Quisiera que me informasen sobre el estado de salud de Cibrán Fungueiriño, de la habitación 376.

–A ver, espere un momentito, que consulto la historia clínica del paciente.

–Gracias, doctor.

Tras un par de minutos, el doctor prosigue:

–Aquí está. Veamos... Hoy se alimentó bien, la presión y el pulso se mantienen estables, y está respondiendo bien a la medicación, por lo que mañana le retiraremos el monitor cardiaco. Por lo tanto, parece que evoluciona favorablemente, si continúa en esa línea, le daremos el alta en dos o tres días.

–¡Muchas gracias, doctor, no sabe usted la buena noticia que acaba de darme! ¡qué alegría!

–Me alegro, hombre ¿y usted quién es? ¿su padre? ¿su hermano?

–No, no, ¡qué va! Yo soy Cibrán Fungueiriño, y estoy llamando desde la habitación 376. Lo que pasa es que llevo tres días ingresado, y aquí todo el mundo entra y sale del cuarto cuando le apetece, y parece que hablan entre ustedes en chino, y a mí nadie me hace ni puñetero caso.

El paciente de la 376 colgó el teléfono y se dirigió a su sobrina:

–Muchas gracias, Claudia, has tenido una buena idea.

–Ya le dije, tío, que no podía fallar.

NOCHEVIEJA

JAVIER SALAZAR MOSTEIRO

«El muerto al hoyo y el vivo al bollo».

Refrán popular

Cada uno había pagado ya su parte. Santi, el R1 de ginecología, se había encargado de recoger el dinero. Iban a estar de guardia en nochevieja, sí, pero tenía que ser inolvidable... Fran, el R1 de farmacia, se encargaría de las viandas. Loles, la R1 de rayos, de la bebida, cava incluido, claro está. Javi, el R1 de análisis, se haría cargo de la logística, es decir, de los vasos, los platos, los matasuegras, los gorritos, el con-feti, las serpentinas... El padre de Marisa, la R1 de otorrino, tenía vides en Requena, así que ella se encargaría de las uvas. Santi traería guantes de látex para hincharlos como globos. Charo, la R1 de pediatría, se agenciaría unos pañales para colgarlos a modo de guirnaldas. Ariadna, la R1 de trauma, llevaría el equipo de sonido y luces. Migue, el R1 de intensivos, se ocuparía de la música y haría de DJ. La fiesta tendría lugar en el aula de farmacia, alejada de las unidades de hospitalización y de visitas indiscretas. Además, así no molestarían a los pacientes, se dijeron. Todo pintaba muy bien...

Aproximadamente, una semana antes corrió el rumor, que más tarde se confirmaría: esa noche también estaría de guardia el Dr. José Rovira, el jefe de servicio de traumatología. No pasaba de los cincuenta y, desgraciadamente, se había quedado viudo hacía unos meses. Así que decidió pasar la nochevieja en el hospital, en compañía de los R1.

No pienso quedarme en casa, solo, triste y melancólico –se dijo a sí mismo– ¿qué mejor que en el hospital, con los chavales?, además, será un buen ejemplo para ellos: ni más ni menos que el jefe de trauma de guardia el día 31 de diciembre...

Los residentes cenaron en la cafetería del hospital. Hubo menú especial: cóctel de marisco, solomillo al foie y tarta helada, todo regado con cerveza y vino abundantes; después, chupitos y champán. Al terminar, se dirigieron al aula de farmacia. Allí comenzó la fiesta de verdad: música, luces de colores, cubatas, serpentinas, jolgorio, mucho roce y algún que otro beso. Tras las campanadas, el guateque se les había ido totalmente de las manos...

El Dr. Rovira llamó enérgicamente a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Lo intentó de nuevo..., pero nada, ni caso..., abrió la puerta con ímpetu y se encontró... la gran bacanal... El suelo estaba pegajoso y cubierto de confeti. Los residentes llevaban puestos sus gorritos; hacían sonar los matasuegras al ritmo de la música; sus caras denunciaban un estado de embriaguez preocupante; y la mayoría se habían quitado sus pijamas sanitarios.

El Dr. Rovira levantó la voz y dijo:

—¡Vamos a ver, señores!... ¡Por favor!...

Pero aquello estaba muy animado y cada uno iba a su bola. El Dr. Rovira insistió:

—¡Chicos, venga, por favor!... De nuevo, nadie se dio por enterado.

Molesto, el Dr. Rovira cogió uno de los guantes-globo y lo hizo explotar. Todos se volvieron hacia él. Migue apagó la música. La juerga cesó y se hizo el silencio. El ambiente era tenso. De pronto, Charli, el R1 de cirugía, que estaba más que pedo, pegó un empujón a Ariadna y la lanzó en dirección al Dr. Rovira. Se precipitó sobre él y ambos cayeron al suelo, llevándose tras de sí el mantel, los platos, los vasos y las botellas. La muchacha quedó tendida sobre su jefe. Las manos del Dr. Rovira, al intentar salvar la situación y amortiguar la caída, se habían agarrado instintivamente, o no, a las nalgas de la residente. Fue cuando, Ariadna, borracha como estaba, le abrazó y comenzó a besuquearle. Primero las mejillas, después el cuello y, finalmente, le comió la boca, mientras le decía:

—¡Jefe, me tienes loca loquita loca!...

–¡Pero Ari, chica! –dijo el Dr. Rovira algo turbado– ¿qué haces?...
¿No ves que nos están mirando los residentes?...

–¡Bésame, Pepe! ¡anda, bésame como tú sabes!...

La temperatura subió por momentos. Los dos rodaban por el suelo multicolor. Los residentes les jaleaban excitados:

–¡Yiiiiiiija!

–¡Dale Ari, dale!

–¡Oé..., oé, oé, oééé!

–¡A por ella, Pepe, a por ella!

Momentos después, Ariadna y su Pepe, perdón, su jefe, ayudados por algunos residentes, se levantaron del suelo entre exclamaciones y aplausos.

Aún rebozados en confeti, se miraron ardientemente, hicieron un gesto con la cabeza como diciendo: «Ahí os quedáis»..., y abandonaron la fiesta cogidos de la mano, en dirección a quién sabe dónde.

Hoy es 1 de enero. Ya lo sabe todo el personal. A pesar de la lluvia, hasta nueve adjuntos diferentes que estaban de guardia localizada, en su casa, celebrando el día de año nuevo con sus familias, calentitos, se han acercado al hospital a ver si había alguna incidencia.

HIPERTROFIA DEL ESFÍNTER DISTAL DEL TUBO DIGESTIVO

JOSÉ M^a ALONSO HERREROS

Dedicado a un auxiliar, viejo maestro, que debería haber estudiado farmacia tras la jubilación.

¡N os ha jodido! –murmuró entre dientes mientras salía del pequeño cuarto que hacía las veces de despacho de residentes. Llevaba casi cuatro años trabajando allí y, precisamente ahora, a una semana escasa para terminar la residencia, «El Gran Jefe Indio» le llamaba a su despacho. «Seguro que es por la tontería de la última guardia», pensó mientras caminaba hacia la sección administrativa del servicio de farmacia. Se juró a sí mismo que no le iban a ver preocupado, ¿preocupado él? era el residente mayor, leía la tesis en unos días –sobre farmacogenómica nada menos– y hasta ya tenía los billetes para viajar a Estados Unidos, con una beca para continuar sus investigaciones sobre el polimorfismo del CYT-C3PO-R2D2. ¡Él sí que era un buen profesional! en cambio, ¿qué podía esperarse de un jefe de servicio que no hizo ni el FIR? ¡pero si le regalaron la especialidad cuando hacer la unidosis con papel de calco era toda una innovación!

Llegó a la gran sala que daba al despacho del jefe y en la que trabajaban las administrativas ¡menuda panda de arpías! la que no tenía bigote, tenía nietos. Claro que muchas de ellas habían comenzado con «El Gran Jefe» ¿cómo si no, iban a continuar allí? Cuando introdujeron lo del papel de calco e intentaron montar el primer ordenador en el servicio, corría la historia de que fracasaron en el primer intento porque no supieron instalar los pedales. Contarle historias de cuando los monitores de fósforo verde eran la última tecnología, a él, que había programado ya varias app sanitarias para dispositivos Android

¡qué valor! Durante los cuatro años de residencia, él había estado muy ocupado con las cosas verdaderamente interesantes: visitas a planta, la tesis, publicar en revistas de alto índice de impacto... Y mientras, había tenido que oír ésa y otras mil historietas del servicio en los desayunos, en los cafés de las guardias, en las cenas de Navidad...

Llamó a la puerta del despacho. En cuanto le dieron permiso, la abrió con determinación. Al ver quienes estaban en el despacho, supo que, en efecto, era por la chorrada de la última guardia. El jefe de servicio estaba sentado tras su mesa. Era un hombre moreno, bajito, con poco pelo, gafas de concha, de edad indeterminada pero por encima de los sesenta, y medio senil. A su lado, de pie, Vicente, el auxiliar más antiguo del servicio, encargado del laboratorio de formulación, azote de residentes, alumnos en prácticas –y hasta de algún adjunto– con su sabiduría de zorro viejo, su estar de vuelta de todo, y el «si yo te contare...» con el que finalizaba cualquier conversación en la que, con todo lujo de detalles, aprovechaba para relatar media docena de batallitas.

El residente se acercó hasta la mesa y habló en voz alta para que las arpias de allá afuera le escuchasen claramente:

–Ya sé lo que me vais a decir, pero no pretenderéis que yo, R4, a punto de leer la tesis, y con una beca en Estados Unidos, al final de una guardia, entre en el laboratorio para preparar una fórmula magistral. Más bien deberíais darme las gracias por haberme tomado la molestia de escribir el procedimiento y hecho los cálculos correspondientes, eso, a lo sumo, es función del R1.

El jefe de servicio le miró impasible; a continuación hizo un ademán al auxiliar, quien en ese momento tomó un papel de la mesa, el mismo en que habían quedado reflejados los cálculos para elaborar aquella dichosa fórmula, e igual de impasible dijo:

–Le estamos muy agradecidos por su inestimable ayuda, pero creemos que esta fórmula tiene un pequeño fallo.

–¿De cálculo? –cuestionó ofendido el R4.

–No, más bien de suministro –respondió el auxiliar.

–Pues entonces, ¿a mí qué me cuentas? habla con quien lleve el tema de compras o con los proveedores habituales –replicó R4.

–Ya, pero no creo que fuesen capaces de solucionar el problema –aclaró el auxiliar.

–¿Y cómo es eso? –preguntó confuso el R4.

–Bueno –dijo Vicente mostrándole el papel que el propio residente había escrito de su puño y letra–, no creo que ninguno disponga de moldes para supositorios de 10 litros ¡pero si quieres encargarte tú de buscarlos!

DRA. HOLMES

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

*«¿Qué te parece desto, Sancho? –dijo Don Quijote–
¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía?
Bien podrán los encantadores quitarme la ventura;
pero el esfuerzo y el ánimo será imposible».*

Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra

Iratxe y Eduardo se habían conocido en la boda de Lucía, la residente de tercer año de Análisis Clínicos. Siempre que podían, planificaban las fechas de sus guardias para coincidir en el hospital. Al terminar cada una de ellas, solían desayunar juntos en la cafetería de Consultas Externas.

–¿Qué tal, Edu? ¿cómo te ha ido la guardia? –preguntó Iratxe.

–¡Buf! agotadora, para variar, no he podido dormir en toda la noche. Especialmente por Miguelito ¡qué caso tan raro! nos tiene totalmente desconcertados, ha venido dos veces esta semana, y no hay forma de dar con lo que tiene.

–Pues vete a casa, anda, y descansa, amor. Recuerda que esta noche hay barbacoa en casa de Teresa, para celebrar que le han contratado en Micro.

–Sí, en cuanto me tome el café, paso a ver a Miguelito, le comento el caso al adjunto, y me piro.

–Yo he tenido suerte, me acosté a las dos y me acabo de levantar, así es que me quedo un rato, que hoy hay muchos tratamientos de quimio.

–Ok, nos veremos en casa ¿te apetece que compre sushi para comer?

–¡Estupendo!

–Vale. Acompáñame a Pediatría y te doy las llaves del coche, no estoy yo ahora para conducir, cogeré el metro.

Subieron a la séptima planta. En la sala de médicos, donde Eduardo tenía su mochila, estaba uno de los adjuntos del Servicio de Pediatría. Se dirigió a él y le dijo:

–Hola Dr. Teixidó, buenos días ¡menuda guardia! una meningitis, una sobredosis de paracetamol, una quemadura grave, tres o cuatro tonterías de las habituales... Y además, he ingresado a Miguelito en la 623A.

–¿Miguelito? ¡ah, sí!... el de los apellidos raros.

–Sí, ése, Miguel Howard Smirnov, tiene cuatro años. Vino a urgencias a eso de las once de la noche, con los mismos síntomas que el otro día: náuseas y vómitos, bradipnea, disartria, letargia y nistagmus. Las radiografías, el TAC, los electros y las analíticas son normales, es un caso difícil, a ver si usted puede valorarlo a lo largo de la mañana; se lo agradecería mucho.

–¡Vaya, qué casualidad! –intervino Iratxe–. Nosotros atendimos a su hermano Abel la semana pasada, bueno, digo yo que debe ser su hermano, porque tienen los mismos apellidos.

Iratxe bajó al servicio de farmacia. A las ocho y media había sesión clínica, su compañera Isa presentaba un caso de una osteomielitis resistente a antibióticos. Iratxe se esforzaba por atender, pero tenía su cabeza en otras cosas. Pobre madre –pensó–, divorciada y con dos niños enfermos, Abel con epilepsia, y vete a saber qué le pasaba ahora a Miguelito.

A eso de las diez decidió ir a ver a Miguelito. Entró en la habitación, y encontró a Marina, dándole la medicación a su hijo.

–¡Hola Marina! ¿te acuerdas de mí? soy Iratxe, de farmacia.

–Ho...hola, pasa, pasa.

La madre, sorprendida y algo nerviosa, guardó el jarabe en el bolso. Iratxe aún tuvo tiempo de identificar el frasco del jarabe, amarillo y blanco: era Tegretol®, que contiene carbamazepina, un antiepiléptico.

–¡Vaya! otra vez ingresados, me lo ha dicho el Dr. Ricart, Eduardo Ricart.

–Sí, el Dr. Ricart es muy majo ¡y muy guapo! –La cara de Marina se iluminó por momentos–, ya nos ha atendido varias veces, es un cielo. Ojalá yo hubiese encontrado un hombre tan educado, elegante y dulce como él, no como el padre de mis hijos, un cerdo. Menos mal que estoy yo para cuidar de los niños, porque ese desalmado no nos presta ninguna atención, me pasa la pensión tarde y mal, y con eso se cree que ya está todo hecho ¡es un jeta! nos está costando la salud a los tres.

Buscó en su bolso y sacó un envase de Anafranil®, comprimidos de clomipramina, un antidepresivo, que mostró a la farmacéutica.

–Sí, el Dr. Ricart es muy majo. Ha salido de guardia.

–¡Oh! ¿y no sabes cuándo volverá?

–Pues imagino que mañana.

–¡Ah, qué bien! ¿Has oído, Miguelito? mañana volverá el Dr. Ricart, seguro que todo irá bien.

–Bueno, Marina, voy a echar un vistazo a la historia clínica de Miguel, a ver si puedo ayudaros en algo.

–No, no, no te preocupes, que estamos en buenas manos; el Dr. Ricart es buenísimo.

Iratxe salió de la habitación un poco mosca. «Que si el Dr. Ricart, su novio, era majo, guapo, dulce, un cielo...» ¿A ver qué se había creído la fresca ésa? ahora ya no la veía tan desamparada.

Al volver al Servicio de Farmacia, se sentó en su puesto de la Sección de Dosis Unitarias, y accedió a la historia clínica de Miguelito. Efectivamente, le habían practicado muchas pruebas diagnósticas,

placas, TAC, electroencefalograma, potenciales evocados, varias analíticas... Y todas eran normales ¡inexplicable! Después echó un vistazo a la historia farmacoterapéutica. Tampoco había ningún medicamento que pudiese explicar el cuadro del niño, ¡pero no llevaba carbamazepina (Tegretol®)! ¿hmm? entonces, ¿por qué se la daba su madre? Ella lo había visto con sus propios ojos cuando entró en la habitación. De repente, a Iratxe se le encendió la bombilla. Consultó la historia clínica de Abel, el hermano mayor de Miguelito, y sí, Abel sí que tomaba carbamazepina por sus crisis epilépticas ¡y había ingresado siete veces en el último año! Probablemente, la madre de los niños se estaba equivocando, y administraba a Miguelito la medicación de Abel ¿o acaso se trataba de algo más complicado y perverso?

Iratxe revisó con premura los tratamientos de quimioterapia del Hospital de Día. Poco después, ansiosa, fue al Servicio de Análisis Clínicos. Allí, localizó una muestra de sangre de Miguelito, y se la llevó al Servicio de Farmacia. Pidió al residente de la sección de farmacocinética que midiese los niveles plasmáticos de carbamazepina, y ¡bingo!: 23,7 mg/l, muy por encima de 12 mg/l, el límite superior del rango terapéutico ¡Miguelito estaba intoxicado por carbamazepina!

Cogió el teléfono y llamó a Eduardo:

—¡Jope, Iratxe! estaba durmiendo, ya te he dicho que la guardia ha sido mala ¿qué quieres?

—Edu, ven corriendo al hospital, creo que tengo el diagnóstico de Miguelito.

—¡Vaya con la farmacéutica lista! ¿qué... jugando a los médicos?

—¡Qué mal despertar tienes, Edu! ven rápido y te lo cuento, ¡hay que hacer algo inmediatamente! te espero en el Servicio de Farmacia.

Iratxe revisó el caso y recopiló toda la información. Al poco, llegó Eduardo. Ella le mostró lo que había encontrado, y le trasladó sus sospechas: un probable síndrome de Münchhausen por poderes. La madre administraba deliberadamente y a escondidas el jarabe de carbamazepina a

Miguelito, hasta intoxicarle, y así acudir a Urgencias y poder ingresar en el hospital, para llamar la atención y sentirse atendida.

Iratxe y Eduardo subieron a la 623A.

–¡Hola Dr. Ricart! ¡qué alegría! pero, ¿no se había ido ya a casa? y tú, Iratxe, ¿qué haces aquí? –dijo la madre de Miguelito.

–Sí, he salido de guardia, pero he tenido que volver –contestó el médico–. Me preocupa Miguelito, y me preocupa usted.

Eduardo e Iratxe confrontaron a la madre de Miguelito con los datos. Al principio, ella lo negó todo. Pero poco después, ante la evidencia de los hechos, terminó por derrumbarse y confesar entre lágrimas.

El caso resultó ser aún más complejo y grave. La madre administraba malintencionadamente la carbamazepina a Miguelito. Era el jarabe que habían prescrito a Abel por sus crisis epilépticas. Pero además, a propuesta de Iratxe, se investigó y demostró que el cuadro de Abel también era inducido por su propia madre, quien le administraba forzosamente los comprimidos de imipramina que ella tomaba para la depresión. La madre no tardó en admitirlo todo.

Se activó el protocolo de maltrato infantil. La madre fue separada de los niños y puesta en tratamiento psiquiátrico. Miguelito y Abel mejoraron rápidamente. Unos días después, la madre perdió la custodia de sus hijos, en favor del padre.

Unas semanas más tarde, mientras desayunaban churros en la cafetería de Consultas Externas y recordaban el caso de los dos niños intoxicados por su madre, Eduardo le dijo a su novia:

–Si es que, en el fondo, tú querías ser médico, hubieses sido la Dra. Iratxe Holmes ¡je!

–Elemental que no, Dr. Edu Watson, eso, ni en la peor de mis pesadillas, así es que tú a lo tuyo y yo a lo mío –replicó la farmacéutica.

LA CHATA

DAVID CABEZA DOMÍNGUEZ
CRISANTO L. RONCHERA-OMS

Era viernes. Juan estaba cansado. Incluso para un R4 como él, la semana había sido dura: dos guardias, presentar un caso clínico, escribir un apartado de la tesis doctoral, preparar el resumen de una comunicación para el Congreso Nacional de Farmacia Hospitalaria, y elaborar un informe para la Comisión de Farmacia y Terapéutica.

Subió a desayunar. Entró en la cafetería, hizo cola, y pidió lo de siempre: té con leche y dos magdalenas. Alzó la vista y localizó con la mirada a Raúl, R2 de hematología, el Dr. Miró, como a él le gustaba que le llamasen. Se acercó hasta su mesa y se sentó a su lado:

–Buenos días, Raúl ¡uf, qué ganas tenía de sentarme! ¿cómo estás?

–Cabreado –dijo el hematólogo–. Me han robado el móvil, una Blackberry recién estrenada, y encima creo que sé quien ha sido, los familiares de una paciente, «La Chata».

–¿La Chata? ¿y ésa quién es? –preguntó Juan.

–Una gitanilla, una tal Samara Montoya...

–¿Samara Montoya Moreno?

–Sí, esa –confirmó Raúl.

–¡No jodas! pues acaba de pasar por farmacia para recoger la medicación del alta hospitalaria. Y sí, venían cinco o seis con ella. Se han metido todos en uno de los despachos ¡y menuda la que nos han liado allí!: «Que si el médico nos ha dicho que nos dé todo el tratamiento, que si deme también Apiretal pa mis churumbeles...» Al final, me he tenido que poner un poco borde.

De repente, Juan comenzó a sudar, se palpó el bolsillo de la bata, el móvil no estaba en su sitio.

—¿A que también me lo han robado a mí? ¡Cabrones!

Bajó corriendo al Servicio de Farmacia. Buscó su iPhone en el despacho, entre los papeles de su mesa, en la cajonera..., pero no estaba allí

—¡Cabrones! —exclamó.

No obstante, Juan sabía dónde tenía alguna posibilidad de recuperarlo. Así, dos días después, el domingo, se acercó al rastro, el que montan junto al campo de fútbol de Mestalla, en la Plaza Luis Casanova. Se dio una vueltecita. Pronto localizó a los Montoya y, con disimulo, se acercó hasta su puesto. En el suelo, sobre una manta de colores estridentes, se distribuían desordenadamente un sinfín de objetos diversos: radios, calculadoras, pantallas de ordenador, teclados, cámaras de fotos, lámparas, menaje de cocina, espejos, etc. Y también un microscopio, dos centrifugas de laboratorio, un electrocardiógrafo portátil, varios fonendoscopios, pinzas para sutura, cajas de guantes de látex... ¡Material suficiente como para inaugurar un nuevo hospital! y un cajetín a rebosar de ampollas variadas, en el que habían pegado con esparadrapo un letrero que decía: «ANARJESICO 3 x 1».

Al otro lado de la manta estaba «La Chata», hablando por teléfono:

—¡Niño! que te venga pacá con la fragoneta, quer Tío Migué eztá malo, y azín ze zienta ahentro con er aire condicionao ¡qué te venga ya he disho!

Lo reconoció por la funda protectora verde que le habían regalado en el stand de un laboratorio: ¡era su iPhone! entonces, Juan abrió su mochila, sacó su bata blanca, se la puso y se la abrochó con pulcritud. Miró fijamente a la mujer, y le dijo con determinación:

—¡Eh, Chata! anda, dame ese móvil, que es mío, y bien que lo sabes tú.

–Mira er payo, y ¿tú como zabe que ez er tuyo?

–Porque esa funda verde me la dieron en un congreso de farmacéuticos, en Madrid.

–Poz zi a mí tamién me la dieron.

–Pero Chata, si tú no has estado en un congreso en tu vida. Venga, no me líes y dame el móvil –dijo Juan elevando el tono de voz.

La Chata le lanzó el teléfono de mala gana. Juan lo cogió al vuelo. Al otro lado de la línea aún se oía una voz que decía: «Que llevé ar Tío Migué ar ba, que nozotro aún eztamo arrecohiendo to».

Juan colgó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón. Se puso más serio aún, y con voz grave, increpó a La Chata:

–Y seguro que también tienes el móvil de mi compañero, el Dr. Raúl Miró, es una Blackberry negra, dámela inmediatamente o te denuncio.

–¿Y eze dotó quién eh? –dijo la gitana– ¿er pichiQuiatra, er culizta o er trampatólogo?

–No, no, es el hematólogo –Juan apenas podía contener la risa.

–¡Ah, no zeñó!, nozotro ar jamatólogo no hemo ío pa ná.

La gitana se dio la vuelta, y gritó a uno de los jóvenes que la acompañaban:

–¡Ríchar! ¡Ríchar! ven acá pa'cá que aquí hay un shusma que noz quiere trincá ¡éshale cuenta!

El calé se acercó a Juan, hasta situarse amenazadoramente a menos de un palmo de su cara. Le puso un dedo en el pecho, a la altura del corazón, y le dijo:

–¿Qué paza, payo? o te marsha daquí cagandohotia o te pinsho con la navaha.

Juan salió por patas.

El lunes en el hospital subió a desayunar como todos los días. Vio al Dr. Miró en la cola de la cafetería. Juan metió la mano en el bolsillo de su bata; allí estaba su iPhone, lo apretó entre sus dedos. Se acercó hasta el médico, le dio una palmadita en la espalda, y le dijo:

–Lo siento «jamatólogo», no hubo suerte, no fueron los Montoya.

DECISIVA INDECISIÓN (Visión de una madre)

M^a ENCARNACIÓN VIDA VERDÚ

«Un hijo es una pregunta que le hacemos al destino».

José María Pemán

Todo empezó en la interminable cola del rectorado de la Universidad de Granada, a la hora de elegir carrera. Más de cuatro horas para decidir qué licenciatura iba a marcar con una cruz. Al final, tomó una indecisión:

–Mamá, papá, creo que voy a hacer Farmacia –nos dijo con voz trémula.

–¿Lo tienes claro, hija? –le preguntó su padre.

–Casi –contestó ella con total inseguridad.

Cuántas preguntas se me quedaron en la punta de la lengua, cuántas dudas y cuántas preocupaciones, pues yo le auguraba un futuro incierto tras su elección. No me la imaginaba clasificando plantas, diseccionando ranas ni elaborando comprimidos, pero no pronuncié palabra, era su decisión o, más bien, su indecisión. Siempre he pensado que hay que dejar a los hijos, cuando llegan a cierta edad, que tomen sus propias decisiones, que cometan sus propios errores...

Hizo la carrera en Granada, estudiaba y se divertía. Durante esos cinco años, nunca se arrepintió ni se quejó, y volvió a casa con su título de licenciada en Farmacia bajo el brazo. Quedó claro que había acertado con su elección ¿y ahora qué? dinero para comprar una farmacia no teníamos; ni herencias, ni nada que se le pareciese.

–Ahora, el FIR –dijo con aplomo.

—¿Y eso qué es? —le preguntamos en casa. Sabíamos de la existencia del MIR, pero ¿qué puñetas era eso del FIR?

Vivíamos en una casa junto al colegio donde yo trabajaba como maestra. La ventana de su cuarto daba al patio de recreo. Muchos se preguntaban: «Y esa chica que se pasa el día estudiando al lado de esa ventana, ¿quién es y qué estudia?» yo contestaba orgullosa: «Es mi hija, y está preparando el FIR», y claro, a continuación me veía obligada a dar las pertinentes explicaciones sobre lo que era el FIR, ya que prácticamente nadie lo conocía.

Estudió con ganas y aprobó. Y nos fuimos a Madrid, a la elección de plaza. Yo pensé que, como seis años antes, de nuevo le asaltarían las dudas, pero esta vez ella tenía las ideas muy claras: «Si me llega, haré Farmacia Hospitalaria».

Y le llegó, y además con la opción de elegir en qué ciudad: Almería, Sevilla o Málaga. A dos de esas capitales le unían lazos muy estrechos; a una, sus padres, y a la otra, su novio ¿resultado? eligió la tercera: Málaga. Y esta vez tampoco se equivocó. Allí hizo sus cuatro años de residencia. Trabajó, estudió y se lo pasó en grande. De allí conserva muchos de sus mejores amigos, compañeros y recuerdos. Allí se casó (bueno, allí no, en Almería, en su tierra). Allí puso su casa. Allí nació su hijo. Y allí comenzó una nueva historia como mujer, como madre y como profesional.

La vida, que es muy cuca, la ha traído de vuelta a su tierra. Ahora vive feliz, trabaja en lo que le apasiona, aquello que eligió al principio con algo de incertidumbre, y al final con determinación y firmeza ¡Ojalá que la vida le siga premiando por su esfuerzo y su buen hacer!

EPÍLOGO (Visión de una hija)

M^a. ÁNGELES CASTRO VIDA

«Algunas veces hay que decidirse entre una cosa a la que se está acostumbrado y otra que nos gustaría conocer».

Antoine de Saint-Exupéry

Estudiar para la «oposición» FIR fue algo incomprendido. No eran pocos los que me decían: «¿Pero por qué no te preparas para inspectora? Ya que estudias, que sea pa toda la vida lo que consigas ¿no?».

Aún hoy, ya farmacéutica especialista, algunas personas ajenas al FIR, viendo las muchas vueltas que damos y, sobre todo, lo mucho que aún seguimos estudiando, me preguntan: «¿Pero tú no aprobaste unas oposiciones?».

¡Ah! y muchas gracias, papás, por respetar mi indecisión y apoyarme siempre.

SUPERHÉROE

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

«Todo gran poder conlleva una gran responsabilidad».

Spiderman

Sandra era residente de tercer año. Estaba rotando por la sección de Farmacia Oncológica. Se ocupaba del tratamiento de soporte de los pacientes. Cada mañana, antes de visitarles, revisaba los tratamientos de quimioterapia del día. Cuando había algún niño, preparaba «su set pediátrico», que incluía una carpeta rosa, un bolígrafo de colores, un colgante con una carita sonriente, y unas pegatinas que adquiriría en el bazar oriental WAN-LI, la tienda de chinos que había justo debajo del piso que compartía con otros residentes del hospital. A la entrada del bazar, podía leerse un cartel escrito en grandes letras rojas que decía: «Nene rompe, Papá paga». Cada vez que Sandra pasaba por la tienda, el chino ya le tenía preparado un lote de pegatinas: «Hola Sandla. Traído pegatinas con pulpulina, a vel si tú gustal. Y una de legalo» (el dueño del bazar la tenía por una buena cliente). Lo cierto es que ella ya se había dejado un buen dinero allí, el equivalente a dos o tres guardias por lo menos.

Pablo tenía siete años y estaba enfermo de leucemia. Acababa de llegar al hospital de día para recibir su primer ciclo de quimioterapia. Se sentó en el sillón y la enfermera lo preparó todo para tomarle una vía intravenosa. De repente, el niño gritó: ¡Voy a «gomitar»!... Y es que ya le habían avisado sus compañeros del cole: «gomitarás» y se te caerá el pelo, pero no te preocupes que el pelo te volverá a salir.

—¡Pero Pablito! ¿cómo es posible? si aún no te hemos puesto el tratamiento... —le reprendió la enfermera.

–Venga hijo, ya lo hemos hablado en casa, y tienes que ser valiente –le alentó su madre.

Sandra observó la escena desde la puerta, pertrechada con su «set pediátrico».

–Hola Pablo, soy Sandra. Tranquilo, no te preocupes, que tengo algo que te quitará esos «gómitos» inmediatamente ¿vale? –dijo mientras guiñaba el ojo a la madre.

–Vale –aprobo el niño.

–Vuelvo enseguida –aseguró ella.

Sandra bajó al servicio de farmacia y se metió en la unidad de farmacotecnia. Preparó rápidamente un jarabe simple con sabor a fresa, sin ningún componente activo. Imprimió una etiqueta y la adhirió al envase, junto con una pegatina de Spiderman. Subió de nuevo al hospital de día llevando el jarabe en su mano. El frasco tenía un aspecto impresionante: color rojo, límpido, con una etiqueta azul y una gran pegatina brillante.

–A ver Pablo ¿qué dice aquí? –le preguntó Sandra mientras le enseñaba el frasco de jarabe.

–Jarabe Antigómitos Especial para Pablo –leyó con alguna dificultad mientras seguía el texto con su dedo–. ¡Y es de Spiderman! –exclamó al ver la pegatina.

–¡Muy bien, campeón! lo ha preparado personalmente para ti, te va a quitar esos «gómitos» inmediatamente, en cuanto te lo tomes. Dime, ¿cuántos años tienes y cuánto pesas?

–Tiene siete años y pesa treinta y dos kilos –se adelantó la madre.

–No mamá, tengo siete años y medio, y peso treinta y tres kilos –replicó el niño.

–¡Ah, eso está muy bien, Pablo! siete años y medio, y treinta y tres kilos –repitió la farmacéutica. Sacó la calculadora y simuló teclear los datos. A continuación, cargó la jeringa con el jarabe y se dirigió al pequeño:

–Anda, abre bien esa boca, como si fueses un león –y le administró el jarabe.

–¡Hmmm, qué rico! –dijo el niño– ¿puedes darme un poco más?

–Después, Pablo, al terminar ¿a que ya te encuentras mejor?.

–¡Sííííí! –confirmó el pequeño.

–¡Estupendo! cuando acabes el tratamiento, te daré un poco más de jarabe y... ¡un lote de pegatinas de Spiderman! –que sacó de su bolsillo y mostró al niño.

–¡Cómo molan! –exclamó el niño. Entonces, cogió la mano de la farmacéutica, le miró tiernamente, y le suplicó:

–Sandra, porfi, ¿puedes traerme un helado?

–¡Pablo! ¡pero cómo te atreves? –le recriminó su madre.

Sandra no pudo resistirse:

–Claro que sí, Pablo ¿de qué lo quieres?

–Pues... ¡de chocolate!

–Está bien, un polo de chocolate –asintió Sandra–. Te lo traigo en un ratito. Mientras tanto, tú haz caso a la enfermera, se llama Natalia, y es un poco cascarrabias...

–Muchas gracias, Sandra, eres más buena...

–¡Y tú estás muy espabilado!... ¡ale! pórtate bien, que vengo enseguida.

Cuando Sandra abandonaba la sala, la enfermera le increpó:

–¡Oye tú, conseguidora!

–Dime, Natalia ¿y tú qué quieres?

–Si no es mucho pedir, ¿qué tal un apartamento en Ibiza?

¡KIKIRIKÍ!

MERCEDES GALVÁN BANQUERI

El periódico local se había hecho eco de una denuncia contra el hospital: un familiar se quejaba de que los pacientes de psiquiatría estaban malnutridos. La dirección médica decidió rebatir rápidamente tal acusación. Contactó con el servicio de farmacia, y le propuso realizar un estudio para valorar el estado nutricional de los pacientes ingresados en el hospital. El análisis detallado y desglosado por unidades de hospitalización pondría de manifiesto que los pacientes psiquiátricos estaban bien nutridos. En apenas unos pocos días, se diseñó el estudio, basado en entrevistas a los pacientes, medidas antropométricas y el cálculo de índices nutricionales. Los residentes se encargarían de la recogida de datos. Se agruparon por parejas, y a cada una de ellas se le asignó una unidad de hospitalización. A Berta, R1, y Paloma, R3, les tocó psiquiatría.

Y allá que se fueron, cargadas de ilusión y de inocencia. Al llegar a la unidad de psiquiatría, se encontraron con que el acceso estaba cerrado. Tras llamar al timbre, una enfermera les abrió, y se ofreció amablemente a colaborar con ellas en todo lo que pudiesen necesitar. El panorama era desconcertante: los pacientes deambulaban de acá para allá, sin rumbo determinado, unos hablando, otros chillando, y los más en silencio. Entonces se percataron de que una de las pacientes se había metido en su habitación. Según el listado, se trataba de Encarna Garrido, diagnosticada de esquizofrenia y en tratamiento con antipsicóticos. Era la paciente adecuada para comenzar el estudio. Decidieron seguirla y abordarla de manera cordial.

Al entrar en la habitación, saludaron a la paciente:

—Hola Encarna. Somos Paloma y Berta, farmacéuticas. Venimos a ver cómo te encuentras.

–¡Kikirikí! –cacareó la paciente, al tiempo que se levantaba la falda.

–¡Vaya! Imitas muy bien a las gallinas.

–¡Yo no imito a las gallinas! ¡yo soy una gallina! ¡Kikirikí! ¿tenéis tabaco?

–Pues no, Encarna, no tenemos tabaco, y aquí no se puede fumar.

–¡Anda que no! Pues yo sí que he visto a los médicos dar caladitas por los pasillos.

–Pues eso no está bien, y, además, las gallinas no fuman.

–Yo soy una gallina fumadora.

–Pues entonces pondrás huevos negros –apuntó una de las farmacéuticas.

–Yo no pongo huevos, porque soy menopáusica, peripatética y fenomenológica, con sentido de prospectiva filosófica, creo en la inmanencia y busco llegar a la gnosis absoluta ¿entendido?

–Pues claro que sí... –dijo Paloma algo abrumada, pero intentando llevarse la paciente a su terreno–. Bueno, necesitamos que nos ayudes un poco. Verás, hemos de valorar tu estado nutricional.

–¿Quequerequé?

–Paloma quiere decir que necesitamos conocer tus hábitos alimentarios –dijo Berta–, o sea, qué comes, cuándo comes, si te sienta bien y cosas así.

–¿Pues qué voy a comer?... Arroz, maíz, trigo, pan duro, verduras, lombrices, caracoles...

–¿Ah, sí? ¿Y cuándo comes?

–Pues cuando me lo echan... Y si no, escarbo.

–Ya veo ¿Y comes bien? –preguntó Berta.

–¿Que si como bien? mira... –Encarna soltó un zarpazo y le arrancó a la farmacéutica el papel que tenía en sus manos, la hoja de recogida

de datos para la evaluación del estado nutricional. A continuación, la rompió en varios pedazos y se los llevó a la boca. Los masticó con fruición, hizo una bola y se la tragó. Cogió un vaso con agua que había sobre su mesita y bebió un largo trago; después, eructó. Finalmente, lanzó un potente ¡kikirikí!, mientras se pavoneaba por la habitación, moviendo sus brazos plegados a modo de aleteo.

—¿Qué tal, qué os ha parecido? ¿necesitáis que me coma otra?

—No, no, no hace falta, es suficiente.

—¡Pues ale, andandito por donde habéis venido! —ordenó la paciente—. Y la próxima vez, traedme un poco de aceite y sal, si no, no me como nada más ¡ah, y unos cigarritos; sin eso, no hay función! ¡Kikirikí!

SIN NOTICIAS DE FURB

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

Año 12 de la séptima era estelar de Capricornio.
Informe digital continuado de la misión VAMOS-Q-NOSVAMOS-IV.
Transmisión codificada (protocolo criptográfico $\pi N8$).

Día 1

13:14 Aterrizaje completado con retropropulsión ampliada. Debido a una alteración causada por el campo magnético terrestre, hemos colisionado con un vehículo local, al que su conductor llama reiteradamente «fragoneta». Ante la insistencia de su propietario, yo, como comandante de la misión, he tenido que rellenar un documento arcaico y complejo, al que el individuo se refería unas veces como «el parte del seguro» y otras como «los papeles». No he opuesto resistencia alguna, aunque confieso que he sentido ganas de fulminar al sujeto con mi láser dicroico extracorpóreo. Total, para lo que le va a servir el dichoso «parte».

16:52 El análisis geofísico obtenido mediante resonancia de difusión radial indica que la denominación local del lugar de aterrizaje es MÓSTOLES.

18:35 Hemos avistado una fortaleza cercana. En su parte más alta, tiene un emblema heráldico en forma de cruz y de color rojo. Procederemos a su exploración en los próximos días.

23:42 Todos los miembros de la tripulación nos disponemos a recuperar nuestro nivel energético estable (estadio 4) mediante levitación gravitatoria genufléxica. Mañana, más.

Día 2

09:06 Cumpliendo órdenes mías, Furb se prepara para tomar contacto con las formas de vida de la zona. Como viajamos bajo forma acor-pórea (inteligencia pura, factor analítico 4800), dispongo que adopte un cuerpo análogo al de los habitantes del lugar. Consultado el Catálogo Astral Terrestre Indicativo de Formas Asimilables (CATIFA), elijo para Furb la apariencia del ser humano denominado Miguel Bosé.

11:03 Furb abandona la nave por la escotilla 4. Iniciamos contacto telepático (canal 9, sin codificar).

20:20 Tras su primer día de convivencia exploratoria, Furb informa sobre los terrícolas:

- Usan un lenguaje de gran simplicidad estructural, pero de alta sonorización.
- Se alimentan a base de grandes bolas proteicas a las que llaman «almóndigas», y de pequeñas partículas amarillas que denominan «paella». Las primeras resultan asquerosamente incomedibles, pero las segundas son peligrosamente adictivas, hasta tal punto que Furb ha ingerido dieciséis raciones.
- Se reúnen en la puerta principal de la fortaleza, donde emiten sonidos de alta potencia (140dB) y exhalan vapor negro por sus orificios faciales ¡están locos estos terrícolas!

21:15 A Furb le piden un autógrafo.

Día 3

09:55 Furb ha conseguido adentrarse en la fortaleza.

10:23 A Furb le han tumbado en una camilla. Se refieren a él como «paciente», sustantivo derivado del verbo pacer, aunque Furb nunca ha comido hierba (¿?).

11:22 Un terrícola vestido de blanco le ha hecho una práctica ancestral que llaman «lavativa», lo cual le ha causado una descomposición somática brutal.

12:47 Un ser brusco ha empujado a Furb hasta una sala donde le han proyectado un haz de radiación electromagnética, que su sensor ha identificado en el espectro de los rayos X. Han obtenido una imagen en blanco y negro, de muy baja resolución, y le han pedido a Furb que la firme con su autógrafo. Por el bien de la convivencia pacífica entre nuestros dos planetas, Furb ha accedido a ello gustosamente, y la ha garabateado con su nombre: Con todo mi cariño, Miguel Bosé.

13:10 Furb ha observado que otros individuos que también habitan en la fortaleza viven sustancialmente mejor, o peor, según se mire. Llevan un uniforme blanco y un primitivo auscultador colgado del cuello. Vaguean, deambulan de aquí para allá, obligan a los demás a quitarse la ropa y a sacar la lengua, y les palpan su estructura somática. No parecen ejercer un papel importante en su entorno; más bien al contrario, tienden a entorpecer el normal funcionamiento de la comunidad. Donde mejor están es en la cafetería, alejados de cualquier decisión y responsabilidad.

14:05 En uno de los sótanos, ha encontrado el que parece ser el centro neurálgico de la institución: la farmacia. Allí, los individuos desarrollan una actividad frenética y trabajan sin descanso. Almacenan cajas, manejan documentos y preparan bolsas de plástico que contienen líquidos terapéuticos, los cuales son enviados periódicamente al resto de las dependencias de la fortaleza.

Día 4

09:25 A Furb le han puesto una inyección en el glúteo.

10:39 A Furb le han metido un tubo por el ano.

11:55 A Furb le han hecho un electrocardiograma.

13:22 A Furb le han tomado una muestra de sangre.

17:21 A Furb le han escayolado una pierna.

19:44 A Furb le han dado diez puntos de sutura.

21:02 A Furb le han vendado la cabeza.

22:39 Furb se niega a permanecer en la fortaleza. Solicita autorización para regresar a la nave. Tras una larga conversación telepática para hacerle ver la importancia de su misión, le he convencido para que se quede un día más allí.

Día 5

10:05 Furb envía señales empáticas acerca del «clan de los farmacéuticos», el que se ubica en el sótano y parece responsable del funcionamiento eficiente de la fortaleza. Sus miembros poseen un cociente intelectual (Test de McListosh) muy por encima del resto de los habitantes del planeta Tierra. Furb informa que uno de los componentes de este clan superior le «ha tirado los trastos», expresión coloquial ambigua que no hemos sabido descifrar, aún tras consultar la Gran Enciclopedia Digital de Lenguas Muertas.

13:48 Furb dice que se va a presentar al FIR. Este acrónimo parece significar Funcionario Inteligente y Rápido, o quizás Friky Intensamente Radiactivo, o bien Fantasma Interino y Resistente.

18:51 Furb se ha matriculado en una academia, ¿de qué?, ¿militar?, ¿de idiomas?, ¿de mecanografía?... ¡Estamos desconcertados!

23:15 Furb ha salido «de marcha» con los farmacéuticos más jóvenes, a quienes denominan «Residentes». Bebe compulsivamente líquidos coloreados con un alto contenido en alcohol, a los que llaman «cubatas». Se muestra sorprendentemente locuaz, animado y bailongo ¡y se niega a volver a la nave! Estamos preocupados por

él, pues nuestras reservas de gas neón respiratorio se están agotando, y pronto nos veremos obligados a emprender el viaje de vuelta a X29b.

Día 6

11:46 Hemos perdido el contacto telepático con Furb. Hace más de 10 horas que no tenemos noticias de él.

15:42 Sin noticias de Furb.

19:16 Sin noticias de Furb.

21:28 Sin noticias de Furb.

23:45 Sin noticias de Furb.

Día 7

12:17 Hoy es domingo en el calendario lunar. Los sensores térmico-voltaicos detectan que la actividad en la fortaleza se ha reducido al mínimo. Tan sólo llega algún que otro terrícola a la puerta de entrada identificada con el cartel de «Urgencias».

18:35 Desde otra fortaleza próxima, llegan cánticos, vítores, pitidos y, de vez en cuando, un grito apasionado que suena como: «GOOOOOOOOOL». Hemos comprobado que se trata de una reunión tribal festiva, en la que dos equipos de gladiadores disputan su honor dando patadas a una «almóndiga» de gran tamaño, y en la que siempre ganan los que llevan la camiseta blanca.

20:05 Sin noticias de Furb.

21:15 Bajo mi responsabilidad, decido dar por finalizada la misión y regresar a nuestro planeta.

21:37 Mientras nos preparábamos para el despegue, hemos encontrado un curioso objeto metálico, circular, de bordes dentados y, a

buen seguro, excepcional y único; tiene impresa una misteriosa inscripción en letras rojas: «Coca-Cola». Lo dejamos en el punto de aterrizaje, para señalar este lugar de manera inequívoca, de modo que en una próxima misión se pueda localizar a Furb con exactitud, recogerlo y devolverlo a X29b.

22:10 Despegamos ¡Ostras! Hemos vuelto a chocar con un vehículo terrestre. Con tal de no volver a rellenar el maldito «parte del seguro», aceleramos al hiperespacio ¡Que se joda!¹

Notas:

¹ No entendemos el significado de esta expresión, pero hemos constatado que los terrícolas la usan con mucha frecuencia.

Este relato tiene muchos puntos en común con la excelente novela «Sin noticias de Gurb», de Eduardo Mendoza. No obstante, cualquier similitud es pura coincidencia, pues se trata, ciertamente, del informe de nuestra primera misión en la Tierra.

FIEBRE DEL SÁBADO NOCHE

JOSÉ CANTO-MANGANA

INÉS PÉREZ-CAMACHO

ErEran las siete de la tarde de un caluroso sábado de agosto. Bakary se disponía a ir a casa de su buen amigo Modou, con quien solía pasar algunas tardes jugando al fútbol o, simplemente, charlando. Estaba ansioso por visitarle, ya que llevaba varios días sin verle y tenía que contarle, por fin, buenas noticias: había comenzado a trabajar, recogiendo calabacines en un invernadero del poniente almeriense. Sin duda, eso aliviaría las penurias de los últimos meses; incluso podría mandar dinero a África. Pero Bakary no se encontraba bien, algo le ocurría: era como un ardor extraño que recorría todo su cuerpo, para después transformarse en un intenso y prolongado escalofrío. Él lo achacaba al duro trabajo de las mañanas en el invernadero. Aún así, agarró su bicicleta, aquella que encontró y reparó a los pocos días de llegar a España, y se dispuso a salir con ella. De pronto, al abrir la puerta del bajo que compartía con otros nueve subsaharianos, todas sus fuerzas se esfumaron de golpe, perdió el conocimiento y cayó al suelo con gran estruendo. Aquello alertó a uno de sus compañeros, que rápidamente acudió en su auxilio; viendo que Bakary no reaccionaba, salió corriendo a la calle a pedir ayuda a los vecinos. A los pocos minutos, llegó una ambulancia.

Era una soporífera tarde de sábado para Manuel, a quien todos llamaban «el pisha», por su inconfundible acento gaditano. Estaba de guardia y, para colmo, sus amigos habían decidido pasar el día en las playas de Mojácar, «la Ibiza almeriense». Ellos se encargaban de recordárselo a cada poco a través del WhatsApp: «que si un mojito en el chiringuito, que si un mar azul turquesa infestado de chicas con curvas de vértigo...» ¡Qué cabrones! Manuel resoplaba al

mirar la hora en el reloj de pared de la Unidosis, que parecía estar parado. Afortunadamente, ya solamente quedaba una hora para irse a casa y, por momentos, se alegraba al recordar que al día siguiente no trabajaba, y tampoco el lunes, pues era festivo. Poco antes de terminar la guardia, una técnico de farmacia le entregó una petición de medicación para que la validase: ceftriaxona 2g/12h y vancomicina 1g/8h, para un paciente llamado Bakary Koné que se encontraba en Observación. Manuel pensó que probablemente se trataba de una meningitis. Comprobó la función renal del paciente y validó la prescripción. Acto seguido llamó a Observación y contactó con el médico responsable, recordándole que desde farmacia se monitorizarían los niveles de vancomicina.

El martes a las siete de la mañana sonó el despertador que Manuel aún conservaba desde su primera comunión, un camión tricolor regalo de su abuela, que emitía un desagradable ruido de motor. Se duchó, desayunó y, ya de camino al hospital, recordó que comenzaba su rotación por Medicina Interna, concretamente en el área de Infecciosos. Pasó por el Servicio de Farmacia, se puso la bata y fue en busca de la Dra. Pérez, que iba a ser su tutora durante la rotación. Tras las protocolarias presentaciones, se encaminaron ambos al pase de sala. Tenían que ver siete enfermos, si bien en el listado de pacientes no parecía haber ningún caso interesante. Las predicciones se iban cumpliendo: de los seis primeros, cinco podían catalogarse de «abuelomas» (pacientes ancianos, pluripatológicos, polimedicados y con largas estancias hospitalarias), y el sexto era una interconsulta de Cirugía sin nada de particular. Así pues, se dirigieron a ver al séptimo paciente.

—Éste sí que te resultará interesante, Manuel, es un varón de raza negra, de Mali, que lleva más de un año en España. Ingresó el sábado por una sospecha de meningitis, pero no ha mejorado a pesar del tratamiento antibiótico. Revisemos la historia clínica y las pruebas complementarias antes de visitarlo —comentó la Dra. Pérez. Fue entonces cuando Manuel se percató de que era el mismo paciente del que le reclamaron la medicación en su última guardia.

–¡Pero si es Bakary! –exclamo Manuel.

–¿Conoces el caso? –le preguntó la doctora.

–Sí, yo estaba de guardia cuando lo ingresaron el sábado pasado. Al parecer, la anamnesis fue difícil y complicada por una barrera idiomática importante –explicó Manuel.

En urgencias se había constatado rigidez de nuca, pero el líquido cefalorraquídeo fue informado como normal; y, desde el ingreso, la fiebre no había vuelto a aparecer hasta esa misma mañana. Las analíticas que se le habían practicado estaban dentro de la normalidad, a excepción de una discreta plaquetopenia. Todo parecía descartar una meningitis, pero no se apuntaba ningún otro diagnóstico claro. Cansados y de mutuo acuerdo, Manuel y la Dra. Pérez decidieron hacer una pausa para almorzar. Tras varios tragos de aquel café catártico que servían en la cafetería del hospital, a Manuel le vino a la memoria una de las frases que escuchó en el curso de enfermedades importantes que había realizado unos meses atrás: «negro + fiebre = malaria, a menos que se demuestre lo contrario». Se lo comentó a su tutora. Mientras se comía la tostada, ella asintió con la cabeza, confirmando que era una hipótesis plausible. Al terminar, ambos salieron disparados hacia la habitación del paciente. Intentaron hacer una anamnesis más exhaustiva, pero Bakary solamente hablaba bambara, soninké y un poco de francés, por lo que no sacaron nada en claro. Manuel salió de la habitación, se dirigió a la sala de espera y preguntó por algún familiar de Bakary. Tuvo la fortuna de encontrar a alguien que dijo ser su primo; hablaba castellano con cierta fluidez, por lo que Manuel le pidió que hiciera de traductor. Con su ayuda, pronto averiguaron que Bakary había viajado a su país hacía poco más de un mes, con motivo del fallecimiento de un familiar. La Dra. Pérez y Manuel se miraron con cara de satisfacción, ahora todo parecía encajar: viaje reciente a un país endémico, fiebre periódica, ligera plaquetopenia y falta de respuesta a la antibioticoterapia.

–¡Malaria! –gritaron ambos al unísono, mientras chocaban las palmas de sus manos con cierta complicidad en señal de éxito.

La Dra. Pérez solicitó un análisis de gota gruesa y PCR para *Plasmodium*. Tras la extracción de las muestras de sangre, pidió a Manuel que, como farmacéutico que era, iniciara tratamiento empírico frente a la malaria, éste, tras valorar y estudiar detenidamente el caso, pautó un tratamiento con arteminol y piperaquina.

Esa misma tarde, el laboratorio de Hematología informó del hallazgo de hematíes parasitados por *Plasmodium falciparum*, confirmando así el diagnóstico de malaria. Tras tres días de tratamiento y buena evolución, Bakary fue dado de alta.

A la semana siguiente, Manuel fue invitado a dar una sesión clínica sobre el caso en el Servicio de Medicina Interna, la cual tituló «Saturday Nigh Fever».

CUALQUIERA PUEDE SER CONCEJAL

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

«La ignorancia es mucho más rápida que la inteligencia. Así llega rápidamente a cualquier parte... especialmente a las conclusiones».

Alejandro Dolima

Pablo era residente de farmacia en la «Casa Grande», como popularmente se conoce al Hospital Universitario Miguel Servet de Zaragoza. Los viernes por la tarde volvía a su ciudad natal, Egea de los Caballeros. Cada fin de semana, llevaba la ropa sucia a casa, para que su madre la lavase y planchase, y a su vez, recogía varias tarteras con comida, que su madre le había preparado y congelado durante toda la semana. Un negocio redondo.

Durante la cena del viernes, el padre de Pablo le preguntó:

–Bueno hijo, cuéntanos, ¿qué tal te va por el hospital?

–Pues muy bien, papá, estoy muy ilusionado, y ya ando metido en varias cosas. El mes que viene comienzo las guardias, me he matriculado en un curso de bioestadística a distancia de la Universidad de Barcelona, y dentro de tres meses debería ir a un curso de farmacovigilancia en Bilbao.

–¿De qué has dicho, hijo?

–De farmacovigilancia, papá.

–¡Aaaaah, sí! muy bien, estupendo, eso es muy interesante.

–¿Y por qué has dicho «debería ir»? ¿es que aún no lo sabes seguro?

–Pues no, papá, porque el servicio se hace cargo del viaje y del alojamiento en un hotel, pero la matrícula del curso la tenemos que pagar

cada uno de nosotros, y son 450 euros ¡eso es una pasta! no creo que me lo pueda costear, a ver si con el dinero de las guardias me llega.

–¡Alto ahí, hijo! tranquilo, que aquí están tus padres, ya sabes que, para estudiar, lo que haga falta, aunque nos lo tengamos que quitar de comer ¿verdad, Merche?

La madre de Pablo asintió:

–Eso mismo digo yo, Humberto.

El padre siguió diciendo:

–Tú ya sabes que hemos hecho muchos sacrificios para que los tres hermanos pudieseis estudiar una carrera, y no vamos a dejar de hacerlos ahora, no te preocupes, tu madre se acercará al banco esta semana y sacará el dinero de la cuenta, lo dejará en el cajón de tu mesita, para que lo recojas el próximo fin de semana y pagues la matrícula en el curso ¿de acuerdo, Merche?

–Eso mismo digo yo, Humberto –ratificó la madre.

–Pero papás... –quiso hablar Pablo.

–Nada, nada, hijo ¡está decidido! ¡y no se hable más!

–¡Muchas gracias, papás! siempre habéis sido muy buenos y generosos conmigo y con mis hermanos.

El lunes, de camino a su trabajo como encargado del polideportivo municipal, don Humberto se encontró con el concejal del área de sanidad en el ayuntamiento. Como buen padre, aprovechó para ir abriendo brecha. Le contó que su hijo mayor estaba haciendo la residencia FIR en el hospital de Zaragoza, que la formación allí era excelente, y que Pablo pronto se iría una semana a Bilbao para hacer un curso de farmacovigilancia, el cual iban a costear sus propios padres. El concejal se mostró extrañado, ¿farmacovigilancia?, él, como concejal de sanidad que era, y llevaba ya tres legislaturas, no tenía conocimiento de nada que se llamase así, que mejor sería que don Humberto y su esposa fuesen con ojo, y que estuviesen «al loro», a ver si su hijo Pablo se

la estaba pegando, y realmente estaba pensando en sisarles un dinerito para irse de vacaciones o de juerga con los colegas ¡que «la juventud» anda «mu descarriá», Humberto!

Don Humberto se quedó preocupado por el asunto. Un tipo tan preparado como el concejal de sanidad, y de una ciudad tan importante, no podía equivocarse, pensaba para sus adentros. ¿Y si Pablito se la estaba jugando? con la de sacrificios que habían hecho por él ¿cómo era capaz de engañarles? Le estuvo dando vueltas a lo del dichoso curso durante el resto de la semana, pero no comentó ninguno de sus temores a su esposa.

El siguiente fin de semana, Pablo volvió a casa. Llegó con mucha ropa sucia y las tarteras vacías. El negocio le seguía funcionando descaradamente bien. Durante la cena del viernes, surgió de nuevo el tema de la residencia FIR. Pablo aprovechó la ocasión, confirmó que había encontrado en su mesita el dinero para la matrícula del curso, y agradeció otra vez el apoyo de sus padres.

Fue entonces cuando don Humberto saltó como un resorte:

—¿Y ese curso, de qué dices que es, hijo?

—Pues de farmacovigilancia —respondió Pablo.

—¿De farmacovigilancia? ¿de farmacovigilancia? ¡pero hijo! ¿tú te crees que yo me chupo el dedo? ¡que lo he hablado con el concejal de sanidad! a ver, ¿cómo es posible que hagan un curso de farmacovigilancia? a ver, ¿eh?, en la farmacia de un hospital ¿quién os va a robar los medicamentos? ¿eh? ¿eh?

—Eso mismo digo yo, Humberto —confirmó la madre.

A Pablo le entró la risa floja.

Nota: la Farmacovigilancia estudia las reacciones adversas y los riesgos asociados al uso de los medicamentos. Obviamente, no tiene nada que ver con el almacenamiento, la conservación ni la custodia de los mismos.

FERIA DE ABRIL

ELENA CALVO CIDONCHA

Nada más salir de casa noté que se respiraba fiesta por los cuatro costados. Y es que ese mismo día tendría lugar «la noche del pescaíto», dando así comienzo, un año más, a la feria de abril de Sevilla. Había guirnaldas en las calles, e incluso los autobuses de transporte público estaban decorados a modo de caseta de feria. Ese ambiente y las ganas de pasarlo bien se habían colado en el hospital: los celadores llevaban a los enfermos tatareando sevillanas, los médicos te sonreían al pasar, y en la cafetería habían preparado un desayuno especial. También la farmacia, a pesar de estar en el sótano y alejada del bullicio de las plantas, era un revuelo. Los compañeros del servicio habíamos quedado por la noche en una de las casetas de la feria, y las expectativas de pasar un rato divertido e inolvidable eran altas. Además, en mi caso particular, R1 y ectópica de Sevilla, lo de vivir mi primera feria me tenía muy excitada. No sólo iba a estrenar un precioso vestido de gitana, blanco con lunares coral, sino que por fin iba a poner en práctica todo lo aprendido en las clases de sevillanas, en las que tan bien me lo había pasado con otras compañeras residentes, procedentes de todos los puntos de la geografía española. Pero, ya cerca del mediodía, algo vino a trastocar mis planes, dando al traste con todas mis ilusiones.

—Paula, tengo malas noticias —me dijo mi R4 algo incómodo.

—¿Necesitan más cápsulas de maraviroc? —pregunté yo, temiendo tener que limpiar de nuevo el capsulador.

—No, no, verás, es que Cristina se ha puesto enferma y no puede hacer la guardia de hoy, ya sabes que tú eras la sustituta. Lo siento mucho, sé las ganas que tenías de venir a la feria, pero no te preocupes, iremos juntos otro día.

¿Otro día?, no me lo podía creer, tendría que dejar mi vestido de gitana colgado en el armario, y enfrentarme durante toda la tarde a la temible unidosis. De repente, el día ya no me parecía tan alegre, y la gente de mi alrededor comenzó a parecerme odiosa. Llegaron las tres de la tarde y, como por arte de magia, mis compañeros desaparecieron. Lo último que escuché fueron sus risas, mientras salían del servicio camino a la diversión en el Real de la Feria.

Al menos, la guardia sería tranquila –me consolaba–. La gente no suele ponerse enferma los días de fiesta. Además, tampoco estaba realmente sola: me acompañaban una maravillosa enfermera, dos técnicos de farmacia estupendas y una administrativa muy simpática. Todas ellas eran de Sevilla, por lo que no les importaba estar de guardia ese día. Al fin y al cabo, habían visto el alumbrado de la portada de la feria en numerosas ocasiones.

Decidida a no recrearme en mi mala suerte, me dispuse a revisar y validar los cambios de tratamiento. De vez en cuando escuchaba jaleo en los pasillos pero, a menos que se hubiera prendido fuego en la farmacia, no pensaba levantarme del asiento. Simplemente, no estaba de humor. De repente, Rocío, una de las técnicas, entró corriendo en la sección.

–Paula, debes venir urgentemente, no hay tiempo para explicaciones –me dijo apresuradamente.

Mientras la seguía por el pasillo, pensaba qué podía haber sucedido: ¿un paciente externo desmayado, la extravasación de un citostático, un precipitado en una bolsa de nutrición parenteral pediátrica?... Estaba tan absorta en mis propios pensamientos que no me di cuenta de que nos dirigíamos a la sala de reuniones. Rocío abrió la puerta.

–¡Sorpresa! –gritaron todas mis compañeras al unísono.

Habían convertido la sala en una verdadera caseta de feria, había luces colgadas por el techo; el papel de la re-ensambladora decoraba la habitación a modo de guirnalda; y habían conseguido sintonizar «Canal Fiesta» en la radio, donde emitirían durante toda la noche un

especial de sevillanas. Además, habían tomado prestada una camilla de Urgencias, que hacía las veces de mesa, sobre la que dispusieron un campo estéril de la campana de flujo laminar a modo de mantel. Tampoco faltaba el rebujito, a base de vino manzanilla y refresco gaseoso, que nos habían preparado en la cafetería del hospital. En definitiva, teníamos todos los ingredientes para pasar la mejor guardia de nuestras vidas. Y así resultó ser, comimos, bebimos moderadamente y bailamos.

Gracias a mis compañeras, no sólo perfeccioné los pasos de la cuarta sevillana, sino que me di cuenta de que lo importante de la feria no era el alumbrado de la portada, ni el pescaíto, ni la manzanilla..., sino la gente con la que la vivías, compartías y disfrutabas.

Ese día comprendí que la vida en la farmacia del hospital no es sólo elaborar fórmulas magistrales, preparar mezclas intravenosas, hacer informes de equivalencia terapéutica, actualizar tablas de estabilidades o asistir a comisiones sino que, además, también se trata de pasárselo bien ¡Y olé!

EL MEJOR REGALO

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

«Suegra, abogado y doctor, cuanto más lejos, mejor».

Refrán popular

Marta dejó Zamora y se trasladó a Madrid para ocupar su plaza de residente FIR en el Hospital La Paz. Siendo R1, conoció a Txema, un chaval con la carrera de derecho recién terminada. Poco después iniciaron una relación que ahora iba camino de los tres años. Marta continuaba su formación FIR, ya como R3, y Txema era pasante en un bufete de abogados. Se habían comprado un coche, eso sí, de segunda mano; y estaban apunto de comprar un piso, por supuesto que a cambio de hipotecarse por amor durante los próximos 40 años. La boda se preveía inminente.

Aquella noche había acudido a cenar a casa de Txema, en el barrio de Salamanca, para celebrar el cumpleaños de su futura suegra, doña Pilar Murguía Santos de Alcocer y Díaz, viuda del general de división del ejército del aire don Ignacio Montagud Romero. Marta le regaló una bonita pamela, en la que se había dejado más de medio sueldo. Todo sea para que doña Pilar esté contenta, pensó.

Después de la cena, doña Pilar hizo un aparte con Marta. Se le notaba algo nerviosa, Marta la tranquilizó y la invitó a que le contase lo que le preocupaba. Y eso hizo:

—Mira Martita, no sé por donde empezar... la pamela es muy bonita, pero yo estoy un poco disgustada. Ya sé que mi hijo José Mari y tú os queréis mucho, y que estáis pensando en casaros pronto. Que sepas que estoy de acuerdo con lo de la boda, pero a mí, como madre de José Mari y tu futura suegra, no me tienes en cuenta... Si realmente te importase, te habrías dado cuenta de que me fatigo y me cuesta respirar

¡ni ganas de salir de casa tengo! en cambio, a mi vecina Concha, la del cuarto, la tratas mucho mejor, y te preocupas por ella. Ayer estuve en su casa, y me contó lo bien que se encontraba de salud. Todo gracias a unas pastillas que el médico le ha mandado, porque tú hiciste un informe, además, me ha dicho que le dais «tensión farmacéutica», y he podido comprobar que le sienta de maravilla, así que ya me estáis dando también a mí «tensión farmacéutica», sea como sea, en pastillas, en jarabe o incluso «indicaciones» si son más fuertes.

–Lo siento, pero ... –acertó a decir Marta.

–Nada, nada, Martita, cueste lo que cueste, ya sabes que mi marido me dejó una buena paga...

–No, no, no es eso –interrumpió de nuevo Marta.

–Sí, sí, sí que es eso. Y si se necesita una receta, me voy al ambulatorio y se lo digo a mi sobrina Amparo, que ya sabes que es enfermera, y me hace todas las recetas que hagan falta ¿no querrás que se lo cuente a José Mari, verdad? seguro que él se disgustaría muchísimo...

–Mire, sí –dijo finalmente la farmacéutica–, es cierto que su vecina doña Concha viene al hospital cada dos o tres semanas.

–Ves, ya sabía yo que algo había...

–Pero no le damos ningún tratamiento especial –aclaró Marta.

–¿No? –balbuceó doña Pilar, entre sorprendida y algo desilusionada-. Y entonces..., ¿cómo es que Concha está tan bien de salud?

–Doña Concha está incluida en un Programa de Atención Farmacéutica que ofrecemos en el hospital, es para pacientes con la tensión alta. Trabajamos conjuntamente con los cardiólogos. Lo cierto es que doña Concha ha mejorado mucho en apenas dos meses.

–Ya veo...

–Pero no se preocupe, doña Pilar, venga usted el próximo martes por la mañana, a las diez, al servicio de farmacia, y veremos cómo podemos ayudarle.

Así pues, Doña Pilar acudió al Servicio de Farmacia del hospital. Marta le acompañó al de Cardiología. A lo largo de las siguientes semanas, le practicaron diversas pruebas diagnósticas. Inició tratamiento con bosentán y, finalmente, fue incluida en el programa de Atención Farmacéutica a pacientes con hipertensión pulmonar.

Ahora, doña Pilar se encuentra muy bien, y su calidad de vida ha mejorado notablemente, tanto que ha retomado la habitual partidita de cartas con sus amigas en el club social «La Peineta»; eso sí, sin dinero de por medio... Y claro, también ha mejorado sensiblemente el concepto que tiene de su futura nuera, Martita, a quien ahora califica de «muy maja»...

Cuando doña Pilar se topa con algún vecino o conocido y se atreve a diagnosticarle de «algo pachucho», le anima a acudir al Servicio de Farmacia:

–Chica, fulanita, no seas tonta, ve a la farmacia del Hospital La Paz y pregunta por Marta Giménez, es la novia de José Mari, ¿sabes? dile que vas de mi parte, y que te den «tensión farmacéutica» ¡te pondrás buena en un periquete!

ENCONTRAR TU SITIO EN LA VIDA

EDUARDO SAN MARTÍN CIGES

Hace ya bastantes años, en un hospital de cuyo nombre no quiero acordarme, comenzaron sus respectivos programas de Formación Sanitaria Especializada dos residentes, uno médico, a quien llamaremos Juan, y otro farmacéutico, a quien llamaremos Pedro. Sus respectivos servicios estaban ubicados muy cerca el uno del otro, en el sótano del hospital. Ambos compartieron las experiencias propias del inicio de la residencia: búsqueda y alquiler de piso, papeleo de la contratación, revisión médica, recogida de batas y pijamas en lencería, presentaciones, fiesta de bienvenida... Comenzó a forjarse entre ellos una buena amistad.

También en el sótano se encontraba el mortuorio del hospital. No era infrecuente encontrar en sus proximidades una camilla con un cadáver tapado por una simple sábana. Al principio, aquello les generaba a ambos cierta aprensión, pero poco a poco, con tanto ir y venir, se fueron acostumbrando.

Era habitual gastar alguna broma a los R1, una especie de novatada. De esta peculiar tradición se solía encargar un conocido enfermero, a quien todos llamaban «Joker», un bromista empedernido, un verdadero profesional de la burla. Procuraba tal sofisticación en la puesta en escena de sus fechorías que parecían sacadas de una película de Hollywood. Como ya había hecho en ocasiones anteriores, Joker se tumbó en una camilla simulando ser uno de esos fiambres aparcados a la puerta del mortuorio. Pedro y Juan volvían de almorzar en la cafetería del hospital. Al llegar a la altura de la camilla, el supuesto muerto se incorporó súbitamente, cubierto por la sábana, y se abalanzó sobre ellos, mientras gritaba con un terrorífico jadeo: «¡Ayudadme!». Ambos

echaron a correr despavoridos en dirección a la salida de emergencia. Descubierta la broma, sus compañeros residentes, que habían permanecido escondidos detrás del ascensor, se rieron un buen rato de ellos.

Juan quedó profundamente afectado por la novatada, de hecho, varias horas después, aún seguía sin articular palabra, y terminó la jornada laboral cabizbajo y pensativo. Ya en casa, comentó a Pedro su preocupación: creyendo que se trataba de un paciente dado por muerto erróneamente, no supo reaccionar como médico para intentar ayudarlo, y le confesó: «Yo debería haber hecho farmacia ¡No sabes cuánto te envidio!, Pedro». Lo sucedido corrió como la pólvora por el hospital y generó numerosas chanzas, que Juan tuvo que soportar durante varios días. Con el tiempo se habló más de otra cosa: de su pánico a las situaciones de estrés durante las guardias en Urgencias.

Un tiempo después, yendo ambos por el pasillo del sótano, toparon con un hombre de edad avanzada, que caminaba despistado, llevando unos papeles en su mano. Se acercó a preguntarles y, justo entonces, se desplomó a sus pies. Juan se puso a gritar: «¡Un médico, que venga un médico!». Pedro le tocó el hombro y le dijo: «El médico eres tú, Juan». Ambos se miraron durante un par de segundos y enseguida se agacharon para atender al anciano. Juan, nervioso y aturdido, no supo qué hacer. Afortunadamente, pronto acudieron otros médicos que se ocuparon del enfermo, y lo trasladaron a Urgencias.

Aquello fue la gota que colmó el vaso, Juan se convenció a sí mismo que enfrentarse a los pacientes no era lo suyo, y mucho menos en situaciones de urgencia. Llegó a la conclusión de que lo mejor para él, y para los demás, era cambiar de especialidad. Dejó la residencia y se volvió a presentar al MIR, para optar por una especialización de laboratorio. Lo consiguió, y actualmente es un destacado profesional en su campo.

Moraleja: como en cualquier ámbito de la vida, también en lo profesional uno debe encontrar su sitio. Mi abuela decía: «Nadie es un vago, simplemente es que no ha encontrado el trabajo adecuado».

DISFUNCIÓN

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

«Y los que no hacen nada, no se equivocan nunca».

Théodore de Banville

Tras la comercialización del alprostadilo intracavernoso (que no quiere decir «administrado en una cueva, para que nadie te vea», sino administrado en los cuerpos cavernosos del pene), el servicio de farmacia decidió implantar un programa de atención farmacéutica a pacientes con disfunción eréctil, en colaboración con la consulta externa del servicio de urología del hospital. Se enseñaba a los pacientes a autoadministrarse el medicamento, se les informaba sobre su uso, las potenciales reacciones adversas, etc. Funcionaba realmente bien, pues los pacientes agradecían la atención individualizada en una zona privada del área de pacientes externos del servicio de farmacia. Por ello, aún tras la aparición en el arsenal terapéutico de los inhibidores de la GMPc fosfodiesterasa tipo 5, como sildenafil, de uso por vía oral, y que podían adquirirse en las oficinas de farmacia, este programa de atención farmacéutica se mantenía por su aceptación entre los pacientes y sus buenos resultados.

Lo de que hiciera farmacia había sido cosa de su padre, don Pascual, farmacéutico titular de una oficina de farmacia en Vila-real, de donde era natural toda la familia. María lo había encajado bien, pensaba que era bueno continuar con la tradición familiar, y con ello la suerte de tener garantizado su futuro profesional.

En quinto, dado que ya sabía lo que era «una farmacia de las de toda la vida», decidió hacer las prácticas tuteladas en un hospital. Fue entonces cuando entró en contacto con el FIR, aquello le

encantó y decidió prepararse para la siguiente convocatoria. Estudió mucho, como una leona, y aprobó a la primera. Ahora ejercía de RI en el Hospital Clínico Universitario.

Para un servicio de farmacia hospitalaria, los residentes son un huracán de ilusión. Los RI mantienen todavía su candidez, aunque en ocasiones también son atrevidos y se muestran dispuestos a «demostrar todo lo que han aprendido durante la carrera»... ¡que ahí es nada!

Durante su primer año, los residentes pasan por el programa de atención farmacéutica a pacientes con disfunción eréctil, ello se debe a que se trata de una enfermedad leve, y a que estos pacientes no suelen ser problemáticos. A los RI se les forma en esa patología y sus alternativas terapéuticas. Se les entrena en el manejo de las herramientas específicas que se utilizan en el programa (hojas de información al paciente, sistema informático de citación, dispensación y seguimiento, etc), y, finalmente, participan de manera activa, bajo la supervisión de un farmacéutico adjunto, en la prestación del servicio a los pacientes. Se insiste reiteradamente a los residentes, ya desde el comienzo de su formación en este programa, en que deben usar el término «disfunción eréctil», en vez del término «impotencia», ya que éste segundo tiene un matiz despectivo y transmite connotaciones negativas para el paciente.

Aquella mañana acudió al servicio de farmacia un paciente remitido desde la consulta externa de urología. Tras una breve conversación inicial sobre el equipo de fútbol de la localidad, recién ascendido a primera división, el farmacéutico invitó al paciente a preguntar cualquier duda o lo que le preocupara respecto al tratamiento prescrito por el urólogo.

A continuación, el farmacéutico hizo al paciente algunas preguntas de interés clínico y posteriormente completó su historia farmacoterapéutica en el ordenador. Finalmente se dirigió a María, quien había permanecido sentada junto al farmacéutico, callada pero atenta y pendiente de todo el proceso, le animó a dirigirse al paciente y terminar la entrevista.

María se puso en pie, algo nerviosa se atusó la bata y el pelo, y recordando que no debía utilizar el término impotencia, se dirigió al paciente:

–Ha hecho muy bien en venir a esta unidad, podemos ayudarle. Para empezar, he de decirle que es usted un..., un..., un...

Se hizo un silencio espeso.

El farmacéutico frunció el ceño y lanzó a María una mirada aterradora, como advirtiéndole: como digas «impotente»... ¡Te mato!

Pero María no se vino abajo, miró al adjunto con aire calmado, en plan: «tranquilo, que sé cómo salir de ésta..., confía en mí».

Así pues, María se dirigió al paciente de nuevo, y dijo:

–Como conclusión, es usted un... «disfundido» eréctil.

El paciente se puso blanco, sus ojos se humedecieron y, abatido, agachó la cabeza. Apenas acertó a balbucear unas palabras:

–¡Dios mío! ¿disfundido? y eso, ¿es más grave que impotente?

DESEANDITO EMPEZAR

CARLOS LÓPEZ FEIJOO

Había sido una decisión meditada a lo largo de mis últimos años de carrera, que se había visto reforzada con las prácticas en la farmacia del hospital: yo quería ser FEA (Facultativo Especialista de Área), como los que me habían enseñado tantas cosas en las prácticas tuteladas: la unidosis, la atención a pacientes externos, los ensayos clínicos... ¡Grrr, ay omá, qué rico!

El verano anterior había echado una mano en la oficina de farmacia de mi tía Juani y, la verdad, no había estado mal: el contacto con los clientes, la formulación magistral, la ortopedia... La botica era interesante, sí, pero el hospital me causaba una gran excitación, como cuando ves a esa chica que tanto te gusta, y por fin te atreves a invitarla a cenar, y te dice que sí ¡Brrr!, te entra esa sensación de mariposas en el estómago, y un escalofrío de gustirrinín que baja por tu espalda... ¡Oh Yeah!

El hospital me había conquistado nada más llegar, había sido amor a primera vista. Esa máquina de diagnosticar, tratar y cuidar a los pacientes, la mezcla entre actividad asistencial y docente, la investigación, la exigencia de constante actualización... Bueno, y si además había otras cosas, pues tanto mejor, yo quería formar parte de eso.

Me moría de ganas de participar en las cenas y fiestas de residentes de las que tanto había oído hablar en las prácticas: «Que si Carmen, la R1 de rayos, se había liado con Román, el R4 de oftalmología, en la puerta de la disco mientras la masa residentil gintonizada le jaleaba ¡vamos fiera!». Que menudo pedo llevaba John, el R2 americano gay, cuando se agarraba libidinosamente a Javi, el R2 de bioquímica, que hasta donde yo sé era heterosexual ¡cuidado Javi! es un camino de no retorno –le decía Carlos, el R3 de micro, entre carcajadas».

Se me habían puesto los dientes largos al oír lo de las escapadas a congresos en las que, además de salir de farra hasta las tantas, al día siguiente tocaba hacer de tripas corazón y defender con la mejor de tus resacas la comunicación oral que habías conseguido colar para que Charo, la representante de las heparinas, te financiase la estancia. En fin, yo estaba seguro de haber nacido para eso, era mi destino.

No me importaba no tener un buen expediente, sabía que unas cuantas preguntas acertadas más en el examen compensarían mi falta de dedicación en los años de carrera, y eso me animaba aún más a darlo todo: me iba a comer el examen. Go for it, Casiano! Y así fue, me lo tomé en serio, estudié mucho, machaqué los tests y tuve la claridad mental el día adecuado y en el momento apropiado. El examen me salió bien ¡la plaza era mía! has aprobado el FIR, me repetía a mi mismo cuando pasaba por delante de un espejo ¿quién yo? ¡sí, tú! are you talking to me? yes, you, you are the fucking Master! no podía ser más feliz.

A la hora de elegir plaza, no me dejé llevar por temas personales. Hay que ser profesional, como decía mi mentor Pedreiro. Mi novia, Carmiña, trataba de convencerme: «vente para Galicia, Casiano» insistía. Yo quería a Carmiña, aunque mis amigos me decían que ella era un poco especial, rara; quizás, a mí, el amor me nublaba la vista. No me importaba que no pudiésemos salir los viernes por ver Sálvame de Luxe, ni que viniesen sus amigos del club de rol a casa, día sí día no, a montar partidas que se prolongaban hasta el amanecer. Incluso me hacía gracia que su grupo favorito fuese Mocedades, «Eeeeeereeeeees túúúúúú, como el agua de mi fueeeeenteeeeee...», igualita que mi madre, pensaba yo. El club de calceta, los amigos de la Termomix, las reuniones de Boy Scouts y las quedadas de trekkies... Excentricidades de Carmiña que al principio me parecían adorables, pero que poco a poco empezaban a cansarme. En los últimos tiempos, la llama del amor se había ido apagando en mi corazón. Me daba pena y luchaba contra ello. Eran tantos años con Carmiña... Pero he de admitir que antes no me fijaba demasiado en otras mujeres, y ahora chocaba con las farolas, ¡mala señal! me decía mi amigo y confesor Conrado; él siempre tuvo para sí que Carmiña y yo no estábamos hechos el uno para el otro.

Tras la elección de plaza, comencé a disponer mi partida; y llegaron las despedidas: ¡cuánto os echaré de menos, pero qué ganas tengo de irme y empezar una nueva etapa! Un gallego puede que no sepa muy bien si sube o si baja, pero la emigración no tiene secretos para nosotros. Preparé mi petate, llené el depósito del coche de gasolina y, con lágrimas en mis ojos pero muy ilusionado, me encaminé a la capital.

Carmiña y yo habíamos hablado de mantener nuestra relación en la distancia.

Llegué a casa de mi tía unos días antes del comienzo de la residencia, para aclimatarme a la capital. Treinta y cinco grados diurnos y no menos de veintinueve nocturnos ¡el infierno! ¿dónde quedaban las noches arropado con manta? los percebes y las nécoras con el café del desayuno de miña terra galega habían sido sustituidos por una especie de churro gigante infiltrado de aceite, llamado «porra», que tenía que ser acompañado inexcusablemente de un inhibidor de la bomba de protones. Tenía morriña, sí, pero estaba exultante, pues el salto hacia el estatus de residente era inminente ¡no me lo podía creer!

Por fin, llegó el gran día. Allí estaba yo, como un pardillo, entre decenas de cándidos R1 recién llegados al hospital. Caras nuevas y tiempo de presentaciones: ¡Hola, soy Casiano! soy de Ribadeo, un pueblo costero de Lugo ¡encantado! Esto repetido n veces. Todo el mundo era majísimo. Los residentes me acogieron estupendamente. Jonás, el R2, me acompañó a resolver todo el papeleo; menos mal, porque la burocracia administrativa me había parecido como la casa que enloquece en Asterix y las 12 pruebas: rellena el formulario A-38, falta el número de colegiado, consulta el plano del edificio, pregunta en lencería... ¡De locos!

Cuando Jonás y yo regresábamos del departamento de personal, nos cruzamos con Fran, el R3 médico, un tipo gigante y muy divertido. Iba acompañado por una chica rubia preciosa; acababa de conocer a mi «coerre» médico, Anna ¡oh my God! Era majísima y muy guapa. Ya desde el principio surgió entre nosotros dos una gran complicidad: veníamos de provincias, recién llegados a Madrid, todo nuevo, y habíamos iniciado una apasionante aventura personal y profesional.

Pasábamos mucho tiempo juntos, no sólo en el trabajo, sino que también hacíamos planes con otros residentes, íbamos de cañas, preparábamos sesiones clínicas, asistíamos a cursos... ¡Nos llevábamos genial!

«Sí Carmiña, por aquí todo bien, mucho trabajo, claro que me acuerdo de ti, te echo de menos, ¿todo bien por ahí? Bicos...» Palabras automáticas que hacían que mi corazón se estremeciese de culpa ya que, mientras hablaba con Carmiña, mi cabeza repasaba a cámara lenta una de las últimas sonrisas que me había regalado Anna. ¡Era tan dulce! No me cansaba de oírla. Se me ponía cara de gilipollas al recordarla. Yo trataba de convencerme a mí mismo de que mis sentimientos hacia Anna eran fruto de la confusión del comienzo de residencia y de la distancia con Carmiña, que hacían mella en mi ya frágil voluntad. Además, probablemente, Anna tan sólo veía en mí un galeguiño gracioso con el que pasar un rato divertido y punto.

Eso pensaba yo, hasta que llegó la primera fiesta de residentes. Me pasé la noche hablando con todo el mundo ¡Qué simpático! Andrés, el «resi» de otorrino, y Aitor, el de trauma. Con cada copichuela, más majos me parecían todos. Me lo estaba pasando en grande y, además, allí estaba Anna, preciosa, radiante, divertidísima. En uno de los bailoteos, nuestras miradas se entrecruzaron. Nos lanzamos un beso pícaro y cómplice. Me acerqué hasta ella y la tomé de la mano. Vamos a por una «cerve», ya está bien de copas –le sugerí. –Absolute agreement, Casiano! –aprobó ella, siempre tan ocurrente.

Charlamos un buen rato, arreglamos el mundo, nos reímos y acabamos con nuestras manos entrelazadas. Poco a poco, la gente comenzó la retirada. Cuando nos quisimos dar cuenta, ya apagaban las luces del lugar. Ahora tocaba acompañar caballeramente a Anna a su autobús; al menos, eso es lo que hace un coerre de bien por su compañera, hasta que ella le besa apasionadamente. Inyección de efedrina, sistole ventricular retumbando en mis oídos, maniobra de pulpo en celo... En lo que me pareció un suspiro, estábamos en su casa. Y sucedió lo que tenía que pasar o, más bien, lo que jamás debería pasar entre dos coerres, pero pasó. Good bye Carmiña.

EQUIPO MULTIDISCIPLINAR

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

«Un médico cura, dos dudan, tres muerte segura».

Refrán popular

El doctor Villarrubia era el jefe de servicio de Traumatología. Llevaba más de veinticinco años ejerciendo en el hospital, y, por supuesto, gozaba de un gran reconocimiento personal y profesional entre sus colegas y subordinados.

Un numeroso grupo de batas blancas le acompañaba en la visita médica de sala. Estaba constituido por varios médicos adjuntos y residentes, dos enfermeras y una farmacéutica, residente de tercer año, Isabel Boluda. El grupo entró en la habitación 617. El doctor Villarrubia se acercó al paciente, le tocó el brazo, y le dijo amablemente:

–Hola don Santiago, soy el doctor Villarrubia ¿cómo está usted? La operación de cadera ha salido muy bien, sin complicaciones, como esperábamos, mañana ya podrá levantarse y caminar un poco, con ayuda de un andador.

–¡Vaya! no sé si seré capaz, doctor, porque tengo mucho dolor.

–Pues tiene que hacerlo, y no se preocupe por el dolor, la farmacéutica revisará la pauta de analgésicos para que ese dolor desaparezca, y mañana... a caminar. Anímese, el viernes volveremos a verle, y quiero encontrármelo andando por el pasillo, ¿de acuerdo?

–Como usted diga, doctor, le prometo que lo intentaré con todas mis fuerzas.

–Estupendo pues, hasta el viernes.

El doctor Villarrubia hizo un gesto a la farmacéutica, y ésta asintió con la cabeza. Isabel lo anotó en su cuaderno: 617A - analgesia.

El grupo se volvió entonces hacia el otro paciente de la habitación.

–Y tú, Ramiro, ¿cómo va ese pie? –preguntó el doctor Villarrubia.

–No muy bien, doctor. Lo veo bastante inflamado y, además, continúa supurando.

–Vamos a ver... –El doctor inspeccionó el pie del paciente. A continuación, la enfermera le entregó la historia clínica, le explicó que, a pesar del tratamiento con vancomicina, el paciente seguía con fiebre, pero que había llegado el antibiograma. El médico lo cogió y le echó un vistazo, a continuación se lo acercó a la farmacéutica:

–Tome doctora Boluda, a ver... ¿Qué antibiótico cree que habría que ponerle al paciente?

La farmacéutica lo miró detenidamente. Al poco, contestó:

–Se trata de una osteomielitis por estafilococo resistente a meticilina, que no responde a vancomicina, además, al revisar la historia clínica del paciente esta mañana en el ordenador, he visto que tiene la creatinina alta, por lo que el antibiótico puede haberle afectado al riñón. Tras considerar el antibiograma, recomiendo suspender «la vanco» y prescribir un tratamiento combinado con linezolid y rifampicina; primero por vía intravenosa, y después pasar a la vía oral.

–Gracias, doctora Boluda –dijo el jefe de servicio. Después, se dirigió de nuevo al paciente:

–Ramiro, parece que el tratamiento antibiótico que te estamos poniendo no funciona, por eso vamos a cambiarlo, la farmacéutica se encargará de ello, te pido que tengas un poco de paciencia y que confíes en lo que hacemos.

–Muy bien doctor, hagan lo que crean que tienen que hacer...

–Gracias, Ramiro. Hoy mismo te administrarán los nuevos antibióticos. Te volveremos a ver el viernes.

De nuevo, el doctor Villarrubia hizo una señal a la farmacéutica; ésta volvió a asentir con la cabeza y lo anotó en su cuaderno: 617B - osteomielitis - linezolid + rifampicina.

El grupo abandonó la habitación y entró en la 618. El doctor Villarrubia se presentó al único paciente que la ocupaba:

–Buenos días, doña Concha. Veo que evoluciona usted favorablemente, a finales de semana le daremos el alta, y podrá marcharse a casa. Seguro que ya tiene ganas ¿verdad?

–Buenos días, doctor. Pues sí, la verdad es que sí, además, si no voy pronto a casa, Fernando, mi marido, se quedará en los huesos...

–Tranquila, su marido pronto volverá a comer como Dios manda. Seguro que es usted una excelente cocinera...

En ese momento intervino la enfermera:

–Verá doctor, los puntos cicatrizan correctamente, pero la glucemia está algo descontrolada, esta noche ha tenido picos de 340 y 372. Y eso que toma los comprimidos del antidiabético que traía de casa, uno cada doce horas.

La farmacéutica terció en el asunto:

–Doctor Villarrubia, podríamos valorar la conveniencia de instaurar una pauta con insulina, al alta, podemos cambiarla a uno de los nuevos antiabéticos orales, vildagliptina, después, que la siga el endocrino ¿qué le parece?

–Muy bien, doctora Boluda, paute la insulina, y que enfermería haga controles de glucemia cada seis horas –ordenó el jefe de servicio.

Los médicos del equipo se mostraban desconcertados y algo incómodos. De pronto, uno de ellos, residente de traumatología, interrumpió y dijo:

–Perdone, doctor Villarrubia, digo yo que si todo lo va a decidir la farmacéutica... ¿Qué puñetas hacemos los médicos aquí?...

–De momento..., escuchar, ver y... callar –dijo el doctor Villarrubia–. Y sepa usted, doctor Hernando, que, de medicamentos, los que más saben son los boticarios ¡no lo dude!

–Sí, sí, ... claro que sí... –admitió tímidamente el residente.

Isabel esbozó media sonrisa de satisfacción.

–Y, además, sepa usted también, doctor Herrando, que Isabel, la doctora Boluda, es la prometida de mi hijo mayor –sentenció el doctor Villarrubia.

Isabel se puso roja como un tomate.

CORAZONES

MILENA PERAITA EZCURRA

«Hoy va a ser un gran día». Eso presentí ayer al levantarme y, ahora, al volver a casa después de salir de la guardia, no puedo más que alegrarme de que así lo fuese.

A primera hora, Beatriz, la adjunta responsable de la sección de biología molecular, reunió a todos los residentes de bioquímica clínica. Estábamos sentados en el aula de docencia, y ella nos fue explicando nuestro nuevo cometido:

—Vamos a realizar un estudio en los pacientes trasplantados de corazón, para analizar la diferente expresión de proteínas en el tejido sano y en el enfermo. Necesitamos tomar muestras de los corazones que se extraen en los trasplantes; y deben ser obligatoriamente del ventrículo izquierdo. Habrá que procesar las muestras con diferentes soluciones: una en formol, otra con un inhibidor de RNAsas y, la última, conservarla en nitrógeno líquido. Está todo descrito y claramente especificado en el protocolo que os he entregado, por favor, revisadlo y estudiadlo a conciencia. Cuando haya un trasplante, el cardiólogo responsable contactará con el laboratorio de bioquímica, y el residente de guardia tendrá que ocuparse de todo. Vuestra colaboración es esencial —recalcó.

La propuesta nos ilusionó a todos ¡presenciar un trasplante cardíaco y tomar muestras! ojalá tenga la suerte de que haya alguno en una de mis guardias, pensé yo y, probablemente, lo mismo pensaron la mayoría de mis compañeros residentes.

La mañana transcurrió con normalidad; como R1 que era, me hice cargo del laboratorio de urgencias. A las dos de la tarde, apareció Eva, la R2 de microbiología, para decirme que coincidía conmigo en la

guardia; no hay nada mejor que una buena compañía. Además, me dio otra buena noticia: Alberto, el R3 de cirugía torácica, también estaba de guardia, y comeríamos con él, era famoso en todo el hospital, por su imponente porte, sus ojos verdes y su dulce sonrisa. Lo cierto es que tenía embelesadas a todas las mujeres del hospital, incluida yo. Por fin, coincidía con él ¡era mi oportunidad! Yo ya estaba deseando que se hiciesen las tres de la tarde para comer...melo, ¡aunque únicamente fuese con los ojos!

En el comedor, apenas probé bocado, ¡era tan atractivo!... le miraba, le escuchaba, imaginaba, daba media cucharada a las lentejas, le volvía a mirar... Creo que no probé el segundo plato, y tampoco soy consciente de haberme comido el postre. ¡Era tan encantador!...

Ya por la tarde, parecía que iba a ser una guardia de las tranquilas. Y, si los aparatos no daban problemas, puede que hasta hubiera tiempo para una partidita de mus.

A eso de las siete, nos rugían las tripas, y nos dispusimos a bajar al horno de «la Nati» a comprar algo para merendar. Fue entonces cuando sonó el teléfono, era Beatriz, para avisarme que se iba a realizar un trasplante cardíaco. Sería la primera vez que recogeríamos muestras para el estudio, tenía que salir bien, y había que dar una buena impresión a los cirujanos cardiovasculares. Me recordó el protocolo, me tranquilizó, y me dijo que no dudase en llamarle si tenía alguna duda o problema. El trasplante estaba programado para las diez de la noche. Tenía que empezar a prepararlo todo inmediatamente. Mientras los técnicos sacaban el trabajo del laboratorio, hice las gestiones y los preparativos pertinentes. A las nueve de la noche, ya lo tenía todo listo: el nitrógeno líquido, y todos los tubos etiquetados y con sus correspondientes soluciones para la recogida de las muestras.

En un principio, me llamarían cuando estuviese el corazón ya extraído, pero a mí me hacía mucha ilusión ver todo el trasplante, y también a Alberto, ¡era tan guapo!... ¡Yo necesitaba estar allí! Afortunadamente, cambió el turno de los técnicos y llegó Raquel, una excelente compañera, muy simpática y cariñosa. En cuanto le conté lo

del trasplante –pero no lo de Alberto–, me prometió que yo lo podría presenciar. Así pues, llamé a la supervisora de quirófano y le pedí por favor que me permitiese entrar a la operación.

Bajé a cenar y, de nuevo, Alberto estaba en el comedor. Le eché morro y me senté junto a él; ¡olía tan bien!... Me confirmó que participaría en el trasplante y, de súbito, mi corazón se aceleró por momentos. El otro corazón, el del donante, venía de Burgos, y parecía ir bastante más despacio. Alberto me explicó que la extracción se había complicado, y que por ello el inicio de la intervención se retrasaría hasta aproximadamente la media noche.

A las doce en punto estaba yo como un clavo en el quirófano. Gracias a la mediación de la supervisora, me permitieron entrar y quedarme allí, para seguir la intervención desde bastante cerca. Todo me pareció alucinante, desde que abrieron el tórax del paciente, hasta que se puso en funcionamiento la máquina extracorpórea que bombearía la sangre durante el trasplante. Y sí, Alberto estaba allí, ¡operaba tan bien!... Cuando no tenía que asistir al cirujano principal, se acercaba hasta mí para describirme cada paso de la operación, cada complicación que aparecía y cómo la resolvían; ¡lo explicaba tan bien!...

Y llegó el momento de la extracción. Sacaron el corazón enfermo y lo dejaron en una mesa auxiliar, sobre una tela verde, donde aún latía débilmente. En ese momento, Alberto se me acercó y me dijo:

–Anda, coge lo que quieras.

–¿Lo que yo quiera? –me entró el pánico–. Pero... ¿dónde demonios está el ventrículo izquierdo? ¡esto no es como el dibujo! Con mucha vergüenza, tuve que preguntarlo, y soportar la mirada burlesca de algunos de los presentes, pero Alberto me echó una mano, y nunca mejor dicho, pues agarró la mía con delicadeza y la puso sobre el corazón recién extraído, y me lo mostró:

–Ves, entras por la aorta, y ahí está el ventrículo izquierdo. Es muy fácil –¡y es que lo hacía todo tan bien!...

—Ah, sí, claro, la aorta, qué tonta... —acerté a balbucear.

Me temblaban las manos, no sé muy bien por qué... Tomé las muestras como pude, aunque destrocé medio corazón. Alberto me tranquilizó:

—No importa, es una víscera inservible, ahora tan sólo vale para hacer albóndigas... ¡Y es que era tan gracioso!...

Salí pitando hacia el laboratorio para procesar las muestras y almacenarlas rápidamente, pues quería volver pronto al quirófano, y así ver el final del trasplante, especialmente el momento más emocionante: cuando el nuevo corazón arrancó a latir ya en el cuerpo del receptor ¡fue muy conmovedor!

De vuelta al laboratorio a las dos y media de la madrugada, me esperaban varios asuntos pendientes que resolver: analíticas por validar, unas cuantas alcoholemias, y un líquido cefalorraquídeo con sospecha de meningitis que acababa de llegar de urgencias. Entre unas cosas y otras, no pude parar ni un solo minuto hasta las cinco de la mañana, además, llegó una muestra del paciente trasplantado para el control de la coagulación; el resultado fue satisfactorio, lo cual me produjo una gran alegría.

No iba a dormir muchas horas, pero estaba exhausta, así que me fui a la cama. Al entrar en el cuarto de guardia, vi en la litera de abajo el torso desnudo de un hombre ¡sí, era él! ¡compartía habitación con Alberto! ¡qué tentación! pero bueno, esta vez se iba a librar..., porque yo estaba agotada y, presumiblemente, él también... Caí derrotada y me dormí enseguida. Cuando desperté, Alberto ya no estaba en su cama. Al bajar a la cafetería para desayunar, me crucé con él en el pasillo. Me saludó:

—¡Hola Ana! ¿qué tal? ¿has dormido bien? Te estuve esperando antes de acostarme por si venías, y así comentar juntos el asunto del corazón... pero al final me quedé dormido.

—¡Vaya, qué lástima!... Si lo llego a saber... porque a mí también me interesa mucho el asunto del corazón... La verdad es que fue una

experiencia muy satisfactoria, que no había vivido nunca, y, además, aprendí mucho a tu lado; ¡lo haces todo tan bien!

–Me alegro. Seguro que coincidiremos en alguna otra guardia, ¿verdad?

–¡Seguro que sí!... Además, necesito que me arregles el corazón –dije yo pícaramente.

–¡Eso está hecho! cuando quieras te hago un electrocardiograma –replicó Alberto, no sé si con una segunda intención en sus palabras.

Ha sido una guardia sensacional, y me esperan muchas más en los próximos cuatro años, ¡ojalá que también sean así, o incluso mejores!... Y estoy deseando que Alberto me lo arregle pronto, ¡el corazón!

RALLY EN EL QUIRÓFANO

JOSÉ CANTO MANGANA

JUAN ENRIQUE MARTÍNEZ DE LA PLATA

Juan era farmacéutico, residente R4 de Farmacia Hospitalaria; y Carlos, médico, R3 de Cirugía General en el mismo hospital. Eran buenos amigos, pues se conocían desde la infancia, cuando iban al mismo colegio. Estaban de guardia y habían comido juntos. Tras el café, se despidieron hasta la cena:

–Bueno Juan, me voy, que tengo pendiente el alta de un paciente y no quiero hacerle esperar más –se disculpó el médico.

–Sí, yo también me marcho, tengo que preparar la sesión clínica de mañana, si esta noche no estás muy liado, avísame y cenamos juntos, ¿vale? –propuso Juan.

–De acuerdo, claro que sí, luego nos vemos –se despidió Carlos.

La tarde transcurría apacible en la farmacia del hospital cuando llamaron al timbre.

–Otro celador, Juan –dijo la auxiliar mientras abría la puerta.

–Pues entonces, sigo con lo mío –respondió el farmacéutico.

Al momento se le acercó la auxiliar y le preguntó:

–¿Es normal que pidan treinta envases de lubricante desde el quirófano de urgencias? y parece que son todos para el mismo paciente.

–¿Cómo? –dijo Juan sorprendido– ¿treinta tubos de lubricante para un solo paciente? un momento, déjame ver la petición. Tras revisarla, se quedó pensativo: «Ildefonso Peñalver Martos ¿de qué me suena este nombre? mmmm..., pues ahora no caigo». Así pues, se dirigió a la auxiliar: –Lucía, voy a llamar a quirófano, a ver si es que van a montar una orgía y no me han invitado –dijo en tono irónico.

Buscó en el listín el número de teléfono del quirófano de urgencias, levantó el auricular y lo marcó.

–Quirófano de urgencias, soy Ángeles, la supervisora, dígame.

–Buenas tardes, Ángeles, soy Juan Carvajal, el farmacéutico de guardia, hemos recibido una petición de treinta tubos de lubricante para un paciente ¿es eso correcto?

–Sí, es correcto, se trata de un paciente con un cuerpo extraño en el ano. El cirujano de guardia nos ha indicado que lo fuésemos lubricando mientras él llegaba –aclaró la supervisora–, es una situación delicada y grave, necesitaremos mucho lubricante. Espera, que aquí viene el cirujano, te paso con él.

–Juan, soy Carlos, no te lo vas a creer, corre, ven a quirófano y tráete el lubricante –le urgió.

–¿Pero qué pasa, Carlos? –insistió el farmacéutico.

–No te lo puedo contar, tienes que verlo.

Juan cogió los tubos de lubricante del almacén y salió disparado hacia el quirófano. Al llegar, Carlos le estaba esperando.

–¿Pero qué ocurre? –preguntó de nuevo Juan.

–Pasa y míralo con tus propios ojos –le instó Carlos.

Juan se aproximó hasta la camilla donde estaba el paciente.

–¡Pero si es «El Bombilla»! –exclamó Juan estupefacto. Carlos asintió con un movimiento de cabeza. A continuación, se acercó hasta el paciente y le preguntó:

–Buenas tardes ¿es usted don Ildefonso, profesor de matemáticas del Colegio Blas Infante?

–Sí, el mismo –contestó titubeante por el efecto del midazolam que le acababan de administrar– ¿quién es usted? –preguntó el paciente.

–Soy Carlos Galindo, el cirujano, y éste de aquí es Juan Carvajal, farmacéutico. Hace unos cuantos años, ambos fuimos alumnos suyos en el Blas Infante.

–Sí, creo acordarme de vosotros –admitió con cierta vergüenza–. Vosotros sois quienes me pusisteis el mote de «El Bombilla», ¿verdad?

–Pues me temo que sí –admitió Juan.

–Por favor, no puedo más, haced lo que podáis para sacarme esto del culo de una vez –suplicó don Ildefonso.

–Por supuesto, pero mientras le ponen el lubricante, ¿podría decirnos qué le ha ocurrido? –preguntó Carlos.

–Nada, nada, ha sido un accidente, un simple accidente doméstico.

–¿Cómo que un accidente doméstico? –preguntó de nuevo Carlos.

–Veréis, como llevaba varios días estreñido, he intentado hacerme una lavativa con la manguera de la ducha, pero se ha quedado dentro, atascada, y ya no la he podido sacar –dijo don Ildefonso.

–Según la radiografía, parece que hay más de un metro de manguera dentro de su cuerpo –dijo Carlos, buscando una explicación.

Don Ildefonso se puso colorado como un tomate y, rápidamente, se inventó una excusa para tratar de explicar lo inexplicable:

–Es que me resbalé en la ducha, y claro, eso agravó la situación.

–Ya veo –dijo Carlos, con cuidado de no mostrar ningún tipo de burla–. Bueno, don Ildefonso, vamos a intentar extraer esa manguera. Usted ponga de su parte y aguante un poco, pues ya le advierto que puede resultarle molesto y doloroso. Le han puesto varios tubos de lubricante; eso facilitará las cosas ¿está preparado?

–Sí, doctor Pérez, ¡qué remedio! –contestó don Ildefonso.

–Llámeme Carlos, por favor, que usted me conoce desde pequeño. Bien, a la de tres comenzaré a tirar suavemente de la manguera, usted relájese, ¿entendido?

–Sí, claro que sí, Carlos.

–Pues venga, vamos allá: una, dos y... tres.

–¡Aaaaaaay! –chilló don Ildefonso.

–Aguante un poco –le pidió el cirujano–. Vamos, otra vez: una, dos y... tres.

–¡Aaaaaaay, esto es insoportable! –se quejó el paciente.

–Vamos a intentarlo de nuevo, don Ildefonso, de lo contrario, habrá que recurrir a la cirugía –le advirtió el cirujano.

–¡No, por favor! ¡trata de arrancarla, Carlos! ¡por Dios, trata de arrancarla! –suplicó don Ildefonso.

Al oír tales lamentos, Carlos y Juan no pudieron contener la risa.

Intentaron la maniobra dos veces más, pero con escaso éxito. Finalmente, ante la imposibilidad de retirar la manguera, se decidió practicar la extracción quirúrgica.

Tras la operación, el médico y el farmacéutico se acercaron a visitar al todavía convaleciente don Ildefonso.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó el cirujano.

–¿Cómo queréis que me encuentre? no sé qué me duele más, el culo o mi orgullo –dijo triste y abatido.

–Le darán el alta esta misma tarde. Tómese unos días de descanso, tiene que recuperarse completamente antes de volver al trabajo. Cállese y no se preocupe –intentó tranquilizarle Juan.

–¿Que no me preocupe? ¿cómo no me voy a preocupar? cuando se enteren en el colegio, seré el hazmerreír de todos. Voy a perder el respeto que me tenían los alumnos ¿qué va a ser de mí? –dijo el maestro con lágrimas en los ojos.

–No, eso no va a ocurrir –dijo Juan–. Usted fue uno de nuestros mejores profesores, le garantizamos que esto no saldrá de aquí, diremos que ha sido una operación de apendicitis.

–Lo que sucede en el quirófano, se queda en el quirófano –confirmó Carlos.

DE PAPÁ

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

Buenos Aires, 22 de octubre de 2010

Querida hija:

Te escribo de madrugada; todos duermen. Calculo que tú debes de estar volviendo a casa del congreso de Farmacia Hospitalaria en Madrid.

Esta tarde me ha llamado por teléfono Pepe Hernández, para ver cómo estábamos –sabes que es un buen compañero y amigo–, pero realmente, lo que quería era contarme que has ganado el premio a la mejor comunicación del congreso ¡enhorabuena! tu madre y yo nos hemos llevado una gran alegría; también tu hermana y tu cuñado. Lo hemos celebrado todos durante la cena con un brindis por ti, Amparo, tus sobrinas son pequeñas y aún no lo entienden, claro, pero también ellas se han sumado a la algarabía del momento.

Recuerdo cuando decías que querías hacer periodismo; después, que arquitectura; y, finalmente, te matriculaste en farmacia. Yo me alegré muchísimo, porque ibas a dar continuidad a la saga familiar y, muy probablemente, trabajar en nuestra farmacia. Al terminar la carrera, te metiste en el Departamento de Galénica, y más tarde, te empeñaste en preparar el FIR. Yo ya sabía que lo ibas a aprobar ¡Dichoso FIR!, pensé. No obstante, mantenía la esperanza de que finalmente volverías para hacerte cargo de la farmacia. Ahora ya no lo tengo tan claro, más bien, creo sinceramente que eso no va a ocurrir, pero te veo contenta y feliz con lo que haces, convencida e ilusionada ¡pues adelante, hija! tienes todo mi apoyo, esfuérzate, aprende mucho y disfruta. Te auguro un ejercicio profesional en el hospital tan pleno y satisfactorio como el que yo tuve durante más de cuarenta años en la oficina de farmacia.

Tu hermana Lucía sigue tan atareada como siempre; ya sabes que está muy bien considerada en la petrolera. Está convencida de que el próximo verano podrá volver ya definitivamente a su puesto de trabajo en España, y con ella, todos nosotros, claro. Tu cuñado, Félix, también volverá a dar clases en la Politécnica el próximo curso académico. Ya han comenzado los dos a mover los hilos y preparar los trámites.

Estos tres años en Argentina han sido maravillosos. Tu madre y yo hemos disfrutado de Paloma y María, hecho buenos amigos, y viajado por un país precioso y extenso, desde Tierra del Fuego en el sur, hasta la provincia de Jujuy en el norte, pero, no es menos cierto que anhelamos volver a casa, a Alboraya, con nuestras familias y amigos, además, echamos de menos la *fideuà* de la tía Gloria, las ricas naranjas del tío Vicente, la horchata de Casa Daniel, la playa de La Patacona, las reuniones de los viernes en la falla, y tantas otras cosas... Pero, si Dios quiere, no tardaremos en disfrutar de todo eso ¡qué bien!

Tenemos la intención de viajar a España en Navidad, Lucía está pendiente de las ofertas de los vuelos por Internet, te confirmaremos las fechas tan pronto como esté todo arreglado ¡es que tenemos muchas ganas de abrazarte, hija!

Un beso grande, mi princesa.

Papá, que te quiere muchísimo.

PD.- Y tranquila, no te preocupes, pues parece que ya tenemos comprador para la farmacia. Federico, el farmacéutico regente, me ha hecho una buena oferta, la cual creo que no podemos rechazar.

COMO LOS CHORROS DEL ORO

M^a. TERESA ACÍN GERICÓ

Me moría de ganas de llegar a casa, ducharme y comerme una buena ensalada, sentado en el sofá, mientras veía la segunda parte de la final de la Champions League, pero en el último minuto de la guardia, cuando salíamos por la puerta de Farmacia, sonó impaciente y escandaloso el teléfono ¡Qué rabia!

–¿Qué hacemos? –le pregunté a mi adjunto, al fin y al cabo, él era quien mandaba– nadie nos había visto, ni tan siquiera el guardia de seguridad a través de la cámara que hay colocada justo encima de la puerta de la Farmacia.

–¡Lo cogemos, lo cogemos! tal vez sea algo importante –me urgió.

–¿Y si es la enfermera de turno, que en este preciso momento no tiene paracetamol intravenoso en stock y lo necesita «ya-y-urgentemente-por-si-acaso»? ¿le digo que llame a la supervisora, que para eso está de guardia? –le pregunté.

–Anda, deja de divagar y atiende la llamada –insistió él.

Descolgué el teléfono.

–Farmacia, dígame –dije amablemente, a pesar de que intuía que me iba a perder el partido.

–Buenas noches, soy Pilar, la supervisora de trasplantes. Hemos de utilizar la cámara frigorífica de Farmacia, un hombre ha sufrido la mutilación de un dedo y hay que conservarlo adecuadamente, el dedo, claro –su voz sonaba preocupada pero firme.

–¿Y dónde lo tenéis ahora, el dedo, claro? –pregunté con curiosidad.

–¡Qué listo! el dedo, claro, está envuelto en una gasa húmeda y entre hielo picado, pero no podemos mantenerlo así durante mucho tiempo, tenemos que preservarlo a una temperatura de 4°C, lo llevaré a Farmacia dentro de aproximadamente diez minutos –y colgó el teléfono.

–¿Qué pasa? –preguntó mi adjunto bostezando, mientras sujetaba la puerta de entrada a la Farmacia.

–Es la «súper» de trasplantes, necesitan nuestra cámara para conservar un dedo.

–¿Un qué?

–Luego te cuento. La «súper» está al caer, voy inmediatamente a la cámara, porque la tenemos hecha unos zorros.

En efecto, la cámara frigorífica estaba hasta los topes. Me puse manos a la obra. Comencé por descolgar los embutidos ibéricos que había traído el celador para el aperitivo de Navidad, luego, escondí las botellas de sidra tras las bolsas de nutrición parenteral, camuflé los yogures entre los envases clínicos de las insulinas, coloqué los medicamentos por orden alfabético y revisé las caducidades. Después, me las apañé para encontrar un hueco para el dedo en la letra D, claro. Froté el indicador de temperatura con la manga de mi bata, hasta dejarlo reluciente, limpié el suelo con la fregona, y finalmente, eché un poco de ambientador con fragancia de lavanda. Mis dientes castañeban de frío, pero la cámara frigorífica había quedado impecable, como los chorros del oro.

Corrí por el pasillo del almacén de vuelta a la puerta del servicio, donde se había quedado mi adjunto. Llegué helado y casi sin resuello. Él estaba sentado, jugando al Apalabrados, con el móvil apoyado en su prominente barriga.

–Pero bueno, ¿dónde te habías metido? ¿y me vas a contar qué es eso del dedo? –me interpeló.

Justo en ese momento, la supervisora de trasplantes hizo su entrada estelar en la Farmacia. Llevaba en sus manos una cajita metálica, que sostenía con sumo cuidado. Yo sabía lo que contenía.

–Hola, buenas noches –nos saludó.

–Hola Pilar, soy Javier, el residente de guardia. Has hablado conmigo por teléfono, ahora mismo le iba a explicar a mi adjunto, el Dr. Valero, lo de tu llamada.

–Tranquilo, yo se lo comento mientras vamos a la cámara, porque traigo el dedito aquí –dijo señalando la caja– muy bien guardadito, pero hay que enfriarlo inmediatamente.

En el trayecto hasta la cámara, la supervisora de trasplantes explicó la situación a mi adjunto. Una vez allí, rotuló la caja con grandes letras rojas (OJO: Dedo Amputado ¡No Tocar!), y la dejó en el hueco que yo le había procurado, entre el Danaven® y el Difluter®.

–¡Qué aseada y limpia está la cámara! ¡así da gusto! –exclamó la supervisora–. Ni en la farmacia del Hospital Central (sí, sí, el de la tele) la tienen tan arregladita.

–Muchas gracias. Desde luego, nuestra cámara no tiene nada que envidiar a ninguna otra cámara de ningún otro hospital, y menos al de la tele –dijo orgulloso. Mi adjunto, que seguía enfrascado en la pantalla de su teléfono móvil, asintió con la cabeza.

–Bueno, en cuanto esté preparado el paciente, vendré a buscar el dedo. Pero ya no os tenéis que preocupar, porque llamaré a mi compañera Loli, que está de supervisora de guardia esta noche. Dicho esto, se despidió y enfiló el pasillo de salida.

–Excelente, Javier, eres una joya –dijo mi adjunto mientras me hacía una seña de Ok con el pulgar hacia arriba.

–«Apañao» que es uno –admití–. Si al terminar la residencia no encuentro trabajo, montaré una empresa de limpieza, mantenimiento, pulidos y vitrificados: FarmaLimp, SL.

DE VACACIONES

MARGARITA LADRÓN DE GUEVARA GARCÍA

RAÚL MORENO NARVÁEZ

ANA I. LADRÓN DE GUEVARA GARCÍA

Aquella tarde el servicio andaba revolucionado; en realidad, era cosa de los residentes. A los ojos de las auxiliares que trabajan en la sección de dosis unitarias, parecían niños ilusionados y excitados. Alguna ya sabía de qué se trataba y, simplemente, les dejaba espacio. Las que todavía no entendían de qué iba la cosa, no tardaban mucho en descubrirlo; bastaba con escuchar algunas palabras clave como «hotel» y «hospital», para hacerse la idea de que todo aquello tenía que ver, probablemente, con un curso para residentes. Y con prestar un poco más de atención, que si en Madrid esto, que si en Madrid lo otro, el destino era fácil de adivinar.

María José, una de las adjuntas, que acababa de salir del área de mezclas intravenosas, se encontró con la escena: dos residentes, Irene y Sara, sentadas frente a la pantalla de un ordenador, y otro, Fede, teléfono en mano, los tres con una cara de felicidad que la veterana adjunta no podía achacar, ni por asomo, a satisfacción laboral. Sin duda, «los resis» estaban tramando algo.

—¿En qué andáis metidos? —preguntó mostrando una sonrisa cómplice.

—Nos vamos de viaje a Madrid —respondió Fede, mientras balanceaba el teléfono como si de un avión se tratase—. Estamos a punto de hacer las reservas.

—¿Las reservas? ¿no os las ha hecho el delegado? —preguntó María José extrañada— normalmente, ellos se encargan de los hoteles para los cursos.

–No, no es un curso, es que nos vamos de vacaciones con otros «resis» ¡Sí, de vacaciones! –gritaban mientras agitaban sus brazos con un gesto triunfal.

–Venga, Fede, llama ya –le espetó Irene, la R2, impaciente.

–Dime el número del hotel, Sara –reclamó Fede mientras sus dedos se movían nerviosos sobre el teclado del teléfono.

–Nueve, uno, cinco, siete... –Fede marcó los números mientras los repetía en voz alta-. Ya, ya, ya suena el tono de llamada.

–Buenas tardes ¿en qué puedo ayudarle? –dijo una voz femenina.

–Hola, buenas tardes. Llamaba para reservar habitaciones para el próximo fin de semana. Quisiera saber si tienen disponibilidad.

–Bueno, camas libres sí que tenemos –contestó la voz, algo confusa y dubitativa.

–Seríamos diez –confirmó Fede.

–¿Diez?

– Sí, en efecto, diez ¿algún problema?

–Hombre, así de golpe, eso es mucha gente si queréis alojaros en el hospital.

–¿En el hospital? –dijo Fede en voz alta. Colgó inmediatamente el teléfono y comenzó a reírse. Sus compañeras, aún sin comprender nada, se preguntaban qué había pasado. Hasta que Fede lo aclaró todo:

–He marcado *9 en vez de 09 ¡he llamado a Trauma C!

Fede había hecho una llamada a la centralita del hospital para reservar habitaciones libres. Todos estallaron a reír.

Tras unos minutos de mofa, Fede hizo un nuevo intento, esta vez puso especial atención en marcar el cero para poder hacer llamadas al exterior. Al poco rato, la reserva de cinco habitaciones dobles en un hotel de Madrid estaba hecha y confirmada.

Mientras se dirigían a la cafetería para merendar, volvió a surgir el asunto de la «reserva hospitalaria». En realidad, no se había dejado de lado la chanza en toda la tarde, y cualquier momento parecía pedir a gritos una alusión al chiste en que se había convertido el error de Fede. Mientras Sara se reía por enésima vez de él, resbaló por las escaleras. Dio con su trasero en un peldaño, para luego rodar escaleras abajo en un caída más escandalosa que otra cosa.

Tras comprobar que se encontraba bien, Fede le dijo con socarronería:

–Sara, te recuerdo que hay camas libres en Trauma C.

Ella, aún con una mueca de dolor en su rostro, esbozó media sonrisa y dijo:

–Vale, pero esta vez recuerda marcar el asterisco.

PONLE IMAGINACIÓN

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

«Mi mamá siempre decía que la vida es
como una caja de bombones;
nunca sabes cuál es el que te va tocar».

Forrest Gump

[WhatsApp, desde el hospital]

Hola Miguel! Stoy prácticas n hospi. Termino 15h. Xfa, compra tú entradas cine, mejor sesión 22h. TQM

[A la salida del examen de Legislación, Deontología y Gestión Farmacéutica]

–La verdad es que no me ha parecido fácil ¡uf, no sé, tía!...

[En el bar de la facultad]

–Ramón, por favor, una clara con limón ¡gracias!

[WhatsApp, desde casa]

Han salido notas. Nos vemos n facu n 30 min, Ok?

[WhatsApp, desde la facultad]

¡Pilaaaaaaar, que ya somos farmacéuticaaaaaaaas!

[Otra vez en el bar de la facultad]

–¿Tú has pagado ya la parte que faltaba del viaje?

[En casa, durante la cena]

–No te preocupes, papá, que me llevará Miguel. así nos despedimos.

[Megafonía del aeropuerto]

–Salida del vuelo a AF5672 con destino Punta Cana, embarque por la puerta R14.

[En Hotel Riu Palace]

–Si no me arrancáis la pulserita ésta del «todo incluido», acabaré cirrótica.

[En casa, durante la cena]

–Bueno hija, y digo yo que ahora tendrás que ponerte a trabajar, ¿no?

[Ticket]

Servicio Público de Empleo Estatal (SEPE). Oficina Madrid - Goya. Entrega de Documentación. Turno B035. 12/09/2010 - 09:23.

[Recibo]

Banco Popular. Cuota Alta Colegio Oficial de Farmacéuticos: 150,00 €

[En la oficina del Servicio Público de Empleo Estatal (SEPE)]

–Señorita, para poder arreglar los papeles del contrato, tendrá que traer también el título de licenciada en farmacia.

[En la oficina de farmacia, D. Germán, farmacéutico titular]

–En esta farmacia se trabaja a turnos rotatorios de mañana, tarde y noche. Hay que hacer tres guardias de fin de semana al mes. La remuneración es según el convenio vigente. Si estás de acuerdo, comenzarás el próximo lunes, por la noche, a las nueve ¡ah!, y tráete una bata blanca.

[En la cocina de casa]

–Toma mamá, un cheque con mi primer sueldo; es para vosotros.
–¡Estamos muy orgullosos de ti, hija! ¡dame un abrazo!

[En la oficina de farmacia, Gervasio]

–Me dé una botellita de agua «exagerada» y una cajita de «paratrapo».

[En la oficina de farmacia, D^a. Amparo]

–Unas pastillitas blancas, pequeñinas, que van en una cajita «asín» como de color marrón, pero claro, como eres nueva, pues no lo sabes...

[En la oficina de farmacia, Pilar «la tacones»]

–Mira niña, no me fío, que me atienda Manuel, el mancebo, que es él quien siempre me toma la tensión.

[En la oficina de farmacia, D. Germán]

–A ver si te pones las pilas con lo de las ventas cruzadas ¡que no te esfuerzas!

[En la oficina de farmacia, D^a. Sofía]

–Pues a mí don Germán siempre me las da, aunque no traiga la dichosa recetita.

[En la oficina de farmacia, D. Germán otra vez...]

–Leticia, la caja no cuadra, faltan dos euros con cincuenta y tres céntimos, a ver si te fijas más.

[En la oficina de farmacia]

–¡Estoy hasta el pirri! ¡lo dejo! ¿y si hago un máster? ¿o mejor el FIR?

[Web]

<http://www.farmafir.com>

[Teléfono]

800 404 404

–Buenos días, llamo para matricularme en el curso FIR de Madrid, en el de verano.

[En la academia FIR]

–El profe de bioquímica explica de maravilla ¡pero es más feo que el Fary comiéndose un limón!

–Ahora me entero de lo que es un linfoma no-Hodgkin.

–¡Pues sí que sabía yo poco!

[BOE]

Orden SPI/2549/2011, de 19 de septiembre, por la que se aprueba la convocatoria de pruebas selectivas 2011 para el acceso en el año 2012, a plazas de formación sanitaria especializada para Médicos, Farmacéuticos y otros graduados/licenciados universitarios.

[Web]

<http://www.mspsi.gob.es/fse/modelo790/>

Solicitud de Admisión a Pruebas Selectivas de Residentes y Liquidación de Tasas de Derechos de Examen.

[En el banco]

–Son 28,72 euros.

[En la salita de estar de casa]

–Que no, mamá, que no te acompañe a casa de la tía Carmen, que tengo que estudiar ¡jo!

[En la academia FIR]

—¡Qué bien me ha salido el simulacro de farma!

[Por teléfono]

—¡Que no! Miguel, no me agobies, que no estoy yo para tomar copas ni tengo el cuerpo «pa ná», sabes que quiero aprobar el FIR, pero tranquilo, tú ve donde quieras, que yo no me enfado, de verdad.

[En casa de la tía Carmen, junto al árbol de Navidad, tras la octava campanada]

—¿Qué hago yo aquí comiéndome las uvas? ¡debería estar estudiando!

[Noche de Reyes, Miguel]

—¡Estás insoportable, Leti! anda, relájate un poquito, guapa.

[En el aulario de la Universidad Carlos III, día del examen FIR]

—¡Uf, qué nervios! voy a hacer un pis antes de entrar al examen.

—Leticia Ródenas Méndez.

[Examen FIR]

La glucogenosis tipo I o enfermedad de Von Gierke se debe a un déficit del enzima:

—La 5: glucosa-6-fosfatasa.

[En el coche, de vuelta a casa]

—¡Qué difícil! no apruebo ni de coña.

[En casa, durante la cena]

—Tú tranquila, hija, que yo ya se lo he dicho a tu padre: si este año no, pues el que viene.

[Web]

<https://sis.msps.es/fse/InstanciasExámenes/SituaciónInstancias.asp?MenuId=IE-00&SubMenuId=IE-02Docum=73167882J>.

–¡Síiiiiiiiiiiiiiiii!

[En la Asociación de Pensionistas y Jubilados «Virgen de Altamira»]

–¿Sabes Ángela? mi nieta Leticia ha aprobado eso del FIR, y mira que se han presentado tropecientos mil. Si es que es muy lista, ha salido a mi hijo.

[En casa, tumbada sobre la cama]

–Y ahora ¿qué puñetas elijo?

[Megafonía del salón de actos del Ministerio de Sanidad]

–Número 114, Farmacia Hospitalaria, Hospital Carlos Haya de Málaga.

[Anuncio en el tablón del hospital]

Se busca compañer@ para compartir piso, muy cerca del Carlos Haya, 275 €/mes.

[Por teléfono]

–¿Están incluidos los gastos de comunidad?

[En la playa de la Malagueta]

–¡Al rico espeto de sardinas de la noche de San Juan! ¡a tres leuros! ¡que se me los quitan de las manos!

[En el Servicio de Farmacia]

–¡Enhorabuena, Leticia! me ha gustado mucho la revisión sobre la extravasación de citostáticos que has presentado en la sesión clínica de esta mañana.

–Me voy a Bilbao, al congreso nacional de farmacia hospitalaria ¡lo vamos a pasar bomba! te traeré algún «pichiguili» de esos que dan los laboratorios. El año que viene, cuando seas R2, te tocará a ti.

–Leticia, avísame cuando termines el resumen en inglés, y entonces enviaremos el artículo a publicar a la revista Farmacia Hospitalaria.

[Por teléfono]

–Papá, el próximo finde no iré a casa, que me voy al curso de farmacocinética de Salamanca, porfa, díselo a mamá. Os veré dentro de quince días.

[En la cafetería del hospital, Leticia]

–¿Te has fijado, Vicky? ¡el R3 de cirugía está como un queso!

[En la cafetería del hospital, Vicky]

–Alejandro, dice Leticia que si te apuntas a la fiesta de primavera de residentes.

[En el Zeppelin, bar de copas, Alejandro]

–Estás muy guapa, Leti.

[En Cheers, cervecería]

–De verdad que lo siento mucho, Miguel, lo nuestro ha sido muy bonito, pero ya hace varios meses que no funciona, y tú lo sabes, pero no te preocupes, porque podemos seguir siendo buenos amigos.

[Tarjetón]

La Familia Ródenas-Méndez y la Familia Pellicer-Gomis se complacen en participarles el Matrimonio de sus hijos, Leticia y Alejandro. Y tienen el honor de invitarles a la ceremonia religiosa que se celebrará D.M. a las 19 horas del día 15 de septiembre de 2012 en la Parroquia de San Lorenzo, ubicada en calle del Dr. Piga 4, Madrid. Banquete en Hacienda Jacaranda, Soto del Real. Se ruega confirmación.

[En París, Alejandro]

–Muévete, más, más, hacia la izquierda... ¡Que tapas la torre Eiffel!

[Test de embarazo]

+

[En el dormitorio]

–Tendrá los ojos claros como tú, se llamará Juan como mi padre, irá a un colegio bilingüe y, claro está: ¡estudiará farmacia!

–Lo que tú digas, gordita.

–¡Que no me llames gordita!

ZAMPABOLLOS

JAVIER SALAZAR MOSTEIRO

Rosa se despertó sobresaltada.

–¡Ya me he vuelto a dormir! la segunda vez en una semana ¡soy un desastre!

Decidió no ducharse. Imposible, no había tiempo, pues tenía que pasar ineludiblemente por la pastelería antes de ir al hospital. Ya se lo habían avisado sus compañeros del servicio: cuando estés de guardia, que no se te olvide llevar bollos para el desayuno de los técnicos del laboratorio ¡es crítico!

Entró precipitadamente en la pastelería y, sin pensárselo dos veces, soltó:

–Señora Angustias, por favor, póngame media docena de bollos.

–¡Eh, chica, a la cola! que yo ya llevo un ratito esperando ¡habrase visto, qué descaró! –dijo una mujer oronda.

–Perdone, pero es que tengo guardia en el hospital, y llego tarde.

–¡Ah, bueno!... Entonces pasa, pasa –dijo la mujer–. A ver, Angustias, atiende a la médica.

–No soy médica –aclaró Rosa.

–¡Pero no dices que tienes guardia en el hospital?

–Sí señora, pero en el hospital también trabajan enfermeras, farmacéuticas, químicas...

–¿Y tú qué eres, enfermera?

–No señora, soy farmacéutica, y hago análisis clínicos.

–¡Mira qué bien! pues a ver si me haces un «anális», que tengo la sangre gruesa y dulce.

–Querrá decir usted que tiene el colesterol y la glucosa altos.

–Pues eso será, que tengo el «colicol» y la «golosa» descontrolaos.

–Si deja que la señora Angustias me atienda primero, puede venir esta tarde, a eso de las cinco, y le hago el análisis –propuso Rosa.

–Muy bien, pero vendrá también mi marido conmigo, que tiene la «apóstata» fastidiada, y no le funciona «el pajarito», así se lo miras, a ver si pronto me da una alegría.

Rosa aceptó resignada.

–De acuerdo, pero no me vaya a traer usted a ningún otro familiar, ¿eh?

Rosa pagó y salió disparada de la confitería. Una vez en el hospital, enfiló hacia el servicio de análisis. Al llegar, se topó con la R3, que salía de guardia.

–Perdón, Charo, pero se me han pegado las sábanas.

–Tranquila, Rosa, no pasa nada. Sobre tu mesa he dejado una nota con las cosas pendientes; eso sí, pégale una miradita a la técnica de las troponinas, que no va bien ¿vale? El lunes libro, así es que hasta el martes ¡y que tengas una buena guardia, ciao!

Rosa leyó la nota. Afortunadamente, era poca cosa. Lo único que le preocupaba era lo de las troponinas ¡ni idea de cómo arreglarlo! Lo primero que intentó fue dar un par de golpecitos al aparato, aquello, claro, no funcionó; después pensó que quizás el aparato era más delicado y lo acarició durante un par de minutos ¡nada!, entonces, cogió el manual de instrucciones ¡vaya tocho! comenzó a pasar hojas, pero no sabía por dónde empezar ¡estaba perdida!

Mientras, Ángeles, la técnico de laboratorio, la observaba divertida desde el otro lado de la bancada, eso sí, calladita, sin decir ni mu. Rosa comenzó a leer: «Follow these guidelines».

–¡Jope, los «bollovs»! –dijo Rosa llevándose las manos a la cabeza– me los he dejado olvidados en la pastelería ¡soy un desastre!

–Mira Rosa –intervino la técnico–, creo que mejor será que te vayas a por los bollos, mientras tanto, Toni y yo arreglaremos lo de las troponinas ¡qué te parece?

–Pues va a ser que sí. Me voy a por ellos ¡vuelvo enseguida!

Cuando llegó al servicio con la bolsa de los bollos, el aparato de las troponinas ya funcionaba perfectamente. A los técnicos les había llevado apenas unos minutos ponerlo a punto. Así pues, hicieron café, y se sentaron a desayunar.

–¡Vaya, esto de los bollos es un chollo! –dijo Rosa mientras devoraba uno de ellos–, no hay dinero mejor invertido...

–Sí, Rosa, los bollos estaban bastante buenos pero, la próxima vez, procura que estén rellenos de crema –dijo uno de los técnicos– y ve pensando qué traerás para la merienda, porque el citómetro de flujo tampoco funciona.

LA ÚLTIMA ROTACIÓN

LARA ECHARRI MARTÍNEZ

Alba era una inquieta residente de cuarto año. Había aprendido muchas cosas, tanto conocimientos técnicos como habilidades personales. Estas últimas las aplicaba en sus interacciones con otros profesionales sanitarios y, en la soledad de las guardias, también con los sistemas automatizados de dispensación, con los que mantenía complejos monólogos para entender sus problemas y empatizar con ellos. A punto de terminar la residencia, sentía que había llegado el momento de dar un paso adelante en su formación, era la hora de vivir una nueva experiencia, de esas que se recuerdan para siempre y suponen un punto de inflexión vital y profesional.

Afortunadamente, el Servicio de Farmacia le ofreció una rotación en el extranjero. Después de considerar varios destinos e intercambiar unos cuantos mensajes de correo electrónico, confirmó su estancia en el Grady Memorial Hospital de Atlanta, en el estado de Georgia (EEUU).

Su aventura comenzó ya en el aeropuerto. Después de sufrir varias colas en Barajas y casi ocho horas de vuelo, llegó el momento de enfrentarse a las preguntas de los agentes del servicio de inmigración norteamericano.

—¿Dónde vas y en régimen de qué? —le inquirió el agente.

Alba pensó que aquella era una pregunta retórica, pero ya le habían avisado de que por allí no se andaban con chiquitas, así que respondió lo que le habían recomendado que dijese:

—Pasaré un mes en Atlanta, de turismo.

—¿Viajas sola?

Alba asintió con la cabeza, mientras miraba alrededor suyo, pensando que la respuesta a tal pregunta era bastante obvia.

–¿Sin familia, amigos, novio, absolutamente sola durante un mes?

–Sí, sola, sola-alone on my own.

–¿Un mes de turista y sola?

–Todo el mes, yes.

–¿Conoces a alguien aquí?

– Sí, tengo una amiga aquí y otra en Miami.

–¿Y a qué te dedicas en España?

Alba estuvo tentada de detallar todas sus actividades diarias en el servicio de farmacia, pero decidió que le convenía ser concisa:

–Soy farmacéutica de hospital.

–Pharmacist? I see.

El policía revisó los sellos de entrada en EEUU que ya figuraban en el pasaporte de Alba, de cuando había asistido a un par de congresos que se habían celebrado allí. Fue entonces cuando ella le explicó la razón de su viaje:

–Vengo de «observer» al Grady Memorial Hospital.

Tras ello, el agente estampó el sello en el pasaporte y le indicó amablemente el camino de salida.

A su llegada al hospital, Alba pudo comprobar que efectivamente estaba en «Gringolandia», donde conviven todo tipo de razas, condiciones, colores y estilismos posibles. Le bastó con mirar a los pies de una de las auxiliares, que llevaba unos zapatos con amortiguadores en los talones. Alba entendió que aquél era un país de contrastes; por un lado, Abercrombie y sus modelos en las tiendas y, por otro, los zuecos con muelle.

Se dirigió a la puerta del servicio de farmacia, en el que iba a pasar las siguientes cuatro semanas. Una amable secretaria le atendió y le acompañó hasta el despacho del jefe. Era una señora mayor, obesa, de pelo blanco. Alba se la imaginó comiendo un perrito caliente, sentada en su sofá, mientras veía un capítulo de los Simpson en la televisión por cable.

El jefe de Servicio, el Dr. Viamonte, era un hombre de mediana edad. Cuando Alba entró por la puerta de su despacho, se levantó para saludarla, y le dijo:

–Albaaaaa, del Hospital Estafeta ¿qué tal por Paloma?

–¿Por Paloma? –preguntó Alba.

–Pa-lo-ma, los to-ros –aclaró el Dr. Viamonte, quien le llevó a su ordenador y le enseñó un vídeo descargado de YouTube de un encierro de los San Fermín, fue entonces cuando Alba cayó en la cuenta de que se estaba refiriendo a Pamplona y a la Calle Estafeta. En ese momento, la que iba a ser su compañera de fatigas, Laura, una farmacéutica asturiana que ya llevaba allí un par de semanas, le dio un codazo y la miró como diciendo «prepárate, esto es sólo el principio».

Después, se dirigieron los tres hacia la zona de dispensación. Allí Laura le señaló discretamente a Denise, una de las farmacéuticas, que se disponía a atender una llamada:

–Ring-ring –el teléfono sonó un par de veces.

–Good morning. Thank you for calling. Can I help you? –contestó Denise.

–Así que aquí dan las gracias por llamar –musitó Alba.

Estaba claro que el sentimiento de «Happiness Factory», el eslogan de la famosa fábrica de Coca Cola, principal industria de la ciudad, lo impregnaba todo, tanto que casi antes de descolgar el teléfono ya daban las gracias por llamar a la Farmacia. Ella pensó que en España las cosas funcionaban al revés, allí te decían: «Resuelve pronto y haz lo

posible para que no llamen más». Esta máxima se pasaba de residentes mayores a pequeños, y era uno de los consejos más valiosos que había aprendido durante la residencia.

De pronto, Ying, una farmacéutica asiática, interrumpió la conversación. Señalando con su dedo índice unos vasitos graduados, les advirtió:

–»Beer and wine ONLY for medical uses». Son para enviar en unidades a los alcohólicos crónicos ingresados.

Alba, estupefacta, dijo:

–Algo así no funcionaría en el país del jamón ¿cómo íbamos a controlar esos vasitos de vino circulando por las plantas?

Finalmente, se encaminaron hacia el área de citostáticos. Laura volvió a dar un codazo a Alba, para ponerla sobre aviso.

–¡Hola chicas! –gritó Nicole, la responsable de leucemias, mientras limpiaba enérgicamente el teléfono como si estuviera fregando platos. A Alba esto le llamó la atención, pero no le dio más importancia, hasta que vio que Nicole sacaba un spray desinfectante de su bolso, rociaba el teléfono, y lo limpiaba una segunda y una tercera vez, y también limpió el escritorio, el teclado, y de nuevo el teléfono, y el cable y otra vez el teclado...

Alba se dio cuenta de que todo iba a ser mejor y más divertido de lo que había soñado. Y no se equivocaba. «La verdad está ahí fuera» –se dijo a sí misma–, recordando los tiempos en los que preparaba el FIR y ni se imaginaba la cantidad de cosas que le quedaban por vivir.

TIENES UN E-MAIL

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

«Los individuos marcan goles, pero los equipos ganan partidos».

Zig Ziglar

De: llombart_san@san.hguv.es
Enviado: 17 Ene 2011 11:05:21
A: ferrer_mag@san.hguv.es
Cc: ramos_lui@san.hguv.es, nebot_elv@san.hguv.es
Asunto: Estudio antiepilépticos

Magdalena Ferrer (R4)
Sección de Farmacocinética Clínica
Servicio de Farmacia

Hola Magda:

Soy Santiago Llombart, médico del Servicio de Pediatría de nuestro hospital. Como sabes, llevo los casos de epilepsia en la Unidad de Neuropediatría.

Te escribo para darte las gracias por tu valiosa colaboración desde la sección de Farmacocinética Clínica del Servicio de Farmacia. Tu trabajo es excelente, tus informes son claros, completos y muy útiles; tanto que se han hecho imprescindibles en nuestro trabajo clínico-asistencial. Las simulaciones por ordenador son clarificadoras, y las recomendaciones posológicas son realmente muy acertadas, de modo que las seguimos y prescribimos directamente en la mayoría de los pacientes. Cuando por alguna razón no disponemos de ellas al revisar o atender un caso, nos sentimos algo desamparados.

Estamos haciendo una revisión de los casos de epilepsia atendidos en los últimos 5 años en nuestra Unidad de Neuropediatría (2005-2010). Pretendemos valorar el impacto de los informes de farmacocinética en la prescripción de antiepilépticos, así como en la evolución clínica de los pacientes. Nuestra intención es presentarlo en el Congreso de la Asociación Española de Pediatría, en junio de 2011, y después publicarlo en la Revista Anales de Pediatría. Sin duda, tu colaboración nos vendría muy bien, por ello, queremos invitarte a participar en el estudio, así como en la comunicación al congreso y en el posterior artículo.

El próximo jueves día 19 estoy de guardia, si te va bien, nos vemos después de comer y te explico nuestra propuesta, el diseño del estudio, sus objetivos y el cronograma de trabajo que tenemos previsto. A ver si te animas... ¿Ok?

De verdad que estaremos encantados de contar con tu participación.

Saludos.

Santiago Llombart
Pediatra

PD.- Envío copia de este e-mail al Dr. Luis Ramos, jefe del Servicio de Farmacia, y a la Dra. Elvira Nebot, presidenta de la Comisión de Docencia del HGUV.

De: ferrer_mag@san.hguv.es
Enviado: 17 Ene 2011 14:37:56
A: llombart_san@san.hguv.es
Cc: ramos_lui@san.hguv.es, nebot_elv@san.hguv.es
Asunto: Re: Estudio antiepilépticos

Dr. Santiago Llombart
Unidad de Neuropediatría

Hola Dr. Llombart,

Muchas gracias por su e-mail. Es usted muy generoso y amable.

Resulta muy gratificante saber que nuestra labor es útil, tanto para el equipo médico como para los pacientes a quienes atendemos.

Debo señalar aquí que una buena parte del éxito de la sección de Farmacocinética Clínica por la que estoy rotando se debe al trabajo y a la experiencia acumulada durante más de 20 años. Además, la adecuada dotación humana y técnica de la sección garantiza un funcionamiento satisfactorio y eficiente de la misma.

Me hace mucha ilusión participar en el estudio sobre el impacto de la monitorización farmacocinética en Neuropediatría. Lo he comentado con la Tutora de Residentes, Dra. C. Peiró, y con el Jefe de Servicio, Dr. L. Ramos, ambos me han autorizado y animado a colaborar en el estudio. Si le parece bien, podemos reunirnos en el aula II de docencia, el próximo jueves 19, a las 16 h, para valorar su propuesta y definir nuestra participación.

Con mi agradecimiento, reciba un cordial saludo.

Magda Ferrer
Farmacéutica R4
Servicio de Farmacia HCUV

De: ramos_lui@san.hguv.es
Enviado: 18 Ene 2011 09:17:33
A: llombart_san@san.hguv.es
Cc: ferrer_mag@san.hguv.es, nebot_elv@san.hguv.es
Asunto: Re: Estudio antiepilépticos

Dr. Santiago Llombart
Pediatría

Apreciado Santiago:

Agradezco muy sinceramente el mensaje de correo que ayer enviaste a Magdalena Ferrer, R4 de este servicio, quien actualmente rota por la sección de Farmacocinética Clínica.

Sin duda, Magda es una excelente farmacéutica, muy aplicada, y que pronto completará su formación para ejercer las responsabilidades de farmacéutico adjunto (te lo explico más abajo). Pero como ella bien dice, el mérito es de todos los componentes de la sección de Farmacocinética Clínica, los actuales y todos los que han pasado por ella con anterioridad, y que han contribuido a su desarrollo y consolidación como una herramienta de servicio al paciente, nuestro objetivo común, prioritario y final.

Esperamos continuar aportando nuestro granito de arena en el cuidado de los pacientes pediátricos. Recientemente, la dirección médica del hospital ha autorizado la contratación de Magda como farmacéutica adjunta a tiempo completo en la sección de Farmacocinética Clínica, en cuanto acabe la residencia FIR dentro de aproximadamente tres meses.

También agradezco vuestra invitación a participar en el estudio sobre el impacto de la monitorización de fármacos en Neuropediatría. Si me lo permites, os sugiero incluir alguna variable para valorar la relación coste-beneficio de este servicio.

Aprovecho esta ocasión para recordarte que en la próxima reunión de la Comisión de Farmacia y Terapéutica (07/febrero/2012) se valorará la inclusión de retigabina (tratamiento complementario de las crisis parciales) en la Guía Farmacoterapéutica del Hospital. Por favor, enviad vuestro informe por correo electrónico y en formato pdf a la secretaria de la Comisión (secretaria.cfyt@san.hguv.es), para que pueda ser distribuido a sus miembros con antelación suficiente.

Un abrazo.

Luis Ramos
Servicio de Farmacia

Nota final: El trabajo titulado «Evaluación del Impacto Clínico y Económico de la Monitorización de Antiepilépticos en Pacientes Pediátricos» fue galardonado con el Premio a la Mejor Comunicación Oral en el 60º Congreso de la Asociación Española de Pediatría (Valladolid, 16-18 de junio de 2012).

¿CÓMO QUE NO NOS QUEDA OMEPRAZOL?

PAULA GARCÍA LLOPIS

¿Cómo que no nos queda omeprazol? –grito a modo de saludo con una sonrisa. Son las ocho y cuarto de la mañana, estoy entrando por la puerta de la farmacia con un café en la mano y Petra, una de las técnicas, me informa del problema. Hay que averiguar qué ha fallado, hasta cuándo hay existencias en planta, informar del problema por si hay que cambiar tratamientos, averiguar la manera más rápida de conseguirlo y coordinar la recepción del pedido urgente si va a ser fuera del horario del almacén.

Aunque nada de esto parece tarea de un farmacéutico, me gusta implicarme cuando hay un problema. Además, eso me proporciona habilidades útiles para aplicar en otras situaciones más importantes. Por otra parte, esa dedicación siempre se ve recompensada con el aprecio y el respeto de los compañeros, que valoran a alguien que se preocupa por lo que sucede, por los problemas reales, los de a pie. Aunque también tiene un inconveniente, claro, y es que siempre te buscan cuando hay algún asunto que solucionar.

Consulto con Mercedes, la administrativa, y acordamos que hará unas llamadas y me mantendrá informada. Enciendo el ordenador, echo un vistazo rápido al correo electrónico mientras bebo los últimos sorbos de café y, después, salgo disparada porque llego tarde a la sesión de la UCI.

Soy residente de cuarto año y estoy en la rotación clínica por Cuidados Intensivos. En la reunión de las ocho y media, se analiza la evolución de los pacientes durante la jornada anterior, y es el momento en el que los médicos me suelen consultar si tienen alguna duda o

necesitan que haga un seguimiento específico de alguno de los pacientes. Me acaban de pedir que revise por qué el paciente de la 3B desarrolló ayer un exantema generalizado, que motivó una interconsulta a Dermatología. Repaso las hojas de tratamiento de los demás pacientes, y después vuelvo a la farmacia a ver cómo va el tema del omeprazol.

Mercedes me cuenta que el laboratorio al que pedimos el omeprazol ha tenido una rotura de stock; no nos sirvió el último pedido, pero tampoco nos avisaron, y, por lo visto, nadie se dio cuenta, hasta que ayer por la tarde fueron a por una caja al almacén para rellenar los cajetines de dosis unitarias y no quedaba ninguna. Mientras buscamos otro laboratorio al que le podamos hacer un pedido urgente, mis compañeras me interrogan sobre el congreso.

La semana pasada estuve de viaje, en Verona, en el congreso de la ESHP ¡interesantísimo! Llevé dos comunicaciones. El nivel de las ponencias me pareció alto. Se vuelve motivadísima de un congreso internacional, con ganas de hacer muchas cosas, pero no es eso lo que esperan que les cuente; eso ya lo expondré en una sesión del servicio, Miriam y Nuria quieren saber lo «extra-científico». Pues sí, la ciudad preciosa; ¿el hotel?, de cuatro estrellas, muy bien situado, cerca de un centro comercial; sí, me encontré con otros residentes, claro; la cena de gala, genial, en un palacete muy elegante... Nos interrumpe una llamada de Amador, el jefe de servicio. Que si puedo ir al despacho, que ha venido el de la imprenta con unas pruebas de la nueva guía farmacoterapéutica del hospital, de la que soy coordinadora, a ver cómo han quedado ¡qué emoción!

Después de ver las pruebas de imprenta y acordar algunos cambios, vuelvo a mi mesa de trabajo y retomo los correos electrónicos. Parece que han suspendido las clases del máster de la semana que viene, y las cambiarán de fecha. No me hace mucha gracia, pues siempre es difícil cuadrar los horarios de todas mis actividades.

Comento con la tutora de residentes, Nuria, el problema del paciente 3B, y me sugiere algunas ideas muy interesantes.

Llamo a Mercedes para ver cómo va la búsqueda del proveedor de omeprazol, y me dice que de momento no ha tenido ningún éxito, le sugiero que pruebe a telefonar al delegado de Laboratorios Cinfa, a ver si nos puede ayudar.

Ya son las once. Voy a buscar a Paloma, a ver si salimos a almorzar, y le llevo unos libros que le he traído del congreso. Está muy liada, como siempre. Vamos a la cafetería a por un café y unas tostadas, y almorzamos en la rebotica, con los técnicos. Allí, saco una bolsa gigante de bolis de propaganda que he traído del congreso; nos peleamos por los más chulos ¡hay uno que tiene una lucecita que se enciende si lo golpeas! nos reímos un rato. Me encantan estos momentos, los pequeños detalles que hacen que te sientas a gusto en el trabajo, con los compañeros.

Echo un vistazo a lo que cada uno almuerza. Hay de todo: Elvira está con la dieta de la piña; Sandra ha empezado a tomar leche, yogures y queso de soja; Dani se hace un bocadillo de atún con chorizo, mientras Carla lo mira desconcertada con su tostada de queso fresco en la mano; Pedro ha traído sus dos sándwiches de pan sin gluten y pamplonés, como todos los días.

Justo cuando abrimos una caja de bombones que ha traído un paciente agradecido, aparece Eburne, la jefa del Área de Nutrición. Tenemos controlado el tema del omeprazol, ¿no? –pregunta mientras se coloca las gafas de leer que lleva colgadas en el pecho y escudriña la información nutricional impresa en la caja de bombones.

–Sí, sí, claro –le contesto tapándome la boca con la mano, tratando de ocultar el chocolate que mancha mis dientes ¡Nos ha pillado!

Después de almorzar, subo a la biblioteca a ver si José Carlos, el bibliotecario, ha recibido los artículos que le pedí, estoy haciendo una revisión sobre la vacuna del papiloma junto con residentes de Medicina de Familia, y necesitamos algunas referencias. Tan sólo han llegado dos, me los da y me quedo allí a leerlos. José Carlos me avisa que tengo una llamada: es Mercedes; necesita que vaya a la farmacia

porque Susana, la supervisora, se ha enterado de que hay un problema con el omeprazol, y le han dicho que lo estoy resolviendo yo, claro. Antes de irme entra el Dr. Pinazo, el tutor de residentes de Medicina Interna, con el que ya hice la rotación, me comenta que acaba de ver a la paciente que tratamos de una enfermedad autoinmune, y que está mucho mejor, por lo que tanto ella como su madre están más animadas.

En farmacia se está montando una buena. ¿Cómo que no nos queda omeprazol? –me pregunta la supervisora–. Pues mira, eso mismo he dicho yo, pero parece que no llegó el último pedido. No pasa nada, estamos buscando otro proveedor, y ya hemos llamado a las plantas y tienen dosis suficientes para los tratamientos prescritos hasta esta noche –trato de tranquilizarla–. No sé si la he convencido, pero rezo para que no alarme al resto de las supervisoras.

Vuelvo a la UCI y acabo de repasar las historias de los pacientes. El dermatólogo ha diagnosticado al 3B de síndrome de Stevens-Johnson, pero no está clara la relación causal con ningún fármaco administrado recientemente, así que habrá que seguir buscando. Reviso también los tratamientos nuevos del resto de pacientes, los antibióticos, las pautas de nutrición enteral, las nutriciones parenterales que tienen que individualizarse... Cuando estoy a punto de irme, una enfermera me pregunta si es verdad que estamos sin omeprazol ¡madre mía!

A la una y media he quedado con dos residentes de Oncología, pues tenemos que ultimar los detalles de la presentación de hoy. A las dos hay sesión general de residentes en el salón de actos, y nosotros presentamos un caso clínico sobre el manejo de la neutropenia por quimioterapia. Hacemos un último ensayo y pensamos en las posibles preguntas que nos pueden hacer. Somos los primeros en exponer. De farmacia han venido casi todos; siempre lo hacemos cuando alguno de nosotros participa en una sesión, para darnos apoyo moral.

Antes de marcharse a casa, Mercedes me informa que el delegado de Laboratorios Cinfa intentará que nos envíen varias cajas de omeprazol por la tarde, pero si no llegan antes de que se vaya el residente de

guardia, habrá que pedir un préstamo a otro hospital ¡Un préstamo de omeprazol, qué vergüenza! Menos mal que no estoy de guardia.

Me quedo a comer con los demás residentes del servicio. Los cuatro nos hemos inscrito en un curso online, y hemos pensado hacerlo juntos esta tarde. Mientras comemos, nos ponemos al día de los últimos cotilleos hospitalarios.

–¿Qué dices, que Toni y Lara se liaron en la cena de los «erreunos»?
–pregunto yo.

–¡Pero si Lara tiene novio! –exclama Miriam con la boca llena.

–¿Y qué? –contesta Dani.

–Pero si ya se lió con Boris en la cena anterior, ¿no? –dice Silvia.

Nos da un ataque de risa a todos. Acabamos de comer y nos sentamos en los ordenadores a hacer el curso online, consultándonos las dudas. Cuando terminamos, son más de las siete de la tarde. Miriam y Dani se van a casa; Silvia está de guardia. Yo me quedo un rato más, pues quiero terminar el informe que llevaré mañana a la UCI sobre la reacción adversa dermatológica del 3B.

Se ha hecho de noche. Cuando salgo de la farmacia, me cruzo con un transportista que trae varias cajas de omeprazol ¡uf!

APOYO FAMILIAR

CRISTINA CAMAÑAS TROYANO

Es habitual que el residente de primer año se quede con un residente mayor de «guardia mochila», es decir, pegadito a él para ver, oír y preguntar, y así aprender a manejarse en las guardias. Más adelante, te lanzan al ruedo: tu primera guardia solo, sí, has leído bien, solo.

En casa, a las 7:25 h de la mañana:

–Mamá, me voy ya que llego tarde.

–¡Ay, hija! que tengas mucha suerte en tu primera guardia sola. Estoy segura de que lo vas a hacer fenomenal, no tengo ninguna duda, ya lo verás, y si necesitas cualquier cosa, me llamas.

–¡Mmmm! ¿para qué, mamá?

–Pues no sé, nena, para darte apoyo moral. Y lo más importante, tú tranquila, recuerda que la yaya ha ido al Cristo de Medinaceli a pedir por ti.

–¡Ah, bueno, entonces genial!

En la lencería del hospital, a las 8:05 h:

–Por favor, cuando pueda, un pijama pequeño de farmacéutica.

–¿De farmacéutica? pues mira, bonita, es que sólo quedan de médico.

–Pues entonces lo prefiero sin nombre, gracias.

Empezamos bien el día.

La mañana transcurrió sin incidencias: revisión de unidosis, preparación de citostáticos, nutriciones parenterales y alguna que otra fórmula magistral, resolución de consultas... Todo pintaba de maravilla; y digo bien, pintaba.

Cuando se aproximaba la hora de comer, empecé a percibir cómo las miradas de mis residentes mayores se fijaban en mí. Lo leía en sus caras: pobre Teresa, menuda tarde le espera.

Y efectivamente, así fue. Al bajar de comer, mis compañeros me dieron el parte de guardia: faltaban varias plantas por revisar y había quedado trabajo en la campana de flujo; hasta ahí, todo normal, pero había algo inquietante: por lo visto, en el Servicio de Urgencias iban a ingresar a cuatro miembros de una misma familia por una intoxicación.

A las 15:30 h, cuando ya se habían ido todos mis compañeros, recibí un parte interconsulta: mujer de 19 años, intoxicación por *Amanita phalloides*. Iniciar pauta silibinina 2800 mg/día en 4 dosis, y penicilina G 25 millones U/día en perfusión a 21 ml/h. Probable ingreso de padres y hermana. ¡Buf! Noté cómo entraba en taquicardia supraventricular. Lo importante es mantener la calma –me dije–. ¿Y valdrá de algo llamar a mi madre? a ella le salen muy ricos los champiñones en salsa, pero dudo que esté puesta en intoxicaciones por setas. Mejor no le digo nada, que es capaz de venir al hospital a darme apoyo moral mientras hace calceta en la cabina de flujo laminar.

Después de comprobar la indicación y la pauta posológica, hice la pregunta crítica: ¿cuántos viales de silibinina tenemos en el botiquín de antidotos? tiempo, tic-tac, tic-tac, tic-tac... Y la respuesta fue: «Jiuston», tenemos un problema, tan sólo hay cuatro viales –o sea, ni para empezar. Yo no sabía si reír o llorar, estaba al borde de la parada cardio-respiratoria, y rezaba para que finalmente los otros tres familiares de la paciente no ingresasen. Pues no, quiero decir que sí, que sí que ingresaron ¡ah, se siente!

¿De dónde iba a sacar yo tanta silibinina? ¿podía comprarse en el Mercadona de enfrente? ¿qué se hacía para pedir un préstamo de silibinina a otro hospital? Y mientras tanto, el busca no dejaba de sonar: el médico preguntaba si ya teníamos el antidoto preparado; la enfermera de farmacia, que en cuánto se diluía el vial; la de intensivos, que

si podía inyectar la metoclopramida en la misma vía... ¿Y si me hacía la loca y salía corriendo de allí?

Una lágrima de desesperación corrió por mi mejilla. Me metí en el cuarto de baño y sollocé: ¡Mamá, por favor, ven! Una voz en mi cabeza respondió: lo siento, hija, estoy liada con la calceta.

Y mientras estaba sentada en el váter, dando rienda suelta a mis esfínteres, me pregunté: ¿de verdad que mi abuela ha ido al Cristo de Medinaceli? ¡pues menos mal!

CORONAS PARA UNA REINA

(Continuación del libro «El Abuelo Que Saltó Por La Ventana y Se Largó»)

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

*«Quienes sólo saben contar la verdad,
no merecen ser escuchados –contestó el abuelo».*

Jonas Jonasson

Lo de escaparse de la residencia de ancianos de Malmköping, provincia de Södermanland (Suecia), el día de la fiesta de su centésimo cumpleaños, le había llevado a vivir una increíble peripecia: la policía pensó que se trataba de un secuestro; él robó una maleta con cincuenta millones de coronas suecas; le persiguió una organización criminal; hizo algunos buenos amigos, como Julius, Benny, Gunilla y Sonja, la elefanta; y terminó disfrutando del dinero junto a ellos, en Bali. El caso había sido seguido por la prensa local, nacional y hasta mundial; después, un tal Jonasson había escrito un libro sobre él, sin su autorización, con el que el muy granuja se estaba forrando.

Ahora, Allan tenía ya ciento cuatro años y una artritis galopante. Tras el fallecimiento de su esposa Amanda, había recalado en Ibiza. En su juventud, «aprendió» español en la fábrica de cañones de Hålleforsnäs, donde trabajó como técnico de explosivos con un madrileño, Esteban; éste había huido de España tras flirtear con una guapa muchacha, que resultó ser la hija de Primo de Rivera. Más tarde, Allan «pegfesionó» el idioma durante la guerra civil española, como artificio, primero en el bando republicano y, paradójicamente, después en el nacional, tras salvar la vida al mismísimo generalísimo Franco.

Desde hacía cuatro meses, acudía periódicamente a la Unidad de Pacientes Externos del Hospital Can Misses a recoger su medicación.

Se había fijado en Marta, la residente que estaba rotando allí, era guapa y tenía un aire frágil que la hacía muy atractiva. En realidad, a Allan, la artritis y la medicación le traían sin cuidado, lo que le importaba era aquella farmacéutica joven y dulce, que siempre le trataba con tanto cariño, como nadie lo había hecho jamás, ni tan siquiera Amanda. Dejaba pasar su turno intencionadamente con tal de permanecer más tiempo en la unidad, viendo a Marta entrar y salir, atendiendo a los pacientes. Cada vez que aparecía ante sus ojos, notaba como mariposas en el estómago, una sensación que nunca había experimentado en su ya larguísima existencia. Ese día, había decidido contárselo todo.

Marta le hizo pasar a la consulta.

–Hola Sr. Karlsson –dijo la residente.

–Hola Magta, buenos días –contestó él.

–Tiene usted muy buen aspecto, y veo en su historia clínica que, en la última analítica, los marcadores de la artritis han mejorado notablemente. Así es que vaya haciendo planes ¿acaso no es hora de hacer ese viaje del que me habló en su anterior visita? venga, anímese.

–De eso pegsisamente queguía hablagte, Magta. Hase unos años, viví una xpegiensia exsitante, de la que, pog suegte, salí bastante bien pagado.

–Sí, señor Karlsson, lo sé, he leído el libro de Jonasson ¡vaya aventura! no sabe cuánto le envidia.

–¿Me envidias? pues entonses, escápate connmigo. Vegás, de los sin-cuenta millones de cogonas suecas que había en la maleta, me quedé con unos dies; me encantaguía disfugtaglos contigo, los dos juntos ¿qué te paguese? –propuso el señor Karlsson–. No te faltagá de nada. Te tagtagé como a una gueina, lo pogmeto, y pog favog, si aseptas, llámame Allan.

Marta no sabía exactamente cuánto eran diez millones de coronas suecas, pero sonaba rematadamente bien, a mucho dinero; y por otra parte, aquel vejestorio no podía durar eternamente. No se lo pensó

dos veces: se quitó la bata, abrió la ventana que daba al jardín del hospital, acercó una silla y ayudó al anciano a saltar al otro lado; detrás lo hizo ella. Se cogieron de la mano y echaron a andar. Marta tiraba del Sr. Karlsson, quien resopaba y arrastraba sus «zameadillas» (y es que, para un viejo como él, resultaba complicado no mojarse las zapatillas al mear). Anduvieron unos metros, más bien despacio, pero en ese trecho, que a Marta le pareció que fueron kilómetros, se le aclararon las ideas. Al llegar a la altura de la fuente, se detuvo, se volvió hacia el viejo y dijo:

–Su propuesta es muy generosa, Allan, pero lo siento, no puedo dejar atrás todo esto que tanto me apasiona: la unidosis, las parenterales, las sesiones clínicas, el hospital, los pacientes, mis compañeros residentes..., lo siento, ni por todas las coronas suecas del mundo.

Entonces fue Allan quien se paró, pero del todo. Aquellas palabras de Marta le habían roto el corazón, sintió un dolor súbito y punzante en el pecho, como si por dentro se hubiese resquebrajado en dos, y cayó al suelo, fulminado.

Marta, alarmada, se agachó junto al anciano, sujetó su cabeza y le susurró:

–Allan, Allan, por favor, no te mueras, y si lo vas a hacer, al menos dime dónde están las coronas suecas ¡Allan!

–Las cogonas son todas paga ti, mi gueina, yo ya no las necesito –musitó el Sr. Karlsson–. El dinego está en un paquete, entegado bajo el cogumpio del pagque infantil de... –y el jodido abuelo se murió.

–¿De dónde, Allan? ¿de dónde? –masculló ella mientras golpeaba repetidamente el pecho del cadáver con su puño, pero su exigencia resultó inútil. Rompió a llorar, un poco por tristeza y un mucho por rabia, y así permaneció durante unos minutos, con el cuerpo del Sr. Karlsson apoyado en su regazo.

Al dejar la cabeza del difunto anciano sobre el césped, de su garganta brotaron dos palabras: ...de Malmköping.

¡Eso sí que era generosidad! El Sr. Karlsson se había enamorado de ella y, aún después de muerto, la seguía queriendo.

Marta atravesó con premura el jardín, de vuelta al servicio de farmacia, entró por la ventana y se sentó frente al ordenador. Accedió a la página web de Booking.com y tecleó Malmköping. Allí es donde pasaría sus próximas vacaciones, en busca de sus coronas de reina sueca, y además, en Malmköping había un hospital; de paso, podía hacer una rotación externa en el servicio de farmacia, que eso era lo más interesante de todo ¡Ja!

A SEIS MANOS

JAIME E. POQUET JORNET
JOSÉ M.^a ALONSO HERREROS
CRISANTO L. RONCHERA-OMS

Era uno de esos días en que presientes, y no sabes por qué extraña razón, que todo irá mal. Me levanté con el tiempo justo, puesto que la noche anterior me había acostado tarde, preparando una sesión clínica. Bajé corriendo las escaleras de mi edificio y, cuando apenas faltaban cuatro peldaños para llegar a la portería, tropecé y rodé escaleras abajo. Los apuntes y notas de última hora que iba relejendo para impartir la sesión clínica quedaron esparcidos por el suelo. Escuché la amable voz del portero que me preguntaba:

—¿Cómo estás? ¿te has hecho daño? deja que te ayude a levantarte.

—Gracias, estoy bien, no se preocupe.

—No entiendo a la juventud de hoy en día. Vais tan rápido para todo que no disfrutáis del viaje ¡si es que no se pueden hacer las cosas a seis manos!

Sin entenderle muy bien, recogí los papeles y salí corriendo hacia la parada del autobús, agobiadísimo por si lo perdía. Imaginaba a todo el servicio esperándome para la sesión, y a la jefa mirando insistentemente el reloj de oro con cadenita que había heredado de su abuelo materno. Llegué a la parada justo cuando el autobús cerraba las puertas e iniciaba la marcha. Comencé a sudar y sentí cómo mi corazón cabalgaba cual jinete desbocado. Busqué rápidamente un taxi, pero estaban en huelga. Al cabo de un rato vi uno que paró en la esquina, bajé de él una señora de mediana edad, volé hacia el taxi para que no se me escapara, conseguí abrir la puerta y colarme dentro. El taxista, sorprendido, se giró y me dijo:

–¡Pero zagal! ¿ésas son maneras de entrar en un vehículo que está desempeñando un servicio público? ¡si es que no se pueden hacer las cosas a seis manos!

Decidí acertadamente pronunciar un breve «lo siento», y dedicarme a recuperar el resuello perdido tras la carrera. En el trayecto sufrimos un atasco monumental. Cuando finalmente llegué al servicio de farmacia, vi como mis compañeros salían de la sala de reuniones, desde la puerta, escuché la voz de pito de la jefa que decía:

–Entenderá usted que no podemos estar esperándole toda la mañana ¿acaso cree que no tenemos cosas más importantes que hacer?

Me acerqué hasta ella para disculparme. Le dije que lo lamentaba, que sería la última vez que pasaba, y que no le había podido avisar porque tenía el móvil averiado desde hacía tres días. Ella continuó gritando y haciendo grandes aspavientos. Tan sólo recuerdo sus últimas palabras antes de cerrar la puerta de su despacho: «¡Y que no se vuelva a repetir nunca más! póngase a trabajar inmediatamente y hágalo como si tuviese seis manos».

No me podía creer que el día hubiese comenzado tan mal, pero sospeché que aún podía ir peor.

¡Pues sí, así fue! Una de las administrativas me informó que tenía una llamada del exterior. Era mi novia, bueno, al menos algo positivo en el día de hoy, pensé yo. ¡Pues no!

–Hola cariño, ¿cómo va el día? –le dije de la manera más dulce que pude.

–Cariño, cariño... ¡Qué poco me quieres! hoy es mi cumpleaños y no me has llamado a primera hora, sabes que para mí es súper importante que seas detallista conmigo, y que me digas varias docenas de veces al día lo mucho que me quieres y lo importante que soy en tu vida.

Ni tan siquiera intenté explicarle lo que me había ocurrido. Callé y la dejé hablar, tras más de quince minutos de monólogo, me soltó:

—Creo que sólo me quieres para lo mismo que todos, cuando estamos juntos por la noche, en el BMW que me compró mi padre, te faltan manos para acariciarme y buscarme en la oscuridad del asiento de atrás, como si tuvieses seis manos.

No pude aguantar más. Le colgué el teléfono y pensé que, si me apetecía, intentaría arreglarlo por la tarde, y si no me apetecía, lo dejaría correr y buscaría a otra que no fuese tan pava.

Profesionalmente, el resto de la mañana transcurrió de mal en peor: perdí un informe de intercambio farmacoterapéutico, olvidé validar las prescripciones de una de las plantas, discutí con un internista...

Al terminar la jornada laboral, decidí volver a casa paseando, para despejarme y tratar de olvidar el día tan aciago que estaba viviendo. Las cosas no podían ir a peor. ¡Pues sí, podían!

Mientras caminaba, percibí como una sombra se me acercaba por detrás. Antes de que pudiese reaccionar, sentí el frío del acero de una navaja en mi cuello:

—Dame tó lo que lleves encima, si te mueves o gritas, te rajo er cuello ¡y levanta las manos!

¡No me lo podía creer! sonreí internamente, y pensé si tenía que levantar las seis manos que parecían perseguirme a lo largo del día.

Levanté las manos, las dos, pues no tenía las seis manos que deseaba tener en ese momento para agarrar a aquel tipo del cuello con una de ellas y desahogarme con las otras cinco. Al mirarle de frente, con la navaja ya bajo mi barbilla, creí reconocerle:

—¿Curro? —pregunté.

—¡Maestro! ¡ay mi arma! Le juro por la gloria de mi mare que no sabía que era uté.

Conocí a Curro Cortés Heredia, alias «Er Pasmao» cuando yo era R2. Él estaba en el plan de desintoxicación de metadona, y nuestro servicio desarrollaba un programa de detección de interacciones de

antiretrovirales. Él fue el protagonista del primer caso clínico que presenté en un congreso ¡Tenía interacciones a seis manos!

Al cabo de unos meses volvió al hospital; en esa ocasión, por una reyerta en el patio de la cárcel. Puñaladas a seis manos e ingreso en urgencias. Tres cirujanos, seis manos, hicieron un buen trabajo: Curro tan sólo perdió tres metros de tubo digestivo. La Unidad de Nutrición, en la que yo estaba rotando en aquel momento, lo trató con nutrición parenteral durante varias semanas y con enteral otras tantas. Se reía mucho cuando le explicábamos que el jamón serrano, el pescaíto frito y hasta el gazpacho fresquito iban en aquellas bolsas de aspecto lechoso. Así que «Er Pasmao» –que ya entonces me llamaba «maestro»– acabó siendo el protagonista de mi segunda comunicación oral, sobre problemas en la administración de medicamentos a pacientes con nutrición artificial. Tras mi presentación en el congreso, me aplaudieron a seis manos.

–¿Curro? –volví a preguntar.

–Maestro, pa lo que uté mande.

–¿Puedes quitarme la navaja del cuello? Es que he tenido un mal día.

Él guardó la navaja lentamente mientras me miraba con la boca abierta –por eso le llamaban como le llamaban, claro–. Después, se lanzó sobre mí, abrazándome como si tuviese seis manos.

–Maestro, la que podía haber liao si no me doy cuenta.

–Tranquilo, Curro –le dije mientras pensaba en quién de los dos se había dado cuenta de qué–. No pasa nada.

–¿Cómo que no pasa ná? si ma disho uté que ha tenío un mar día.

–El trabajo, ya sabes –dije no muy convencido.

–¡Pos ná! –exclamó «Er Pasmao»–. Eso lo solusiono yo, pos no le debo yo ni ná, como pa no esharle una mano cuando lo nesosite.

–Curro, tranquilo –intenté apaciguarle.

–¡Ni tranquilo ni ná! –replicó–. Maestro, ahora mihmito nos vamos uté y yo a selebrarlo, de copas, a tomar uno de esos gintonis pijos que

están de moda, con pepino y tó, y a seis manos na menos. ¡Ah!, y no se precupe por la guita, que man ío mu bien las cosas úrtimamente. Y depué de las copas le llevo a casa de la Maruja, pa que le haga un trabajillo a seis manos ¡Cosa fina!

Sin tener muy claro a lo que se refería con lo de que le habían ido muy bien las cosas, o mejor dicho, sin querer saber a lo que se refería con eso, me dejé llevar. Al fin y al cabo, yo había tenido un mal día, y Curro tenía una navaja con la que me había amenazado ¡estaba totalmente coaccionado! Además, el sueldo de residente no es como para negarmte a que alguien te pague unas copas, y encima, casi había roto con mi novia, la del BMW, que solía colaborar, y mucho, en el aspecto económico.

Comenzamos la ronda y, poco a poco, fuimos pasando por las sucesivas etapas de la intoxicación etílica: exaltación de la amistad, insultos a la autoridad y cantos regionales. Cuando acodados en la barra de un bar de mala muerte entonábamos una copla sobre pagar a precio de oro una receta, aparecieron ante nosotros tres tipos descomunales, otras seis manos. Pero lo peor no eran sus manos, sino sus brazos, grandes como jamones, y separados por un metro de espalda, en cuerpos de casi dos metros de altura. Parecían recién llegados de la guerra de Kosovo: enormes como gigantes, pelo rubio y ojos claros.

—Kurro —habló uno de ellos, con voz de ruso malo de película—. Haberr alguien que esperrarte muchos días, y nosotros encontrarrte aquí, borracho con amigo. No estarr bien, no gustarrá nada al zarr.

—Oye, Saboni —respondió «Er Pasmao»—, le ices a tu jefe el sar ése questoy aquí quitándole las penas a un amigo, y que mañana le veo sin farta.

—¡No Kurro, no! —exclamó el tal Sabonis—. Mi jefe querrer verrte ya. Por el tono del matón, consideré la posibilidad de que Curro se convirtiese pronto en el protagonista de un tercer caso clínico.

—¡Güeno! —respondió «Er Pasmao»—, pero dejáis aquí a mi compare; que se tome otra copa hasta que yo vuelva y le lleve a ver a la Maruja.

–Amigo tuyo también tenerr que venirr con nosotros –dijo el segundo de los matones, que estaba detrás de mí, con una mano sobre mi hombro, que pesaba como si fuesen seis. En ese momento me di cuenta de que estaba a punto de compartir el siguiente caso clínico de Curro, y esta vez no como ponente.

–¡Y un carajo! –exclamó «Er pasmao» dándose la vuelta–. No es un amigo cualquiera, es arguien a quien le debo musho, y ha tenío un mar día.

–Mi pareserr que los dos vais tenerr mal día –amenazó el tercero de los matones.

–Es mi farmaséutico –explicó Curro–, el que cuidaba de mí cuando estuve en el hospital.

–¿Farmaséutico?, ¿cuidarr?, ¿en hospital? –preguntó el tal Sabonis con evidente incredulidad.

–¡Qué tonterría! –añadió el que tenía detrás– ¿parra qué haberr farmaséutico en hospital?

¡No me lo podía creer! Uno puede tener un mal día; puede aguantar la estupidez aquella de «a seis manos» surgida de una mente enferma que no respondía ni a altas dosis de paliperidona y hasta aceptar la posibilidad de ser copartícipe de un caso clínico junto a «Er Pasmao», pero esa pregunta la había tenido que aguantar ya demasiadas veces como para escucharla ahora de la boca de un bravucón de película. Me volví hacia el pequeñín ése de metro noventa y cinco, como si tuviese seis manos, para decirle un par de cosas bien dichas.

–Tú, rruso malo de la Rusia –le espeté–. Como verr, yo también saberr hablarr rruso como tú, y mí no gustarr ensaladilla ni vodka. Yo serr más de bravas y tintorro. Tocarr joderrse. Spasiva, do vstrechi ¹.

Mis palabras no le hicieron ni pizca de gracia al ruso malo de la Rusia pues frunció el ceño y se abalanzó sobre mí. Logré zafarme con un movimiento tambaleante y eché a correr. El energúmeno trató de perseguirme, pero «Er Pasmao» le puso la zancadilla y aquél cayó de bruces

contra el suelo. Se levantó de inmediato, fue hacia «Er Pasmao» y le dio un soberbio mamporro que lo dejó tendido en el suelo. Los otros dos bestias se fueron a por él y le molieron a patadas. Entonces, el tal Sabonis vino de nuevo en mi búsqueda, persiguiéndome por todo el local. Yo corría y corría, pero mi estado no me permitía grandes alardes atléticos, así que pronto me di por vencido y acabé tirado en uno de los sofás, allí me alcanzó el ruso. Levantó su puño para zurrarme y en ese instante hizo una mueca de dolor, se echó la mano al corazón y cayó sobre la mesa con gran estruendo. Había sufrido un infarto ¡no me lo podía creer!

Acabaron los dos en el mismo box de urgencias de mi hospital. Les asistían un médico residente y una enfermera, o sea, cuatro manos. A Curro le estaban reduciendo varias fracturas, mientras que al ruso le tomaban una vía intravenosa para, inmediatamente, administrarle un fibrinolítico. Ambos se quejaban de mucho dolor. Fué cuando llegué yo, con otras dos manos. Pedí que les administrasen morfina por vía subcutánea. Calculé las dosis rápidamente: a Curro, que estaba escuchimizado, 10 mg; al ruso, que parecía un armario, 25 mg. La enfermera procedió a administrarles el analgésico.

Al poco rato, los dos se encontraban mucho mejor.

«Er Pasmao» se volvió hacia el matón y le dijo:

–¡Eh, ruso! No me dirá ahora que no hasía farta un farmaséutico.

–Pues sí, yo verr que serr mejorr haberr seis manos –confirmó.

Me miró y me dijo: Spasiva farmaséutico.

Notas:

¹ Traducción: Gracias, hasta la vista. ¡A ver, querido lector, si te pones las pilas con el tema de los idiomas!, ¿vale?

² Este relato ha sido escrito de manera independiente y secuencial por los tres autores. Técnicamente, puede decirse que ha sido elaborado «a seis manos». Sí, estás en lo cierto, el primer autor está en tratamiento con paliperidona, el segundo con haloperidol, y el tercero con tadalafilo.

COMUNICACIÓN ORAL

CRISANTO L. RONCHERA-OMS

Título

Estudio Multicéntrico, Totalmente Ciego, Descontrolado y al Tuntún de la Actividad de los Residentes FIR.

Resumen

Objetivo: Evaluar los hábitos de comportamiento y la actividad profesional de los Residentes FIR.

Métodos: Previo regalo de un lote de jamón, chorizo ibérico, caña de lomo y vino tinto a los correspondientes celadores, se instalaron en 147 hospitales cámaras IP de videovigilancia TOLOVEO UltraClear 3D, de barrido progresivo, 18 megapíxeles, lente gran angular, zoom 14x, detección térmica, micrófono integrado y monitorización remota; cinco de ellas se distribuyeron estratégicamente en las instalaciones de cada servicio, y otras 4 en diferentes puntos neurálgicos del hospital. El procesamiento de las imágenes capturadas se realizó con el programa TANPILLO WithTheCarrito Analytics versión 6.9.X. El tiempo invertido en cada actividad se midió con un cronómetro ROBEX Quartz modelo Bue-Bo-Ba. El tratamiento estadístico se realizó con el programa SPSS, aplicando técnicas bayesianas de estimación y simulación de Monte Carlo (¡hala!).

Resultados: Se incluyeron en el estudio 276 residentes FIR, de todas las especializaciones: 58% Farmacia Hospitalaria, 14% Análisis Clínicos, 12% Microbiología, 9% Bioquímica Clínica, 5% Radiofarmacia y 2% Inmunología. El grupo des-control estaba constituido por 273 residentes MIR. La edad media aparente de los residentes FIR fue de

26 años (intervalo 18-61 o incluso más). El 91% eran mujeres; en 3 casos no se pudo identificar el sexo debido a factores de confusión: falda y pelacos en las piernas, trenzas y bigote poblado, barba y tacones.

El tiempo de residencia medio de los FIR en la cafetería del hospital fue de 36 min/día (3-292), significativamente menor que el de los MIR (283 min/día); se encontraron diferencias en función del sexo (mujeres 27 min/día, hombres 103 min/día, $p < 0,001$).

El tiempo medio dedicado a la conversación fue de 244 min/día (0-418), significativamente mayor en las mujeres (398 vs 76, $p < 0,05$), los residentes de Análisis Clínicos, y los R4. Los principales contenidos de las conversaciones fueron: adjuntos y colegas (39%), vida sentimental (36%), fútbol (15%), la crisis (10%).

Paradójicamente, el tiempo de permanencia en el cuarto de baño fue mayor en el caso de los varones (21 min ¿hmm?) que en el de las mujeres (7 min); este dato resulta especialmente preocupante; a buen entendedor, pocas palabras bastan.

Las residentes femeninas se lavaron las manos una media de 7 veces al día, frente a 0,5 en el caso de los varones ($p < 0,001$). Veintiocho mujeres y 4 varones se depilaron en el servicio durante las guardias; el método mayoritariamente utilizado fue la Epilady® (81%), seguido de la cera caliente (12%) y las pinzas quirúrgicas (7%).

Se encontraron diferencias abismales en los hábitos alimentarios por sexo. Así, las mujeres consumieron una alta proporción de ensaladas (74%) y sándwiches vegetales (55%), mientras que los varones se decantaron mayoritariamente por el arroz a la cubana (61%), la cazuela de embutidos (89%), y los espagueti boloñesa (72%). La ingesta de «almóndigas» hospitalarias fue lamentablemente baja en ambos sexos (2%).

En cuanto a los hábitos tóxicos, el 34% de los residentes FIR fumaron en las instalaciones de su servicio, el 61% consumió alcohol, y el 7% otras sustancias (sic). Por otra parte, se celebraron 107 fiestas de cumpleaños, 32 reuniones de venta directa (cosmética, joyería, ropa y productos electrónicos) y 47 microbotellones. Estos datos

denotan la urgente necesidad de habilitar en cada servicio una sala para el descanso y solaz de los residentes. Su dotación mínima será: nevera, mueble-bar, cafetera, cenicero, equipo de música, televisión, videoconsola, conexión a internet, sofá-cama y tres pufs.

El porcentaje de residentes que sufrieron algún tipo de acoso sexual, verbal o físico, fue del 63% en el caso de las mujeres e, inexplicablemente, del 0% en el caso de los varones ($p < 0,000001$).

En cuanto al grado de estrés, se encontraron diferencias significativas en función del año de residencia y del sexo: «no-puedo-más-voy-a-llorar» (83% de los R1, 90% de los hombres), «todo-controlao» (72% de los R3, 97% de las mujeres), y «pasando-de-todo-que-me-voy-al-paro» (100% de los R4, y 96% de los hombres).

Conclusiones:

- 1) Menos mal que la mayoría de los Residentes FIR son tías. De lo contrario, «pa habernos matao».
- 2) La actividad profesional de los residentes FIR es intensa y de alta calidad, hasta tal punto que su trabajo resulta esencialmente imprescindible para el funcionamiento seguro y eficiente del sistema sanitario.
- 3) Las Comisiones Nacionales de las Especialidades FIR deberían establecer un quinto año de residencia (R5), con formación específica en cirugía. Con ello, la formación sanitaria integral de los residentes FIR permitiría la supresión total y la retirada definitiva de los residentes MIR de los hospitales, con el consiguiente ahorro económico, significativa reducción de la iatrogenia y notable mejora de la calidad asistencial.

PALABRAS CLAVE: Residente, FIR, hospital, cafelito, sexo, almón-digas, mueble-bar, quinto año de residencia ¡YA!



Tienes en tus manos una colección de relatos acerca de los Farmacéuticos Internos Residentes –¡qué buena gente!
Se leen en un pispás. Los hay cortos y largos, verídicos y ficticios, en su mayoría originales y, algunos, casi plagiados (¿hmm?); de todo, como en botica. Han sido escritos con la única pretensión de hacerte pasar un buen rato ¡Que te diviertas!

*«Quienes sólo saben contar la verdad,
no merecen ser escuchados
–contestó el abuelo».*

